



MARXISMO CRÍTICO

CRÍTICA COMUNISTA

Karl Korsch
Maximilien Rubel

MARXISMO CRÍTICO

CRÍTICA COMUNISTA



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 254

Ilustración de tapa: grabado en homenaje a Karl Liebknecht
Revista "Die Aktion", vol. 10, n.º 51-52. Berlín 25 de Diciembre de 1920

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosik

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve Conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgeni Preobrazhenski

Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en Francia 1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá

Libro 19 MARX y ENGELS

Karl Marx y Friedrich Engels. Selección de textos

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva - Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO - DE ÍDOLOS E IDEALES

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN - ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik - Bertolt Brecht - Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás González Varela - Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky - Mariátegui - Masetti - Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA - El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

- Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA - La Revolución Socialista**
Silvio Frondizi
- Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA - De Yrigoyen a Perón**
Milcíades Peña
- Libro 53 MARKISMO Y POLÍTICA**
Carlos Néelson Coutinho
- Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS**
Miguel León-Portilla
- Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN**
Lucien Henry
- Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA**
Jorge Veraza Urtuzuástegui
- Libro 57 LA UNIÓN OBRERA**
Flora Tristán
- Libro 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA**
Ismael Viñas
- Libro 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO**
Julio Godio
- Libro 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA**
Luis Vitale
- Libro 61 LA INTERNACIONAL. Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina.**
Selección de Textos
- Libro 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA**
Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas
- Libro 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ**
Pedro Naranjo Sandoval
- Libro 64 CLASISMO Y POPULISMO**
Michael Löwy - Agustín Tosco y otros. Selección de textos
- Libro 65 DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD**
Herbert Marcuse
- Libro 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES**
Theodor W. Adorno
- Libro 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA**
Víctor Serge
- Libro 68 SOCIALISMO PARA ARMAR**
Löwy -Thompson - Anderson - Meiksins Wood y otros. Selección de Textos
- Libro 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?**
Wilhelm Reich
- Libro 70 HISTORIA DEL SIGLO XX - Primera Parte**
Eric Hobsbawm
- Libro 71 HISTORIA DEL SIGLO XX - Segunda Parte**
Eric Hobsbawm
- Libro 72 HISTORIA DEL SIGLO XX - Tercera Parte**
Eric Hobsbawm
- Libro 73 SOCIOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA**
Ágnes Heller
- Libro 74 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo I**
Marc Bloch
- Libro 75 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo 2**
Marc Bloch
- Libro 76 KARL MARX. ENSAYO DE BIOGRAFÍA INTELECTUAL**
Maximilien Rubel

Libro 77 EL DERECHO A LA PEREZA

Paul Lafargue

Libro 78 ¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 79 DIALÉCTICA DE LA RESISTENCIA

Pablo González Casanova

Libro 80 HO CHI MINH

Selección de textos

Libro 81 RAZÓN Y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 82 CULTURA Y POLÍTICA - Ensayos para una cultura de la resistencia

Santana - Pérez Lara - Acanda - Hard Dávalos - Alvarez Somoza y otros

Libro 83 LÓGICA Y DIALÉCTICA

Henri Lefebvre

Libro 84 LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Eduardo Galeano

Libro 85 HUGO CHÁVEZ

José Vicente Rangél

Libro 86 LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

Juan Álvarez

Libro 87 PEDAGOGÍA DIALÉCTICA

Betty Giro - César Julio Hernández - León Vallejo Osorio

Libro 88 COLONIALISMO Y LIBERACIÓN

Truong Chinh - Patrice Lumumba

Libro 89 LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Frantz Fanon

Libro 90 HOMENAJE A CATALUÑA

George Orwell

Libro 91 DISCURSOS Y PROCLAMAS

Simón Bolívar

Libro 92 VIOLENCIA Y PODER - Selección de textos

Vargas Lozano - Echeverría - Burawoy - Monsiváis - Védrine - Kaplan y otros

Libro 93 CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA

Jean Paul Sartre

Libro 94 LA IDEA ANARQUISTA

Bakunin - Kropotkin - Barret - Malatesta - Fabbri - Gilimón - Goldman

Libro 95 VERDAD Y LIBERTAD

Martínez Heredia - Sánchez Vázquez - Luporini - Hobsbawm - Rozitchner - Del Barco

Libro 96 INTRODUCCIÓN GENERAL A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 97 EL AMIGO DEL PUEBLO

Los amigos de Durruti

Libro 98 MARXISMO Y FILOSOFÍA

Karl Korsch

Libro 99 LA RELIGIÓN

Leszek Kolakowski

Libro 100 AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN

Noir et Rouge

Libro 101 COOPERATIVISMO, CONSEJISMO Y AUTOGESTIÓN

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 102 ROSA LUXEMBURGO Y EL ESPONTANEÍSMO REVOLUCIONARIO

Selección de textos

Libro 103 LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberg

Libro 104 ANTES DE MAYO

Milcíades Peña

Libro 105 MARX LIBERTARIO

Maximilien Rubel

Libro 106 DE LA POESÍA A LA REVOLUCIÓN

Manuel Rojas

Libro 107 ESTRUCTURA SOCIAL DE LA COLONIA

Sergio Bagú

Libro 108 COMPENDIO DE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Albert Soboul

Libro 109 DANTON, MARAT Y ROBESPIERRE. Historia de la Revolución Francesa

Albert Soboul

Libro 110 LOS JACOBINOS NEGROS. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití

Cyril Lionel Robert James

Libro 111 MARCUSE Y EL 68

Selección de textos

Libro 112 DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA - Realidad y Enajenación

José Revueltas

Libro 113 ¿QUÉ ES LA LIBERTAD? - Selección de textos

Gajo Petrović – Milán Kangrga

Libro 114 GUERRA DEL PUEBLO - EJÉRCITO DEL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 115 TIEMPO, REALIDAD SOCIAL Y CONOCIMIENTO

Sergio Bagú

Libro 116 MUJER, ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Alexandra Kollontay

Libro 117 LOS JERARCAS SINDICALES

Jorge Correa

Libro 118 TOUSSAINT LOUVERTURE. La Revolución Francesa y el Problema Colonial

Aimé Césaire

Libro 119 LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Federico Engels

Libro 120 POR LA SEGUNDA Y DEFINITIVA INDEPENDENCIA

Estrella Roja - Ejército Revolucionario del Pueblo

Libro 121 LA LUCHA DE CLASES EN LA ANTIGUA ROMA

Espartaquistas

Libro 122 LA GUERRA EN ESPAÑA

Manuel Azaña

Libro 123 LA IMAGINACIÓN SOCIOLOGICA

Charles Wright Mills

Libro 124 LA GRAN TRANSFORMACIÓN. Crítica del Liberalismo Económico

Karl Polanyi

Libro 125 KAFKA. El Método Poético

Ernst Fischer

Libro 126 PERIODISMO Y LUCHA DE CLASES

Camilo Taufic

Libro 127 MUJERES, RAZA Y CLASE

Angela Davis

Libro 128 CONTRA LOS TECNÓCRATAS

Henri Lefebvre

Libro 129 ROUSSEAU Y MARX

Galvano della Volpe

Libro 130 LAS GUERRAS CAMPESINAS - REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

Federico Engels

Libro 131 EL COLONIALISMO EUROPEO

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 132 ESPAÑA. Las Revoluciones del Siglo XIX

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 133 LAS IDEAS REVOLUCIONARIOS DE KARL MARX

Alex Callinicos

Libro 134 KARL MARX

Karl Korsch

Libro 135 LA CLASE OBRERA EN LA ERA DE LAS MULTINACIONALES

Peters Mertens

Libro 136 EL ÚLTIMO COMBATE DE LENIN

Moshe Lewin

Libro 137 TEORÍAS DE LA AUTOGESTIÓN

Roberto Massari

Libro 138 ROSA LUXEMBURG

Tony Cliff

Libro 139 LOS ROJOS DE ULTRAMAR

Jordi Soler

Libro 140 INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA POLÍTICA

Rosa Luxemburg

Libro 141 HISTORIA Y DIALÉCTICA

Leo Kofler

Libro 142 BLANQUI Y LOS CONSEJISTAS

Blanqui - Luxemburg - Gorter - Pannekoek - Pfemfert - Rühle - Wolffheim y Otros

Libro 143 EL MARXISMO - EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Henri Lefebvre

Libro 144 EL MARXISMO

Ernest Mandel

Libro 145 LA COMMUNE DE PARÍS Y LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Federica Montseny

Libro 146 LENIN, SOBRE SUS PROPIOS PIES

Rudi Dutschke

Libro 147 BOLCHEVIQUE

Larissa Reisner

Libro 148 TIEMPOS SALVAJES

Pier Paolo Pasolini

Libro 149 DIOS TE SALVE BURGUESÍA

Paul Lafargue - Herman Gorter - Franz Mehring

Libro 150 EL FIN DE LA ESPERANZA

Juan Hermanos

Libro 151 MARXISMO Y ANTROPOLOGÍA

György Markus

Libro 152 MARXISMO Y FEMINISMO

Herbert Marcuse

Libro 153 LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMÁN

Juan Rústico

Libro 154 LA PESTE PARDA

Daniel Guerin

Libro 155 CIENCIA, POLÍTICA Y CIENTIFICISMO - LA IDEOLOGÍA DE LA NEUTRALIDAD IDEOLÓGICA

Oscar Varsavsky - Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 156 PRAXIS. Estrategia de supervivencia

Ilienkola- Kosik - Adorno - Horkheimer - Sartre - Sacristán y Otros

Libro 157 KARL MARX. Historia de su vida

Franz Mehring

Libro 158 ¡NO PASARÁN!

Upton Sinclair

Libro 159 LO QUE TODO REVOLUCIONARIO DEBE SABER SOBRE LA REPRESIÓN

Víctor Serge

Libro 160 ¿SEXO CONTRA SEXO O CLASE CONTRA CLASE?

Evelyn Reed

Libro 161 EL CAMARADA

Takiji Kobayashi

Libro 162 LA GUERRA POPULAR PROLONGADA

Máo Zé dōng

Libro 163 LA REVOLUCIÓN RUSA

Christopher Hill

Libro 164 LA DIALÉCTICA DEL PROCESO HISTÓRICO

George Novack

Libro 165 EJÉRCITO POPULAR – GUERRA DE TODO EL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 166 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

August Thalheimer

Libro 167 ¿QUÉ ES EL MARXISMO?

Emile Burns

Libro 168 ESTADO AUTORITARIO

Max Horkheimer

Libro 169 SOBRE EL COLONIALISMO

Aimé Césaire

Libro 170 CRÍTICA DE LA DEMOCRACIA CAPITALISTA

Stanley Moore

Libro 171 SINDICALISMO CAMPESINO EN BOLIVIA

Qhana - CSUTCB - COB

Libro 172 LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN

Vere Gordon Childe

Libro 173 CRISIS Y TEORÍA DE LA CRISIS

Paul Mattick

Libro 174 TOMAS MÜNZER. Teólogo de la Revolución

Ernst Bloch

Libro 175 MANIFIESTO DE LOS PLEBEYOS

Gracco Babeuf

Libro 176 EL PUEBLO

Anselmo Lorenzo

Libro 177 LA DOCTRINA SOCIALISTA Y LOS CONSEJOS OBREROS

Enrique Del Valle Iberlucea

Libro 178 VIEJA Y NUEVA DEMOCRACIA

Moses I. Finley

Libro 179 LA REVOLUCIÓN FRANCESA

George Rudé

Libro 180 ACTIVIDAD, CONCIENCIA Y PERSONALIDAD

Aleksei Leontiev

Libro 181 ENSAYOS FILOSÓFICOS

Alejandro Lipschütz

Libro 182 LA IZQUIERDA COMUNISTA ITALIANA (1917-1927)

Selección de textos

Libro 183 EL ORIGEN DE LAS IDEAS ABSTRACTAS

Paul Lafargue

Libro 184 DIALÉCTICA DE LA PRAXIS. El Humanismo Marxista

Mihailo Marković

Libro 185 LAS MASAS Y EL PODER

Pietro Ingrao

Libro 186 REIVINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Mary Wollstonecraft

Libro 187 CUBA 1991

Fidel Castro

Libro 188 LAS VANGUARDIAS ARTÍSTICAS DEL SIGLO XX

Mario De Micheli

Libro 189 CHE. Una Biografía

Héctor Oesterheld - Alberto Breccia - Enrique Breccia

Libro 190 CRÍTICA DEL PROGRAMA DE GOTHA

Karl Marx

Libro 191 FENOMENOLOGÍA Y MATERIALISMO DIALÉCTICO

Trần Đức Thảo

Libro 192 EN TORNO AL DESARROLLO INTELECTUAL DEL JOVEN MARX (1840-1844)

Georg Lukács

Libro 193 LA FUNCIÓN DE LAS IDEOLOGÍAS – CRÍTICA DE LA RAZÓN INSTRUMENTAL

Max Horkheimer

Libro 194 UTOPIÁ

Tomás Moro

Libro 195 ASÍ SE TEMPLÓ EL ACERO

Nikolai Ostrovski

Libro 196 DIALÉCTICA Y PRAXIS REVOLUCIONARIA

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 197 JUSTICIEROS Y COMUNISTAS (1843-1852)

Karl Marx, Friedrich Engels y Otros

Libro 198 FILOSOFÍA DE LA LIBERTAD

Rubén Zardoya Loureda - Marcello Musto - Seongjin Jeong - Andrzej Walicki

Bolívar Echeverría - Daniel Bensaïd - Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 199 EL MOVIMIENTO ANARQUISTA EN ARGENTINA. Desde sus comienzos hasta 1910

Diego Abad de Santillán

Libro 200 BUJALANCE. LA REVOLUCIÓN CAMPESINA

Juan del Pueblo

Libro 201 MATERIALISMO DIALÉCTICO Y PSICOANÁLISIS

Wilhelm Reich

Libro 202 OLIVER CROMWELL Y LA REVOLUCIÓN INGLESA

Christopher Hill

Libro 203 AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MUJER EMANCIPADA

Alexandra Kollontay

Libro 204 TRAS LAS HUELLAS DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

Perry Anderson

Libro 205 CONTRA EL POSTMODERNISMO – UN MANIFIESTO ANTICAPITALISTA

Alex Callinicos

Libro 206 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO SEGÚN HENRI LEFEBVRE

Eugenio Werden

Libro 207 LOS COMUNISTAS Y LA PAZ

Jean-Paul Sartre

Libro 208 CÓMO NOS VENDEN LA MOTO

Noan Chomsky - Ignacio Ramonet

Libro 209 EL COMITÉ REGIONAL CLANDESTINO EN ACCIÓN

Alexei Fiodorov

Libro 210 LA MUJER Y EL SOCIALISMO

August Bebel

Libro 211 DEJAR DE PENSAR

Carlos Fernández Liria y Santiago Alba Rico

Libro 212 LA EXPRESIÓN TEÓRICA DEL MOVIMIENTO PRÁCTICO

Walter Benjamin – Rudi Dutschke – Jean-Paul Sartre – Bolívar Echeverría

Libro 213 ANTE EL DOLOR DE LOS DEMÁS

Susan Sontag

Libro 214 LIBRO DE LECTURA PARA USO DE LAS ESCUELAS NOCTURNAS PARA TRABAJADORES – 1^{er} Grado

Comisión Editora Popular

Libro 215 EL DISCURSO CRÍTICO DE MARX

Bolívar Echeverría

Libro 216 APUNTES SOBRE MARXISMO

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 217 PARA UN MARXISMO LIBERTARIO

Daniel Guerin

Libro 218 LA IDEOLOGÍA ALEMANA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 219 BABEUF

Ilya Ehrenburg

Libro 220 MIGUEL MÁRMOL – LOS SUCESOS DE 1932 EN EL SALVADOR

Roque Dalton

Libro 221 SIMÓN BOLÍVAR CONDUCTOR POLÍTICO Y MILITAR DE LA GUERRA ANTI COLONIAL

Alberto Pinzón Sánchez

Libro 222 MARXISMO Y LITERATURA

Raymond Williams

Libro 223 SANDINO, GENERAL DE HOMBRES LIBRES

Gregorio Selsler

Libro 224 CRÍTICA DIALÉCTICA. Ensayos, Notas y Conferencias (1958-1968)

Karel Kosik

Libro 225 LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA. Ensayos, Notas y Conferencias

Ruy Mauro Marini

Libro 226 LOS QUE LUCHAN Y LOS QUE LLORAN. El Fidel Castro que yo ví

Jorge Ricardo Masetti

Libro 227 DE CADENAS Y DE HOMBRES

Robert Linhart

Libro 228 ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

César Vallejo

- Libro 229 LECCIONES DE HISTORIA. Documentos del MIR - 1965-1974**
Miguel y Edgardo Enríquez - Bautista Van Schowen - Ruy Mauro Marini y Otros
- Libro 230 DIALÉCTICA Y CONOCIMIENTO**
Jindřich Zelený
- Libro 231 LA IZQUIERDA BOLCHEVIQUE - (1922-1924)**
Izquierda Bolchevique
- Libro 232 LA RELIGIÓN DEL CAPITAL**
Paul Lafargue
- Libro 233 LA NUEVA ECONOMÍA**
Evgeni Preobrazhenski
- Libro 234 EL OTRO SADE. DEMOCRACIA DIRECTA Y CRÍTICA INTEGRAL DE LA MODERNIDAD (Los escritos políticos de D. A. F. de Sade. Un comentario)**
Jorge Veraza Urtuzuástegui
- Libro 235 EL IMPERIALISMO ES UNA JAULA**
Ulrike Meinhof
- Libro 236 EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE LA DERECHA**
Simone de Beauvoir
- Libro 237 EUROPA ANTE EL ESPEJO**
Josep Fontana
- Libro 238 LA GUERRA DE LOS CIENTO AÑOS**
Edouard Perroy
- Libro 239 TRESCIENTOS MILLONES DE ESCLAVOS Y SIERVOS TRABAJAN BAJO EL NUEVO ORDEN ECONÓMICO FASCISTA**
Jürgen Kuczynski
- Libro 240 HISTORIA Y COMUNICACIÓN SOCIAL**
Manuel Vázquez Montalbán
- Libro 241 TEORÍA GENERAL DEL DERECHO y Otros Escritos**
Pëteris Ivánovich Stučka
- Libro 242 TEORÍA GENERAL DEL DERECHO Y MARXISMO**
Evgeni Bronislavovic Pashukanis
- Libro 243 EL NACIMIENTO DEL FASCISMO**
Angelo Tasca
- Libro 244 LA INSURRECCIÓN DE ASTURIAS**
Manuel Grossi Mier
- Libro 245 EL MARXISMO SOVIÉTICO**
Herbert Marcuse
- Libro 246 INTELLECTUALES Y TARTUFOS**
Jorge Veraza Urtuzuástegui
- Libro 247 TECNOLOGÍA Y VALOR. Selección de Textos**
Karl Marx
- Libro 248 MINIMA MORALIA. Reflexiones desde la vida dañada**
Theodor W. Adorno
- Libro 249 DOCE AÑOS DE POLÍTICA ARGENTINA**
Silvio Frondizi
- Libro 250 CAPITALISMO Y DESPOJO**
Renán Vega Cantor
- Libro 251 LA FORMACIÓN DE LA MENTALIDAD SUMISA**
Vicente Romano
- Libro 252 APUNTES PARA UNA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA NACIONAL**
Friedrich Engels

Libro 253 LA CIENCIA DE LA SOCIEDAD

Leo Kofler

Libro 254 MARXISMO CRÍTICO. CRÍTICA COMUNISTA

Karl Korsch - Maximilien Rubel



<https://elsudamericano.wordpress.com>



La red mundial de los hijos de la revolución social

MARXISMO CRÍTICO

CRÍTICA COMUNISTA

Karl Korsch - Maximilien Rubel

*

**LOS PRINCIPIOS RECTORES DEL MARXISMO:
UNA REAFIRMACIÓN**

LA COMUNA REVOLUCIONARIA

LA CRISIS DEL MARXISMO

**DE LA POLÍTICA OBRERA BURGUESA
A LA LUCHA DE CLASES PROLETARIA**

POR QUÉ SOY MARXISTA

**EL MARXISMO Y LAS TAREAS ACTUALES
EN LA LUCHA DE CLASES PROLETARIA**

**NOTAS SOBRE LA HISTORIA.
LAS AMBIGÜEDADES DE LAS IDEOLOGÍAS TOTALITARIAS**

LA IDEOLOGÍA MARXISTA EN RUSIA

¿RESTAURACIÓN O TOTALIZACIÓN?

*

MARX, AUTOR MALDITO EN LA U.R.S.S.

Maximilien Rubel

LOS PRINCIPIOS RECTORES DEL MARXISMO: UNA REAFIRMACIÓN¹

Marxismo versus Sociología

¿Cuál es la relación entre el marxismo y la moderna enseñanza sociológica? Si pensamos en la sociología originada en Comte, y por primera vez nombrada por él como una sección especial en el sistema de las ciencias constituidas, no encontraremos ningún vínculo entre ella y el marxismo.

Marx y Engels no prestaron atención ni al nombre ni al contenido de esta rama del conocimiento ostensiblemente nueva. Cuando Marx se sintió compelido a tomar nota del *Course of Positive Philosophy*², treinta años después de su aparición, “porque los ingleses y franceses protestaron por el paisano”, él hablaba todavía del “positivismo” y el “comtismo” como de algo a lo que estaba “completamente opuesto como político” y de lo que tenía “una opinión muy baja como hombre de ciencia”. La actitud de Marx está teórica e históricamente bien fundada. La ciencia del socialismo, tal como la fundó Marx, no debía nada a esta “sociología” de los siglos XIX y XX que se originó con Comte y fue propagada por Mill y Spencer. Sería más correcto decir que la “sociología” es una reacción contra el socialismo moderno. Únicamente desde este punto de partida es posible entender la unidad esencial de las diversas tendencias teóricas y prácticas que durante los últimos cien años han encontrado su expresión en esta ciencia. Como con Comte en su relación con St. Simon, su “gran maestro”, así se han opuesto los últimos “sociólogos” burgueses a otro modo de responder a las cuestiones planteadas, por primera vez, por el movimiento proletario ascendente a la teoría y así también a la práctica del socialismo. Con respecto a estos asuntos, que el desarrollo histórico moderno ha puesto en la agenda de la sociedad actual, el marxismo está en una relación más original y directa que el conjunto de la llamada “sociología” de Comte, Spencer y sus seguidores.

¹ Publicado por primera vez en “*Modern Quarterly*”, 1937, e incluido en *Three essays on Marxism*. Nueva York, Monthly Review Press, 1971. En conjunto, el texto es una exposición similar de distintas partes ya contenidas en *Karl Marx*, el libro n.º 134 en esta colección

² A. Comte, *Curso de Filosofía Positiva*, 1830

Fundamentalmente, entonces, no existe relación teórica entre esas dos doctrinas de la sociedad. Los sociólogos burgueses se refieren a la ciencia socialista revolucionaria del proletariado como a “una mezcla acientífica de teoría y política”. Los socialistas, por otro lado, desprecian la sociología burguesa como mera “ideología”.

La posición de Marx, sin embargo, es totalmente diferente hacia los primeros “Investigadores de la Naturaleza Social del Hombre”, que en los siglos precedentes, en las luchas radicales de la ascendente clase burguesa contra el orden feudal obsoleto, habían establecido primero la nueva idea de la “sociedad civil” como consigna revolucionaria, y habían incluso desenterrado, en la nueva ciencia de la Economía Política, los fundamentos materiales de esta nueva forma “civilizada” de sociedad.

De acuerdo con la propia declaración de Marx realizada en 1859, en el prefacio a su *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, él había empezado el desarrollo de su teoría materialista de la sociedad dieciséis años antes, con una revisión crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Esta era una tarea que se había fijado debido a ciertas graves dudas que recientemente le habían asaltado a respecto de su credo idealista hegeliano. Previamente, como editor de la “*Gaceta Renana*” (1842-43), se había encontrado por primera vez llamado a tratar con los “denominados intereses materiales”. Ya había empezado a estudiar “cuestiones económicas” y se había puesto al tanto de las ideas del socialismo y el comunismo franceses. Su crítica de Hegel se llevó a la conclusión de que:

“las relaciones legales, tanto como las formas de Estado, no pueden entenderse a partir de sí mismas ni a partir del llamado desarrollo general del espíritu humano, sino por el contrario, están enraizadas en las condiciones materiales de la vida, cuyo agregado Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, conjuntó bajo el nombre de «sociedad civil» y que la anatomía de la sociedad civil ha de buscarse en la economía política.”

Vemos aquí la importancia decisiva que la noción de “sociedad civil” ha adquirido para el joven Marx, que estaba por ese período precisamente completando su transición del idealismo hegeliano a su teoría materialista posterior. Aunque basando formalmente todavía su crítica materialista de la glorificación idealista del Estado por parte de Hegel en conclusiones realistas (inesperadas en un filósofo idealista), concernientes a la naturaleza de la sociedad civil que había encontrado encarnada en la *Filosofía del Derecho de Hegel*, Marx ahora abandonó definitivamente a Hegel y toda su filosofía idealista. En su lugar se asoció con esos investigadores más tempranos de la naturaleza de la sociedad, que habían surgido en el período de desarrollo revolucionario de la burguesía inglesa y francesa, cuando el nombre de “sociología” no había sido todavía inventado, pero la “sociedad” había sido ya descubierta como “un reino especial e independiente del conocimiento”.

Hegel, de hecho, no había derivado ese conocimiento profundamente realista de la “sociedad civil”, que está en agudo relieve con el resto de su libro, de un estudio independiente del entonces extremadamente atrasado estado de la sociedad alemana. Tomó tanto el nombre como el contenido de su “sociedad civil” ya elaborado de los filósofos, políticos y economistas franceses e ingleses. Detrás de Hegel, como dijera Marx, están los “ingleses y franceses del siglo XVIII” con sus nuevos descubrimientos de la estructura y movimiento de la sociedad, que a su vez reflejan el desarrollo histórico real que culminó en la revolución industrial en Inglaterra después de mediados del siglo XVIII y en la gran revolución francesa de 1789 a 1815. Marx, entonces, al desarrollar su nueva ciencia socialista y proletaria, siguió la pista de ese estudio temprano de la sociedad que, aunque le fuese comunicado por primera vez a través de Hegel, había nacido en realidad en la época revolucionaria de la burguesía. En primer lugar asumió los resultados de la “economía política clásica” (desde Petty y Boisguillebert, pasado por Quesnay y Smith hasta Ricardo), desarrollándolos conscientemente como eso que los grandes investigadores burgueses habían ya más o menos interpretado inconscientemente, es decir, la estructura básica, o por así decirlo el “esqueleto” de la sociedad civil. Incluso esta importancia básica de la economía política, a la que Marx alude al llamarla la *anatomía* de la “sociedad civil”, había sido reconocida antes que él por sus predecesores inmediatos, los filósofos idealistas alemanes Kant, Fichte y Hegel. En el sistema filosófico de

Hegel, la “sociedad civil” se basa en el “sistema de necesidades” explorado por la nueva ciencia de la economía política, y el filósofo había, en una obra más temprana, incluso descrito expresamente el “sistema de necesidades” como la “primera forma de gobierno”, en tanto opuesta a las formas desarrolladas más elevadas como el Estado y la ley.

La misma mordacidad con que Marx enfatizó repetidamente, en sus últimos escritos, que la economía burguesa posclásica (la llamada “economía vulgar”) no había avanzado más allá de Ricardo en ningún punto importante, y había despreciado desdeñosamente el logro infinitamente más grande de Hegel por la nueva síntesis socio-científica del positivismo de Comte, sólo muestra una vez más la influencia duradera de esa primera fase del pensamiento económico y social en la teoría de Marx. Esto es cierto incluso aunque su análisis del nuevo desarrollo de la sociedad y las nuevas necesidades y objetivos del proletariado, ahora emergente como una clase independiente, trasciendan de lejos los resultados de esas teorías más viejas. La clase proletaria guiada por la teoría marxista es, por consiguiente, no sólo, como lo expusiera Friedrich Engels, “la heredera de la filosofía clásica alemana”, sino que también es la heredera de la economía política clásica y de la investigación social. Como tal, ha transformado la teoría clásica tradicional de acuerdo con los cambios en las condiciones históricas.

Marx ya no considera la sociedad burguesa desde el punto de vista de su primera fase de desarrollo y su oposición a la estructura feudal de la sociedad medieval. Únicamente está interesado en las leyes estacionarias de su existencia. Trata la sociedad burguesa como histórica en todos sus rasgos y, por consiguiente, meramente como una organización transitoria de la sociedad. Explora el proceso total de su génesis y desarrollo históricos, y las tendencias inherentes que, en su desarrollo ulterior, llevan a su derrocamiento revolucionario. Encuentra que estas tendencias tienen dos aspectos: el objetivo en la base económica de la sociedad burguesa, el subjetivo en la nueva división en clases sociales que emerge de esta misma base económica –y no a partir de la política, la ley, la ética, etc. De este modo, la sociedad civil, que hasta entonces había constituido un todo homogéneo, opuesto sólo al feudalismo, se divide ahora en dos “partidos” opuestos. La supuesta sociedad civil es, en realidad, la

“sociedad burguesa”, es decir, una sociedad basada en la división en clases, en la que la clase burguesa domina económicamente, y por consiguiente, política y culturalmente a otras clases. Así, finalmente, *la classe la plus laborieuse et la plus misérable*³ entra en el horizonte ampliado de la ciencia social. La teoría marxista reconoce que la guerra de clases de los trabajadores asalariados oprimidos y explotados de la sociedad actual es una guerra por la sustitución de la presente estructura de la sociedad por una forma de sociedad más altamente desarrollada. Como ciencia materialista del desarrollo contemporáneo de la sociedad burguesa, la teoría marxista es, al mismo tiempo, un instrumento para la lucha del proletariado por llevar a cabo la realización de la sociedad proletaria.

La posterior separación artificial de la sociología como rama especial del saber, cuyo origen científico data de Comte —y que, como mucho, permite a los grandes pensadores originales que han hecho el verdadero trabajo productivo en este campo permanecer como sus “precursores”—, no representa nada más que un escape de las tareas prácticas y, por consiguiente, también teóricas de la época histórica presente. La nueva ciencia socialista y proletaria de Marx, que desarrolló más allá la teoría revolucionaria de los fundadores clásicos de la doctrina de la sociedad, de un modo que correspondía a la situación histórica cambiada, es la genuina ciencia social de nuestros tiempos.

Marx comprende todas las cosas sociales en términos de una época histórica definida. Critica todas las categorías de los teóricos burgueses de la sociedad, en la que este carácter *específico* ha sido borrado. Ya en su primera obra económica le encontramos reprochando a Ricardo haber aplicado el concepto específicamente burgués de la renta a la “propiedad de la tierra de todas las épocas y de todos los países. Este es el error de todos los economistas que presentan las relaciones burguesas de producción como eternas.”

El alcance del principio de la especificación histórica se muestra claramente en este ejemplo. La propiedad de la tierra ha sido ampliamente diferente en su carácter y ha jugado papeles muy distintos en las diversas épocas históricas de la sociedad. Ya las diferentes maneras en que la propiedad comunal primitiva de la tierra

³ *La clase más laboriosa y más miserable*

había sido disuelta, influenciaron directamente las diversas formas del desarrollo posterior de la sociedad basado en la propiedad privada. Hasta el Medievo, la propiedad de la tierra (agricultura) constituía, de acuerdo con Marx, la categoría central, dominando todas las demás categorías de la producción, justo como el capital lo hace en la sociedad burguesa actual. Los diferentes modos en que, en los diferentes países, después de la victoria del modo de producción capitalista la propiedad feudal de la tierra fue subordinada al capital; los diferentes modos en que la renta [de la tierra] fue transformada en parte de la plusvalía capitalista, y la agricultura en una industria –todo retiene su importancia para los sistemas capitalistas que surgen de allí, para las diferentes formas del movimiento obrero que se desarrolló subsecuentemente dentro de ellas y para las diferentes formas en que la transición al modo de producción socialista se efectuará en cada uno de los diferentes sistemas. Por esta razón, Marx investigó con particular cuidado, hacia el fin de su vida, la historia de la propiedad de la tierra y de la renta, como se muestra por una parte en los Estados Unidos, y por otra parte en Rusia. Del mismo modo, al final del siglo XIX, Lenin, en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, analizó particularmente las formas históricas específicas de este proceso de transición. Con todo, todo este estudio comprensivo de las diversas formas históricas sirve, tanto con Marx como con Lenin, sólo como base para la elaboración del carácter específico de la renta en la sociedad burguesa plenamente desarrollada.

En el análisis fundamental del moderno modo de producción capitalista, que constituye el objeto del primer libro de *El Capital*, Marx no trata con la categoría de la renta en absoluto. Lo que se trata allí, además de la función general del suelo como elemento del proceso de trabajo mismo, es sólo las diferentes maneras en que la transición al moderno modo de producción capitalista afectaron a las condiciones del proletariado agrícola, primero en los países capitalistas desarrollados, segundo en países como Irlanda que habían quedado atrás en el proceso de industrialización, y finalmente en los países coloniales.

Marx trata de la “renta” en el lugar apropiado, en una sección del tercer libro de *El Capital*, donde se analizan las formas especiales de la distribución capitalista tal y como surgen de las formas históricas especiales de la producción capitalista. Incluso aquí, no hay espacio para una exposición independiente de las formas históricas precedentes.

Sólo unos cuantos comentarios dispersos echan una pizca de luz sobre el contraste entre la forma burguesa moderna de la propiedad de la tierra y las formas históricas pasadas; y sólo un capítulo adicional de cierre –y de hecho, de él sólo una parte– está dedicado a la génesis histórica de la renta capitalista. De hecho, como Marx dice en la frase de apertura de toda esta sección, el análisis de la propiedad de la tierra en sus diversas formas históricas va más allá del alcance de su obra.

El concepto de “renta”, entonces, tal y como es tratado en la teoría marxista, no es de ningún modo un término general que se refiere a la propiedad de la tierra de todas las épocas. La forma de la propiedad de la tierra que se considera en *El Capital* es una históricamente específica; es esa forma en la que la propiedad de la tierra y la agricultura de los pequeños campesinos feudales se han transformado por la influencia del capital y del modo capitalista de producción. En este sentido, y sólo en éste, un análisis de las rentas capitalistas modernas, o de esa porción de la plusvalía producida por el capital industrial que cae en manos del terrateniente capitalista, es una parte necesaria del análisis completo del proceso de producción capitalista que está incorporado a los tres libros de *El Capital*.

La aplicación del principio de la *especificación histórica* es demostrada ulteriormente por el modo en que Marx trata las diferentes formas del capital mismo. Justo como en la época presente el capital industrial aparece como la forma normal, así el capital comercial y su hermano gemelo, el capital portador de interés, y las diversas subformas de estos (más exactamente descritas por Marx como “capital para cambiar por bienes”, “capital para cambiar por dinero”, “capital para prestar dinero”), ocupan una posición independiente y, a ciertos respectos, predominante en las épocas que preceden a la sociedad capitalista –y, de hecho, en las primeras fases de la propia sociedad capitalista. Incluso a día de hoy, en la economía capitalista plenamente desarrollada el comerciante y el banquero, aunque no estén involucrados en la producción efectiva como el capitalista industrial, realizan todavía una función definida en la circulación del capital. También participan en la distribución de la “plusvalía” total, una considerable parte del montante anual a disposición de la clase capitalista cae en su regazo como “beneficio” e “interés” comercial – justo como hemos visto otra parte de ella haciéndolo en la forma de la

“renta” de la propiedad de los terratenientes, que igualmente tienen poco que ver con la producción efectiva.

El capital prestamista ha incluso recuperado una posición importante –aunque no, como muchos marxistas han creído, una supremacía definida– en él, una nueva forma como parte integrante del llamado “capital financiero” moderno, es decir, un sistema de capital altamente concentrado creado por la fusión del *capital bancario*, tanto privado como bajo control estatal, con el *capital industrial* de los trust, tanto privado como controlado por Estado.

El análisis marxista de la producción capitalista moderna parte de la asunción de que las formas previamente independientes de capital mercantil y capital dinerario han sido transformadas en meros accesorios de la nueva forma prevaleciente. Es cierto que la producción capitalista lleva, incluso hoy, la estampa de su origen histórico –la intrusión del comercial en la esfera de la producción feudal. Toda la producción capitalista sigue siendo esencialmente una producción para la venta. Cada artículo que resulta de la producción capitalista ha de venderse como mercancía, sea vendido a otro capitalista industrial que lo necesita para llevar adelante su propio proceso de producción o, por último, al consumidor inmediato. Otra vez, el modo mismo en que el “capital” emerge primero y gana el dominio de la producción, en la figura del dinero proporcionado por ricos individuos, comerciantes, usureros, etc., se repite constantemente en el estadio presente de la producción capitalista plenamente desarrollada. Cada nuevo agregado del capital, incluso hoy, entra en escena, es decir, va al mercado –el mercado de mercancías, el mercado de trabajo o el mercado financiero– todavía en la forma de dinero que, por un proceso determinado, ha de transformarse en capital.

Sin embargo, el “secreto”, no sólo de “cómo el capital produce”, sino también de “cómo el capital es producido” –y a propósito, la clave de la abolición de toda la explotación y esclavitud asalariada capitalistas–, no puede ser descubierto teóricamente en modo alguno mediante un análisis de las funciones realizadas por esas formas “accesorias” del capital en el proceso de circulación, ni se entenderá partiendo de las rentas que acumulan los capitalistas concernidos, en consideración por los “servicios” realizados en esta esfera sola, dice Marx, “porque en nuestro análisis de la forma básica del capital, la forma en la que

determina la organización económica de la sociedad moderna, sus formas populares, digamos antediluvianas, el «capital degradado» y el «capital usurero», son por el momento (a saber, en el análisis del proceso efectivo de la producción capitalista en el primer libro de *El Capital*) enteramente ignoradas.”

Incluso cuando, en el segundo y tercer libros de *El Capital*, Marx vuelve a estas “formas antediluvianas” en su análisis de la circulación y distribución capitalistas, toma como su tema principal no su desarrollo histórico, sino sólo la forma específica en la que se han transformado por la acción del moderno capital industrial. Igual que con la renta, los análisis históricos que atraviesan toda la obra de Marx, y así mismo los capítulos conclusivos añadidos a las secciones concernidas, bajo el encabezamiento de “*Datos históricos concernientes al capital mercantil y las condiciones precapitalistas*”, sirven meramente para iluminar ese gran proceso histórico por el cual, en el curso de siglos y milenios, las transacciones comerciales y dinerarias pierden más y más su posición originalmente dominante hasta que asumen su presente lugar como meros modos de existencia separados y unilateralmente desarrollados de las diversas funciones que, el capital industrial, adopta a veces –y descarta otras– dentro de la esfera de su circulación.

Sólo hay un aspecto bajo el que la renta, al igual que el capital comercial y el capital dinerario, pueden haber sido tratados propiamente como objeto en los análisis de Marx del moderno modo de producción capitalista y de la forma económica de la sociedad basada en él. De acuerdo con un plan original y más comprehensivo, Marx habría continuado la discusión de las cuestiones más estrictamente económicas de la producción, circulación y distribución, las clases sociales, etc., tal y como están contenidas en los tres libros de *El Capital*, mediante una investigación de lo que podrían llamarse las “cuestiones taxonómicas de un orden más elevado”, tales como la relación entre el campo y la ciudad y las relaciones de producción internacionales.

Sólo con estas investigaciones posteriores el análisis de Marx habría alcanzado el punto en el que el antagonismo en la propiedad de la tierra con el capital, así como el del capital comercial y dinerario con el capital industrial, sobrevive en la sociedad actual; el primero como una relación entre la industria agrícola y urbana y como una relación internacional entre los países primariamente agrarios e industriales, el

último como una relación entre las ciudades comerciales y las ciudades fabriles, y a una escala internacional entre los Estados comerciales e industriales.

Marx se adhiere al principio de la especificación histórica, tal como es ilustrado en los ejemplos precedentes (la propiedad de la tierra y las diversas formas del capital), en todas sus investigaciones económicas y socio-históricas. Trata con todas las categorías en esa forma específica y en la conexión específica en que aparecen en la sociedad burguesa moderna.

El contraste que existe a este respecto entre Marx y sus precursores se muestra de forma más destacada si les comparamos. Mientras la obra del último representante de la economía burguesa clásica,

David Ricardo, se dedicó a los *Principios de la Economía Política*, Marx limitó estrictamente su investigación económica a la “producción burguesa moderna” y, finalmente, dio a la obra que contiene el conjunto de su análisis y crítica de toda la economía política tradicional el nombre llano y definido de *El Capital*. Ricardo comienza la exposición de su sistema con el concepto general del “valor”; Marx comienza su investigación crítica de la teoría y de los hechos subyacentes a la economía burguesa moderna con el análisis de la “mercancía” como si fuese un objeto externo, una cosa palpable. Otra vez, Ricardo despoja el concepto económico tradicional del valor de las últimas impurezas terrenales que le fueran todavía adjuntadas por sus predecesores; mientras, Marx, por el contrario, considera incluso el concepto de “mercancía” en su aislamiento, como lo hace también con las condiciones distintas de las de la producción burguesa actual, como una categoría demasiado abstracta, y lo define específicamente como un elemento de la “riqueza burguesa”, o como la riqueza de esas sociedades en las que prevalece el modo de producción capitalista. Sólo en esta definición específica la “mercancía” constituye la materia de su investigación.

Sólo como propiedades de tal mercancía, los conceptos generales de “valor de uso” y “valor de cambio” –y los demás términos del sistema económico clásico derivados de estos conceptos fundamentales– le interesan. No los trata como categorías eternas. Ni por eso se transforma él en un historiador. Aunque es plenamente consciente del

hecho de que muchas categorías económicas de la moderna sociedad burguesa se dan, en otras relaciones específicas con el conjunto del modo de producción, también en épocas más tempranas, no se introduce en la historia del “dinero”, del “intercambio de mercancías”, del “trabajo asalariado” o de la “cooperación”, la “división del trabajo”, etc. Él trata de los diferentes estadios del desarrollo histórico de todos estos conceptos económicos sólo en tanto es necesario para su tema principal: el análisis del carácter específico asumido por ellos en la moderna sociedad burguesa. Todos los términos económicos de Marx, entonces, en tanto opuestos a los de los economistas burgueses clásicos, se refieren a una época histórica específica de la producción. Esto se aplica incluso a esa tendencia más general, el valor, que, según Marx, aún tiene que distinguirse del “valor de cambio” —éste último siendo sólo la forma externa en la que el “valor” intrínseco de una mercancía dada se manifiesta en la ratio de intercambio de tales mercancías. Este término más abstracto, que Marx adopta de los últimos economistas clásicos, ha sido altamente sospechoso para algunos intérpretes bienintencionados pero superficiales de Marx, que encontraron que el concepto de un “valor” intrínseco, distinto del valor de cambio, apesta a escolasticismo, a realismo metafísico, idealismo hegeliano y a qué no, y que por esta razón no da crédito a una ciencia “materialista”. Es un hecho que Marx trató precisamente estos conceptos fundamentales de su teoría económica en un lenguaje algo oscuro, “coqueteando” de este modo de forma confesa con los modos de expresión peculiares a ese poderoso pensador, el filósofo idealista Hegel. Sin embargo, no tiene sentido aceptar el término valor de cambio, tal y como es tomado por Marx de sus predecesores, los fundadores de la economía política clásica, y rechazar el del “valor” intrínseco que fue usado por Marx sólo como un medio para desarrollar más claramente el verdadero contenido del concepto de “valor” de los escritores clásicos y para exponer, críticamente, lo que llamó el “fetichismo” subyacente al conjunto de su teoría económica.

Marx era plenamente consciente del hecho de que todos los conceptos del “valor” son términos estrictamente relativos. Denotan una relación inmediata entre los objetos y el hombre (que se vuelve una realidad por el uso o consumo efectivos) o una relación de un orden diferente (realizada por el intercambio de tales objetos), a saber, la relación cuantitativa en la que los valores de uso de un tipo

son cambiados por esos de otro tipo siempre que se intercambian. Las relaciones del último orden han sido consideradas por los últimos economistas clásicos como el único “valor” con el que tratar en una ciencia estrictamente económica, y éste había sido perfilado por ellos como valor de cambio o valor propiamente dicho, en tanto distinto de la mera utilidad o “valor de uso”. Marx fácilmente concordó con los escritores clásicos cuando establecieron la diferencia de tipo que prevalece entre el valor como relación cuantitativa que emerge en el intercambio de mercancías, es decir, a través de un proceso social; y el valor de uso como una relación meramente cualitativa entre los objetos externos y el hombre. Pero no concordó con ellos en la localización última de las relaciones sociales que se manifiestan en las relaciones de “valor” de las mercancías como establecida por su intercambio. Una investigación más íntima del concepto económico de “valor” muestra que este concepto expresa una relación que surge no entre las mercancías en cuanto intercambiadas en el mercado, sino una relación previamente establecida entre seres humanos que cooperan en la producción de tales mercancías, una relación social de producción que surge entre los hombres. De hecho, el principal resultado de la crítica de Marx de la teoría tradicional de la economía política consiste en el descubrimiento y descripción de estas relaciones sociales fundamentales de los hombres –relaciones que, para una época histórica dada, se presentan a los sujetos concernidos en la forma disfrazada, digamos pervertida, de relaciones entre cosas, a saber como “relaciones de valor” de las mercancías cooperativamente producidas por ellos y cambiadas mutuamente en el mercado.

“Valor”, entonces, en todas sus denominaciones, lo mismo que como cosas económicas o como relaciones tales como “mercancía”, “dinero”, “capacidad de trabajo”⁴, “capital”, significa para Marx un hecho socio-histórico o algo que, aunque no sea físico, está aun así dado en una manera empíricamente verificable. Como en general, con cualquier ciencia socio-histórica, debemos tener siempre en mente

⁴ Traduzco “labour power” por “capacidad de trabajo” (o “capacidad viva de trabajo”) y no por “fuerza de trabajo” por dos motivos. “Labour power” todavía conserva algo el sentido semántico del “Arbeitskraft” alemán, ya que “kraft” remonta originalmente su significación a *virtud* o *poder de actuación* –y por consiguiente no tiene nada que ver con el sentido ordinario y simple de “fuerza”, que es mera energía ciega. En esto sigo la misma opción tomada en la traducción castellana de Pedro Scaron de los *Grundrisse* de Marx. La traducción corriente como “fuerza de trabajo” es una expresión más que la obsesión leninista/objetivista por eliminar la presencia de la subjetividad en el marxismo. (N. del T.)

cuando consideramos el progreso de la teoría económica que la materia de que se ocupa, aquí la moderna sociedad burguesa, está dada en la mente del observador tal como es en la realidad, y que sus categorías expresan, por consiguiente, formas de ser, modos de existencia, y frecuentemente sólo aspectos singulares de esta sociedad determinada o materia considerada. Posteriormente, en otra conexión, hemos de estudiar las implicaciones teóricas y prácticas de largo alcance de esta diferencia aparentemente menor entre el método científico de Marx y el de los economistas burgueses clásicos. Aquí nos limitamos a un resultado de la mayor importancia. El concepto de mercancía, en la forma y contexto especiales en que aparece bajo las condiciones del presente sistema de “producción capitalista de mercancías”, incluye desde el mismo comienzo una mercancía de una naturaleza peculiar, que incorpora la carne y la sangre en las manos y cabezas de los trabajadores asalariados –la mercancía *capacidad de trabajo*.

“Estos trabajadores que tienen que venderse a los pocos, son una mercancía como cualquier otro artículo del comercio, y son consecuentemente expuestos a todas las vicisitudes de la competición, a todas las fluctuaciones de los mercados”.

Es más, los vendedores de esta peculiar mercancía, bajo las mismas condiciones de su venta, nunca están en la posición de agentes libres, pues viven solamente en tanto encuentran trabajo, y encuentran trabajo sólo en tanto su trabajo incrementa el capital.

Sólo teniendo presente este sentido especial en el que, para Marx, la producción de mercancías, o producción “general” de mercancías, se vuelve enteramente equivalente a la actual producción capitalista de mercancías, podemos entender la importancia de ese análisis general de la “mercancía” que en el libro de Marx precede a todos los análisis y crítica ulteriores del modo de producción capitalista. Marx es consciente de las “condiciones históricas definidas” que son necesarias para que un producto pueda convertirse en una “mercancía” y que, en su desarrollo ulterior, el “dinero” aparecerá como la mercancía general, para el propósito del cambio. “La aparición de productos como mercancías presupone tal desarrollo de la división social del trabajo que la separación del valor de uso respecto al valor de cambio, una separación que empieza primero con el trueque, debe haberse

completado ya.” De nuevo, “las funciones peculiares del dinero que éste realiza o como el mero equivalente de mercancías, o como medio de circulación, o como medio de pago, como tesoro o como dinero universal, apuntan a estadios muy diferentes en el proceso de la producción social”. Con todo, sabemos por experiencia que un desarrollo relativamente primitivo de la sociedad es suficiente para la producción de todas estas formas. Ocurre de otra manera con el capital.

“Las condiciones históricas de su existencia no están de ninguna manera dadas con la mera circulación de dinero y mercancías. Puede saltar a la vida sólo cuando el propietario de los medios de producción y de subsistencia se encuentra en el mercado con el trabajador libre que vende su capacidad de trabajo. Y esta condición histórica comprende una historia mundial. El capital, por consiguiente, anuncia desde su primera aparición una nueva época en el proceso de la producción social.”⁵

Solamente en este estadio podemos captar la plena importancia del capital industrial como la única forma de existencia del capital que representa adecuadamente la naturaleza de la moderna producción capitalista. El “capital industrial”, de acuerdo con una afirmación expresa de Marx que, con seguridad, podemos considerar su declaración final y más completa sobre esta materia,

“da a la producción su carácter capitalista. Su existencia incluye la del antagonismo de clases entre capitalistas y trabajadores. En la medida en que asume el control sobre la producción social, la técnica y la organización social del proceso de trabajo son revolucionados y con ellos el tipo económico e histórico de sociedad. Las otras clases de capital, que aparecen antes del capital industrial entre condiciones de la producción social pasadas o en declive, no sólo están subordinadas a él y sufren cambios en el mecanismo de sus funciones en correspondencia con él, sino que se mueven sobre él como su base; viven y mueren, permanecen en pie y se derrumban, en tanto éste, su base, vive y muere, permanece en pie y se derrumba.”

⁵ *El Capital*, libro I, cap. IV, “Transformación del dinero en capital”.

El principio de la aplicación concreta

El principio de especificación histórica, junto a su importancia teórica como método mejorado de análisis e investigación sociológicos, se vuelve de importancia práctica primordial como arma polémica en las disputas entre los apologistas defensores y los críticos que asedian las existentes condiciones de la sociedad. La manera en que esta arma es blandida por los marxistas aparece en las declaraciones de Marx y Engels en réplica a las objeciones burguesas al comunismo. Una forma básica de argumentación es recurrente en todas estas réplicas. En respuesta a la acusación de que los comunistas quieren abolir la propiedad, la individualidad, la libertad, la cultura, la ley, la familia, la “patria”, etc., los comunistas dicen que lo que está en discusión aquí no son las fundamentaciones generales de toda la vida social, sino sólo las formas históricas específicas asumidas por ellas en la sociedad burguesa actual. Todas las relaciones económicas, de clase y de otro tipo que constituyen el carácter histórico específico de la sociedad burguesa son discutidas siempre con el resultado de que, los supuestos defensores de las fundamentaciones naturales y necesarias de todo orden social, son conducidos a convertirse en los predispuestos protagonistas de las condiciones peculiares de la existente sociedad burguesa y de las necesidades peculiares de la clase burguesa.

La primera objeción alzada por la burguesía al comunismo es que los comunistas quieren abolir la propiedad. A esto el *Manifiesto Comunista* replica:

“La abolición de las relaciones de propiedad existentes no es en absoluto un rasgo distintivo del comunismo. Todas las relaciones de propiedad han estado en el pasado sujetas continuamente al cambio histórico consecuente con el cambio en las condiciones históricas. La Revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal a favor de la propiedad burguesa. El rasgo distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa. Pero la propiedad privada burguesa moderna es la cabal y más completa expresión del sistema de producción y apropiación de productos que se basa en el antagonismo de clases, en la explotación de la mayoría por la minoría. En este sentido, la teoría de los comunistas puede resumirse en una sola frase: *abolición de la propiedad privada.*”

Se argumenta entonces, ulteriormente, que la propiedad que ha de ser abolida no es la “propiedad duramente ganada y personalmente adquirida” que, de acuerdo con el concepto ideológico de los portavoces teóricos de la burguesía, es “la base de toda libertad, actividad e independencia personales”. Tal propiedad realmente significa “la propiedad del pequeño artesano y del pequeño campesino”, una forma de propiedad que existía antes de la forma burguesa. Los comunistas no tienen necesidad de abolirla. “El desarrollo de la industria la ha abolido y está aboliéndola a diario.” “La propiedad en su forma presente se mueve dentro del antagonismo entre el capital y el trabajo asalariado.” Tiene una importancia específica y diferente para cada una de las dos grandes clases que se confrontan en la moderna sociedad burguesa –la burguesía y el proletariado. Ser un capitalista no es sólo tener una posición *personal*, sino una posición *social* en la producción. En el mismo sentido, el trabajo asalariado, el trabajo del proletariado, no crea propiedad individual para el trabajador: crea capital, es decir, el poder social que explota el trabajo asalariado. La abolición de la propiedad, por consiguiente, no significa la transformación de la propiedad personal en propiedad social, es sólo el carácter social de la propiedad lo que experimenta un cambio; pierde su carácter de clase.

La segunda objeción de la burguesía es que los comunistas quieren destruir la individualidad y la libertad. El comunismo replica que lo que está en cuestión aquí es sólo “la individualidad, la independencia y la libertad burguesas”.

“Por libertad quiere decirse, bajo las actuales condiciones de producción burguesas: libre comercio, libre compra-venta. Pero si el regateo desaparece, el regateo libre desaparece también. Este discurso sobre el libre regateo, y todo el resto de bravatas de nuestra burguesía acerca de la libertad en general, sólo tiene significación, si es que tiene alguna, en contraste con el regateo restringido, con los comerciantes engrilletados del Medioevo; pero no tiene significación cuando se opone a la abolición comunista del regateo, de las condiciones de producción burguesas, y de la burguesía misma.”

El burgués llama “abolición de la propiedad” a cuando la propiedad privada es abolida. Pero esta propiedad, en manos de esta clase, sólo existe por la exclusión de la vasta mayoría de la sociedad. Desde el momento en que el trabajo ya no puede transformarse en capital, dinero, renta; en resumen, en un poder social capaz de ser monopolizado, el burgués se queja de que “la individualidad está siendo destruida”. Confiesa, por consiguiente, que por “individualidad” no quiere decir ninguna otra que la del burgués, es decir, el detentador capitalista de la propiedad. “Esta individualidad debe, de hecho, ser destruida”.

Del mismo modo, la burguesía confunde el concepto general de trabajo y actividad con la forma específica burguesa del trabajo asalariado, el trabajo forzado del trabajador desposeído a instancias de los propietarios no trabajadores del capital. Si la burguesía teme que con la abolición de la propiedad privada toda actividad cesará y sobrevendrá sobre nosotros la ociosidad universal, el *Manifiesto* contesta:

“De acuerdo con esto, la sociedad burguesa debería haber naufragado hace mucho por la holgazanería total: pues aquellos de sus miembros que trabajan no adquieren nada y quienes adquieren algo no trabajan. Toda esta objeción no es más que otra expresión de la tautología: Ya no puede haber trabajo asalariado cuando ya no hay capital.

Seguido, la burguesía lamenta la amenaza de la pérdida de la cultura por el advenimiento del comunismo. A esta queja también Marx tiene una réplica específica:

Justo como para el burgués la desaparición de la propiedad de clase es la desaparición de la producción misma, así la desaparición de la cultura de clase es para él idéntica a la desaparición de toda cultura.

*

Esa cultura cuya pérdida lamenta es, para la enorme mayoría, un mero entrenamiento para actuar como una máquina.

Como en el caso de la individualidad, la libertad y la cultura, la llamada amenaza del comunismo al Estado y la ley no está dirigida a esas funciones generales de unificación de los elementos de la sociedad en un todo vivo y en desarrollo, que en el pasado han sido cumplidas mediante la compulsión estatal y la ley coercitiva, aunque de una manera cada vez más defectuosa. Está dirigida específicamente contra el Estado actual, que es sólo un comité ejecutivo para la gestión de los asuntos de la clase burguesa como un todo –y contra ese orden legal burgués moderno, que es únicamente la voluntad de la burguesía convertida en ley para todos, una voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones materiales de existencia de la clase burguesa.

¡Abolición de la familia! “incluso el más radical”, dice el *Manifiesto Comunista*, “estalla ante esta infame propuesta de los comunistas.” Una vez más, el marxista replica específicamente:

“¿Sobre que fundamentos se basa la familia presente, la familia burguesa? Sobre el capital, sobre la ganancia privada. En su forma completamente desarrollada existe sólo para la burguesía. Pero encuentra su complemento en la ausencia forzada de la familia entre los proletarios y en la prostitución pública.”

Los comunistas admiten que “quieren abolir la explotación de los niños por sus padres”. Los burgueses recurren a la típica estupidez de que “los comunistas quieren introducir la comunidad de las esposas”, mientras que, por el contrario, es “el sistema presente del matrimonio burgués lo que es, en realidad, un sistema de comunidad de las esposas”. Por lo demás, es evidente por sí mismo que “la abolición del sistema de producción actual tiene que implicar la abolición de la comunidad de las mujeres que surge de ese sistema, esto es, de la prostitución tanto oficial como no oficial.”

A la acusación adicional hecha por los nacionalistas, de que el comunismo va a “abolir la patria”, el *Manifiesto* replica que, en la actual sociedad burguesa, “los trabajadores no tienen patria”. “No se les puede quitar lo que no tienen”. Por el contrario, como Engels apuntaba, la antigua propiedad comunal de la tierra ha sido, para todos los hombres libres, la verdadera patria, es decir, una propiedad comunal heredada libremente.

La actitud del proletariado de cada país con respecto a los llamados intereses nacionales depende del estadio específico alcanzado por el movimiento de los trabajadores en su desarrollo a una escala nacional e internacional:

“En la medida en que la explotación de un individuo por otro es abolida, la explotación de una nación por otra es también abolida. Con la desaparición del antagonismo entre clases dentro de la nación, la hostilidad de una nación con otra desaparecerá.”

De nuevo, en réplica a “las acusaciones levantadas contra el comunismo desde un punto de partida religioso, filosófico, y generalmente ideológico”, el *Manifiesto* apunta sumariamente al carácter histórico específico de las ideas humanas:

“¿Qué prueba la historia de las ideas sino que la producción intelectual cambia su carácter cuando es cambiada la producción material? Las ideas dominantes de una época han sido siempre solamente las ideas de la clase dominante.”

*

“Cuando el viejo mundo estaba en declive, las viejas religiones fueron conquistadas por la Cristiandad. Cuando las ideas cristianas dejaron paso en el siglo XVIII a las ideas de la Ilustración, la sociedad feudal libró su batalla mortal con la burguesía entonces revolucionaria. Las ideas de la libertad religiosa y de conciencia meramente expresaban la influencia de la libre competición dentro del dominio del conocimiento.”

A esa fracción de la burguesía que admite que las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, legales, etc., han sido modificadas en el curso del desarrollo histórico, pero al mismo tiempo reprocha al comunismo abolir las verdades eternas comunes a todas las condiciones sociales, como la libertad, la justicia, etc., deshacerse de la religión y de la moralidad, en lugar de realzarlas –Marx responde que incluso es sus formas más generales las ideas tradicionales retienen todavía un elemento histórico específico. No dependen ya de la forma dada que los antagonismos de clase han asumido en una época dada del desarrollo social. Dependen, sin embargo, del hecho histórico que atraviesa todas estas épocas– la existencia de los antagonismos de clase:

“Cualquiera que sea la forma que pueden haber tomado, un hecho es común a todas las épocas pasadas, a saber la explotación de una parte de la sociedad por la otra. No es de extrañar, entonces, que la conciencia social de todas las épocas pasadas, a pesar de la multiplicidad y variedad que despliega, se mueva dentro de ciertas formas comunes, o ideas generales, que no pueden desvanecerse por completo excepto con la desaparición total del antagonismo de clase.”

*

“La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales, no tiene nada de extraño, entonces, que su desarrollo implique la ruptura más radical con las ideas tradicionales.”

La teoría tradicional de la sociedad, propagada durante varios cientos de años y dividida en muchas escuelas y corrientes, no se presenta al observador actual como una entidad homogénea. Esto es cierto incluso si hacemos caso omiso de la divergencia fundamental que ha aparecido dentro del pensamiento burgués desde comienzos del siglo XIX, cuando una corriente nueva e históricamente predominante se opuso —primero con un reclamo monopolista, más tarde como una segunda forma suplementaria— al enfoque teórico prevaleciente hasta el momento.

La fase clásica de la teoría social burguesa, que continuó durante las primeras décadas del siglo XIX, está caracterizada por una generalización ingenua de los nuevos principios burgueses. Después, en manos de los economistas “vulgares” del siglo XIX, esta actitud ingenua se convirtió en una tendencia más o menos consciente a representar el sistema económica de la sociedad burguesa en contraste con su política —o al menos la producción burguesa como diferenciada de la distribución—, como una forma general e inmutable de toda vida social. Finalmente, los fundadores de la “economía” moderna, y las correspondientes escuelas de sociología “general” y “formal”, han enfatizado aun el tratamiento “inespecífico” de su materia considerada, como el criterio mismo de su nueva y presuntamente “desinteresada” cientificidad. Será necesario un análisis más detallado para señalar en cada una de esas corrientes de la teoría

social burguesa moderna la manera especial en que el *a priori* de premisas dadas, que evoluciona a partir de la posición histórica y condicionada por la clase de toda la ciencia burguesa, penetra los métodos y resultados del investigador y los conceptos y proposiciones establecidas por el teórico.

Se añade una complicación ulterior por el hecho de que, al tratar con la teoría burguesa contemporánea, a menudo no podemos determinar con mayor exactitud en qué medida representa una reacción al ataque de la clase proletaria. El origen de no pocos de sus desarrollos más importantes y posteriores estará localizado directamente en la teoría marxista. Mencionamos particularmente, de las últimas dos generaciones de sociólogos, juristas, historiadores y filósofos alemanes, a Tonnies y Stemmier, Marx Weber y Troeltsch, Sheler y Mannheim; y entre los economistas —quizá no el más importante, pero sí el representante más típico de todo este grupo— a Werner Sombart. Las múltiples formas fragmentadas y distorsionadas que asumió la controversia con el marxismo, bajo las condiciones especiales de la ciencia académica alemana, aparecen de forma más destacada en el último alemán erudito nombrado. Werner Sombart era originalmente —o al menos creía ser— un marxista cabal, pero más tarde, con el cambio de las condiciones políticas y sociales conduciendo hacia el presente régimen del llamado “Nacional-Socialismo” en Alemania, cambió de postura y finalmente se convirtió en un rotundo anti-marxista. Al margen de estas distorsiones, la influencia irresistible ejercida por la teoría de Marx en toda la ciencia social burguesa actual es claramente evidente incluso en la carrera tardía de Sombart. Allá por 1927, en la introducción al tercer volumen de su principal obra económica, confirmó que “todo lo que es bueno en esta obra se debe a Marx”. Un año más tarde, en la Conferencia Sociológica de Zurich, ofreció una “confesión personal” de que había sido un “marxista convencido” hasta 1894. En la misma ocasión declaró haber sido el primero en enunciar el principio del llamado “carácter no evaluativo de una ciencia sociológica genuina”, y remontado el origen de su conocida doctrina de la investigación social contemporánea a la “contradicción” que se le había presentado en sí mismo en un período temprano, es decir, entre su “convicción” marxista interna y su posición mundana como “Profesor de la Universidad Real Prusiana”.

Por todas estas razones, al confrontar los principios generales de la teoría marxista con la ciencia burguesa no hemos de referirnos demasiado a los despliegues más recientes del pensamiento social contemporáneo, en el que su diferencia persistente ya está modificada en cierta medida por la interacción mutua. Hemos de intentar, en su lugar, sacar a la luz el fundamental contraste subyacente en esa forma pura en la que, originalmente, aparecía en los escritores clásicos y posclásicos de los siglos XVIII y XIX por un lado, y en los escritos de Marx y Engels por el otro.

Los economistas burgueses clásicos se ocupan de la existente sociedad burguesa. Ingenuamente, consideran las relaciones básicas de la sociedad como si tuviesen el carácter inmutable de una genuina ley natural, y son justo por esta razón incapaces de hacerse conscientes de, o de investigar científicamente otra cosa que, esta forma de sociedad efectivamente dada. Incluso cuando los teóricos sociales burgueses parecen hablar de otras formas sociales, su verdadera materia es aún la forma prevaleciente de la sociedad burguesa, cuyas principales características trasponen a las demás formas. Cuando hablan de la “sociedad” en general, podemos todavía reconocer, con sólo ligeras variaciones, en esta figura de la llamada *sociedad general*, los rasgos conocidos de la actual sociedad burguesa. Esto es más evidente en los escritos de los grandes fundadores de la ciencia social burguesa en los siglos XVII y XVIII y en sus seguidores, los filósofos idealistas alemanes de Kant a Hegel, que ingenuamente usaron no sólo el término “sociedad”, sino incluso el término “sociedad civil” como un concepto atemporal.

Incluso cuando los investigadores burgueses hablan de un “desarrollo” histórico de la sociedad, no van más allá del círculo mágico de la sociedad burguesa. Consideran todas las formas más tempranas como “estadios preliminares” que conducen a la forma de sociedad presente, más o menos plenamente desarrollada. Constantemente aplican los conceptos derivados de las condiciones actuales a las formas históricas precedentes. Ya en el siglo XIX describen esas fases de la historia primitiva que no pueden posiblemente ser representadas mediante las categorías de la moderna sociedad burguesa, es decir, la propiedad, el Estado, la familia, etc., como no pertenecientes a la historia propiamente dicha, sino como meramente “prehistóricas”.

Incluso Johann Gottfried Herder, que estuvo en una relación mucho más estrecha con la historia verdadera que la mayoría de sus contemporáneos, escribió en su diario:

¿Cuántas eras pueden haber pasado antes de que aprendiésemos a conocer o a pensar? ¿La fenicia? ¿La etíope? ¿O ninguna de éstas? ¿Estamos entonces, con nuestro Moisés, en el lugar correcto?

Justo como en su estudio de las condiciones pasadas, así en sus análisis de las tendencias presentes, los teóricos sociales burgueses permanecen atados a las categorías burguesas. Simplemente no pueden concebir cambios futuros que no sean los resultantes de un desarrollo “evolutivo”, y que no revelan ninguna brecha con los principios fundamentales del actual orden burgués de la sociedad. Consideran todas las revoluciones sociales como interferencias *patológicas* con el desarrollo social “normal”. Esperan, después de que el “ciclo” revolucionario ha completado su curso, que las condiciones sociales prerrevolucionarias sean restablecidas sin cambios en sus fundamentos, lo mismo que de acuerdo con una teoría similar (sostenida por los políticos) las condiciones políticas del *ancien regime* son finalmente restablecidas por la “Restauración”. Mantienen que todas las tendencias del socialismo y el comunismo revolucionarios, que apuntan a algo más allá que esto, son meras “perturbaciones del saludable progreso social” y, teóricamente, fantasías “acientíficas”.

La ciencia social de Marx se opone fundamentalmente a todos estos conceptos tradicionales de la teoría burguesa. Este contraste no es, sin embargo, tan simple que pueda reducirse a la fórmula bíblica: “Que tu discurso sea: si, si-no, no” Sería completamente equivocado, por ejemplo, imaginar que dado que la teoría burguesa es la doctrina de la “sociedad burguesa”, la teoría socialista de Marx debe necesariamente ser la doctrina de una “sociedad especial”. Como es evidente, el socialismo científico no se ocupa en absoluto de pintar el futuro estado de la sociedad. Marx deja eso a los sectarios de las viejas y nuevas utopías. Él, de acuerdo con su principio materialista, trata con la forma real de la sociedad que existe hoy, es decir, la sociedad burguesa. Por eso Marx, igual que se opone a los “teóricos” burgueses que continuamente tienden a generalizar en un sentido u otro los hechos que “descubren”, se aproxima más de cerca al método de los historiadores burgueses clásicos, de los que, no obstante, en otra dirección, se mantiene a la mayor distancia a causa de su propia

insistencia en una forma estrictamente teórica del conocimiento científico.

Tampoco el concepto burgués de las fases de desarrollo es totalmente repudiado por Marx. Él llanamente distingue las formas históricas de la sociedad “asiática”, “antigua” y “feudal”, y las agrupa junto con la sociedad “burguesa”, en una serie de “épocas progresivas de la formación socio-económica”. Aunque ya no considera, como han hecho los teóricos burgueses, todas las formas de sociedad previas como meros pasos preliminares hacia la formación actual y final, todavía consiente en la afirmación de que la forma presente de la sociedad es ella misma meramente la última de una serie de pasos preliminares y, en tanto que tal, “concluye la prehistoria de una sociedad realmente humana”. No levanta una objeción fundamental a la extensión de los conceptos científicos derivados del estado presente burgués de la sociedad a las condiciones de épocas históricas pasadas. Explícitamente mantiene el principio de que las categorías de la sociedad burguesa, en tanto se trata de la organización histórica de la producción más desarrollada y compleja, proporcionan la clave para entender las épocas precedentes de la formación social y económica. Incluso respaldó, en su juventud, la “idea correcta” subyacente, de que “la acción común del siglo XVIII, que consideraba el estado primitivo del hombre como el verdadero estado de la naturaleza humana”. Es cierto que más tarde reemplazó esta consigna revolucionaria del siglo XVIII, y el fresco ímpetu que había recibido entretanto de los primeros grandes descubridores de la sociedad primitiva en el siglo XIX, por los principios más sobrios de la investigación estrictamente empírica y materialista. No obstante, incluso entonces no abandonó la idea subyacente, sino que más bien la reformuló con un espíritu crítico y le dio una nueva y fructífera aplicación. De la misma manera, aun la idea burguesa de la “evolución” no fue completamente excluida de la teoría de la revolución social de Marx. Igual que hay —a pesar de todas las revoluciones que median y, de hecho, realizada precisamente por estas revoluciones— una línea progresiva de desarrollo que lleva del pasado histórico y “prehistórico” a la forma contemporánea de la sociedad burguesa, así la sociedad socialista y comunista futura, que surge de la revolución social, aunque implique una transformación fundamental del presente orden burgués, sigue siendo todavía, según Marx, un producto resultante de las condiciones existentes de la sociedad.

El principio de la praxis revolucionaria

La crítica marxista del concepto desarrollista de la ciencia social burguesa parte del reconocimiento del carácter ilusorio de la “denominada evolución histórica”, de acuerdo con el cual “la última etapa considera las etapas precedentes como si fuesen sólo preliminares a ella misma y, por consiguiente, sólo puede contemplarlas unilateralmente”. Justo donde Marx parece adoptar esta metafísica de la evolución ingenua y pseudo-darwiniana —que posteriormente fue aceptada total y ciegamente por marxistas ortodoxos como Kautsky, y a cuenta de la cual marxistas heterodoxos como Georges Sorel han negado completamente cualquier aplicación del principio de evolución a la sociología científica—, él invierte efectivamente toda la concepción y destruye así su carácter metafísico. Mientras los evolucionistas burgueses imaginan, con Spencer, que pueden explicar la organización más compleja de los tipos superiores, tanto de las especies animales como de las formas sociales, mediante la referencia a la organización más simple de los tipos inferiores, Marx disuelve esta ilusión con la paradójica declaración de que “la anatomía del hombre es la clave de la anatomía del mono”.

Esta conciencia crítica quiebra el espejo mágico de la “falla metafísica” de la evolución. De un axioma válido *a priori*, es reducida a una hipótesis de trabajo que debe ser meritada en cada caso. Incluso si la sociedad burguesa provee una “clave” de la sociedad antigua, de esto no se sigue que categorías como mercancía, dinero, Estado, ley, etc., tengan el mismo significado para la sociedad antigua y su modo de producción que el que tienen para la producción capitalista moderna y para la sociedad burguesa que se basa en ella. De este modo, el camino queda abierto para una investigación estrictamente empírica. La sociedad burguesa puede contener las relaciones de sociedades precedentes bajo una forma ulteriormente desarrollada. Puede contenerlas tanto en formas degeneradas, atrofiadas y travestidas como, por ejemplo, la propiedad comunal de los tiempos primitivos, según Marx, fue contenida en una forma travestida en la “Mir” de Rusia. Asimismo, contiene dentro de sí los gérmenes de los desarrollos futuros de la sociedad presente, aunque de ningún modo su completa determinación. El falso concepto idealista de la evolución, tal como es aplicado por los teóricos sociales burgueses, está cerrado por ambos

lados, y en todas las formas pasadas y futuras de la sociedad se redescubre sólo a sí mismo. El nuevo principio marxista del desarrollo, crítico y materialista, por otra parte, está abierto por ambos lados.

Marx no trata con la sociedad asiática, antigua o feudal, y mucho menos con aquellas sociedades primitivas que precedieron a toda la historia escrita, meramente como “estadios preliminares” de la sociedad contemporánea. Las considera, en su totalidad, otras tantas formaciones históricas independientes que han de entenderse en los términos de sus propias categorías. De la misma manera, define la sociedad socialista y comunista que emerge de la revolución proletaria no sólo como una forma ulteriormente desarrollada de la sociedad burguesa, sino como un nuevo tipo que ya no ha de explicarse por cualquiera de las categorías burguesas. La reyerta de Marx con los socialistas utópicos no está, como muchos han imaginado, inspirada por su idea de un estado futuro, totalmente diferente del de la sociedad burguesa contemporánea, dejando fuera las sombras. Todos esos esquemas utópicos, una vez elaborados en detalle y puestos en práctica, reproducirán inevitablemente la misma vieja forma burguesa de sociedad que conocemos tan bien. Por otra parte, el marxismo, mientras evita cuidadosamente dibujar detalladamente las etapas futuras del desarrollo, se esfuerza no obstante, en su análisis y crítica materialistas de los rasgos históricos específicos de la sociedad burguesa contemporánea, por captar las principales tendencias del desarrollo ulterior que llevan, primero a esta etapa transicional que es abierta por la revolución proletaria, y finalmente a esa etapa más avanzada que Marx llama la sociedad comunista completamente desarrollada.

La sociedad comunista en su “primera etapa”, tal como emerge de las entrañas de la sociedad burguesa después de largos y laboriosos dolores, está en muchos sentidos, en su estructura económica, política, legal, intelectual y moral, determinada por principios burgueses. La sociedad comunista en su “segunda fase”, donde ya se ha desarrollado sobre su propia base, estará tan alejada de los principios de la sociedad burguesa actual como, en otra dirección, el “comunismo primitivo” sin clases ni Estado de las primeras épocas de la sociedad humana ha sido eliminado de la sociedad contemporánea. La sociedad comunista, cuando esté plenamente desarrollada, habrá dejado el estrecho horizonte burgués muy atrás y realizará finalmente

el lema que, en una forma abstracta, había sido anunciado por primera vez por los pioneros “utópicos” en el umbral del siglo XIX: “De cada cual de acuerdo con sus capacidades, a cada cual de acuerdo con sus necesidades”.

A la dialéctica filosófica de Hegel, que por otro lado él consideraba como el instrumento perfeccionado de una investigación de la sociedad desde el punto de vista del desarrollo, Marx alzó la objeción de que, en su “forma mistificada” en que se había puesto de moda en Alemania, parecía glorificar las condiciones existentes. Por otra parte, la forma nueva y racional en la que esta dialéctica hegeliana reaparece en la investigación social marxista, se ha convertido en:

“un escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios; porque incluye en su entendimiento positivo de las condiciones existentes al mismo tiempo el entendimiento de su negación y de su necesaria desintegración; porque concibe toda forma manifestada situada en el flujo del movimiento, es decir, también en su aspecto transitorio; porque no deja que nada se le imponga, y porque es esencialmente crítica y revolucionaria”.

La sobresaliente diferencia entre Marx y Hegel a este respecto, es evidente sin un análisis más detallado.

Hegel, que glorificaba las instituciones existentes y el progreso moderado dentro de los estrechos límites del Estado prusiano contemporáneo, limitaba explícitamente la validez de su principio dialéctico al desarrollo pasado de la sociedad y consignaba el progreso futuro de una manera intencionalmente irracional al “topo, que cava debajo de la superficie”. De nuevo, aunque criticando la llamada “hipótesis preformativa”, según la cual todas las formas futuras están ya físicamente contenidas en las que le preceden, enfatizó al mismo tiempo la corrección de la idea subyacente a esta hipótesis –es decir, la asunción de que el desarrollo social “depende de sí mismo en su proceso y que mediante tal desarrollo no emerge ningún contenido nuevo, sino sólo un cambio de forma”. El desarrollo, por consiguiente, según Hegel “ha de considerarse únicamente como si fuese un juego, por así decirlo: lo establecido por él no es, de hecho, ningún Otro”. Es evidente que, desde este punto de partida –que en su fórmula hegeliana subyacente equivale casi a una crítica involuntaria del

principio de la evolución tal como es usado por los investigadores sociales burgueses—, no hay espacio para el acto social humano consciente, que transformará y derrocará radicalmente el orden presente de la sociedad. Hegel dijo, en relación al “propósito” real de toda acción histórica, que éste “está ya cumplido en verdad, y no necesita esperarnos”. Su realización efectiva, entonces, sólo “retira el velo de como si todavía no hubiese sido realizada”. Aquí, en contraste con algunos de sus seguidores, que más tarde intentaron usar efectivamente su método dialéctico como instrumento para la revolución, Hegel consideraba el único propósito de su filosofía “restablecer” la convicción a partir de la cual “toda conciencia ingenua procede”: “Lo que es racional es real, y lo que es real es racional”, y así producir la “reconciliación” final entre “la razón y el espíritu autoconsciente” y “la razón y una realidad dada”.

Es aquí donde encaramos la consecuencia más importante de la total destrucción de la metafísica evolutiva burguesa, que está implícita en la crítica materialista de Marx de la dialéctica idealista de Hegel. El estudio de la sociedad de Marx se basa en un pleno reconocimiento de la realidad del cambio histórico. Marx trata todas las condiciones de la existente sociedad burguesa como condiciones cambiantes, es decir, más exactamente, como condiciones en proceso de ser modificadas por las acciones humanas. La sociedad burguesa no es, según Marx, una entidad general que pueda ser reemplazada por otra etapa en un movimiento histórico. Es tanto el resultado de una fase precedente como el punto de partida de una nueva fase, de la guerra social de clases que llevará a la revolución social.

Las principales aportaciones de Marx⁶ a la investigación social consisten en:

1° haber reconducido a la economía todos los fenómenos del proceso de la vida social;

2° haber concebido también la economía socialmente;

3° haber determinado históricamente todos los fenómenos sociales, y precisamente como un desarrollo revolucionario cuyo fundamento objetivo está en el desarrollo de las fuerzas materiales productivas de los hombres y cuyos portadores subjetivos son las clases sociales.

En esos tres resultados generales están ya contenidos resultados parciales tan importantes, teórica y prácticamente, como

4° la determinación exacta de la relación entre la economía y la política, y

5° la reducción de todos los fenómenos llamados «espirituales» a «formas de conciencia sociales», en parte distorsionadas («ideológicas») y en parte objetivamente válidas para una determinada época.

El análisis detallado de estas circunstancias y relaciones ha de ser objeto de una exposición propia.

Para conseguir esos resultados Marx se ha servido de un aparato conceptual en parte tomado de Hegel y en parte desarrollado por él mismo previa asimilación de todos los elementos culturales presentes en su época, aparato que en consciente oposición al idealismo hegeliano llama su *materialismo*, y que frente a todas las demás posiciones posibles del materialismo anterior caracteriza siempre con más detalle mediante uno o varios adjetivos, llamándolo materialismo histórico, dialéctico, crítico, revolucionario, científico, proletario.

En su tendencia principal el materialismo histórico no es ya un método «filosófico», sino científico empírico. Contiene el punto de partida para una solución real de la tarea que el materialismo naturalista y el positivismo resuelven aparentemente con su ecléctica transposición

⁶ IIIª Parte, *Historia*, Apartado 15, "Resultados", Cf. K. Korsch *Karl Marx*, el libro n.º 134 en esta colección

de los métodos científico-naturales a la ciencia de la sociedad. En vez de trasponer a la investigación de la sociedad, tomándolos ya listos, los métodos desarrollados por los investigadores de la naturaleza en un trabajo de siglos, exactamente adaptados a su terreno de investigación y progresivamente diferenciados en su especialización, el nuevo materialismo de Marx ve su tarea en la formación de *métodos específicos* de la investigación histórico-social, en la elaboración de un *novum organum* que permita al investigador de la sociedad atravesar con la mirada también en su terreno los *ídola* que se oponen al avance por el camino real de una investigación sin prejuicios y «registrar con la fidelidad de la ciencia natural» la situación real escondida tras una infinita confusión de revestimientos «ideológicos». En esto consiste el núcleo del materialismo marxiano.

Pero en su aspecto formal el método de Marx ha sido muy poco desarrollado hasta el día de hoy. Así como el positivismo científico-social queda preso en la esclavitud de los conceptos específicamente científico-naturales, en los métodos y procedimientos correspondientes, el materialismo de Marx no se ha desprendido completamente del método filosófico de Hegel que en el momento de su nacimiento lo dominaba todo. El materialismo de Marx es una investigación materialista de la sociedad no tal como se habría desarrollado desde su propio fundamento, sino, al contrario, tal como ha nacido de la filosofía idealista, y está pues, en todos los respectos, en el contenido, en el método y en el léxico, afectado aún por los rasgos maternos de la vieja filosofía hegeliana de cuyo seno salió. Todos esos defectos eran inevitables en las condiciones de época en que ha nacido la investigación social marxiana. Pese a tales defectos era con mucho superior a todas las demás tendencias contemporáneas de la investigación social, y lo sigue siendo hoy pese a los progresos relativamente escasos que han hecho los marxistas desde entonces en el desarrollo formal del método fundado por Marx y Engels. Su forma en parte todavía filosófica no le ha impedido conseguir una serie de importantes resultados científicos que siguen siendo válidos hoy día.

Mediante el enlace con Hegel, la teoría materialista de Marx conectó con la suma del pensamiento social de toda la época anterior, del mismo modo contradictorio en que también prácticamente la acción social del proletariado continúa el anterior movimiento social de la clase burguesa.

La filosofía hegeliana contenía, pese a su carácter idealista de conjunto, más elementos útiles y más desarrollados para el nuevo materialismo histórico que el viejo materialismo, ya por el hecho de corresponder a un estadio más avanzado del desarrollo social.⁷ Con el ejemplo de la doctrina hegeliana de la *sociedad civil* hemos visto lo laxamente que estaba unida con el todo de esta filosofía «idealista» una parte del material incluido por Hegel en su sistema. Análogamente otros elementos del sistema hegeliano podían leerse sin más de un modo materialista en vez de idealista.

Esta recepción de resultados metodológicos y materiales de la filosofía hegeliana no tenía en absoluto un carácter imperativo para la nueva teoría proletaria. Marx y Engels han arrancado del todo del sistema idealista hegeliano determinados elementos y los han unido con otros de otra procedencia en el nuevo todo de una ciencia materialista. Hegel fue para su época una cabeza enciclopédica, un genio de la anexión, un «filósofo» hambriento de teoría y de realidad, que ha abarcado en su sistema un territorio incomparablemente mayor que el de ningún otro autor desde Aristóteles. Pero el material intelectual acumulado por Hegel es solo una de las corrientes que Marx y Engels han hecho desembocar en el ancho río de su nueva teoría materialista de la sociedad. Tomaron de los historiadores burgueses del período de la restauración el concepto de clase social y el de lucha de clases, de Ricardo la fundamentación económica de las contraposiciones de clase, de Proudhon la proclamación del proletariado moderno como única clase realmente revolucionaria, de los acusadores feudales y cristianos opuestos al nuevo orden económico nacido de la revolución del siglo XVIII el desenmascaramiento sin contemplaciones de los ideales liberales burgueses, la invectiva llena de odio que da en el blanco; del socialismo pequeñoburgués de Sismondi la aguda descomposición de las contradicciones irresolubles del moderno modo de producción; de los iniciales compañeros de viaje de la izquierda hegeliana, particularmente de Feuerbach, el humanismo y la filosofía de la acción; de los partidos políticos obreros contemporáneos -los reformistas franceses y los cartistas ingleses- la importancia de la lucha

⁷ En este sentido anota Lenin en 1914-1915, durante la lectura de la *Filosofía de la historia* de Hegel: «El idealismo inteligente está más cerca del materialismo inteligente que el materialismo tonto». El materialismo «tonto» es para Lenin el materialismo burgués temprano, sin desarrollar, a diferencia del idealismo «inteligente» de Hegel y del materialismo «inteligente» de Marx.

política para la clase obrera; de la Convención francesa, de Blanqui y de los blanquistas la doctrina de la dictadura revolucionaria⁸; de Saint Simon, Fourier y Owen todo el contenido de sus metas socialistas y comunistas: la subversión total de los fundamentos de la existente sociedad capitalista, la eliminación de las clases y de las contradicciones de clase y la transformación del Estado en una mera administración de la producción. A esas asimilaciones realizadas ya al principio se sumaron otras más en el ulterior desarrollo de su teoría, por ejemplo, los resultados de toda la época de descubrimientos de prehistoria que cierra en el siglo XIX la obra de Morgan.

Por ser según su forma teórica ante todo investigación estrictamente empírica de la sociedad, la nueva ciencia de Marx -investigación natural de la sociedad- es por su contenido ante todo economía. El investigador materialista Marx, que ha empezado como crítico revolucionario de la religión, de la filosofía, de la política y del derecho, ha concentrado luego progresivamente su investigación social a la economía. Pero con ello no ha estrechado en absoluto el ámbito de su ciencia social materialista. La crítica materialista de la economía política en *El Capital*, que solo en breves alusiones explicita las consecuencias del nuevo principio materialista para el Estado, el derecho, la filosofía, el arte, la religión, etc., parte metódicamente del hecho de que con la investigación del modo de producción capitalista y de sus alteraciones históricas queda investigado ya todo lo que puede constituir un objeto de *ciencia social* de «fidelidad científico-natural» en la estructura y el desarrollo de la presente formación social económica, con los criterios de una ciencia estrictamente empírica.

⁸ Véase el primer artículo del documento fundacional de la Société Universelle des Communistes Révolutionnaires, publicado por Riazanov en el boletín ruso del Instituto Marx-Engels de Moscú. Ese documento, firmado por los blanquistas J. Vidil y Adam y por Willich, Marx, Engels y G. Julian Harney, obliga a los grupos que se unen, entre ellos el marxiano Bund der Kommunisten [Liga de los comunistas] a asumir programáticamente las consignas blanquistas de *la revolución permanente* y de *la dictadura del proletariado* (*Bjulleten' instituta K. Marksa i E Engel'sa...*, n.º 1, Moscú-Leningrado, 1926, facsímil del manuscrito francés p. 8; en alemán en *MEW*, vol. 7, pp. 553 s.). Sobre la posición de Marx respecto de Blanqui véase también el artículo del n.º 3 de la "*Revue der Neuen Rheinischen Zeitung*", verano 1850, pp. 31 s. (*MEW*, vol. 7, pp. 89 s.) y el segundo informe de la oficina central a la Liga de los Comunistas de junio de 1850 (reimpreso como apéndice a las *Enthüllungen über den Kommunisten Prozess zu Köln*, 1853, nueva edición Zurich, 1885 (*MEW*, vol. 17, pp. 306 ss.).

Aquella totalidad de las relaciones sociales tratada por los sociólogos burgueses como campo de una ciencia social general es para Marx un campo de conocimiento científico objetivo solo en la medida en la cual es investigada y representada por la ciencia histórica y social de la economía. En este sentido podemos completar nuestras anteriores exposiciones sobre la relación entre el marxismo y la «socio-logía» moderna mediante la afirmación aparentemente paradójica, pero objetivamente verdadera para la forma última y madura de la ciencia marxiana: *la ciencia social materialista de Marx no es sociología, sino economía.*

Para las demás ramas de la doctrina social materialista que da un territorio cada vez menos accesible a la investigación rigurosamente científica a medida que nos alejamos del fundamento económico, un territorio cada vez menos «material», cada vez más «ideológico», que al final no se puede tratar ya de un modo positivo y teórico, sino solo crítico, en íntima relación con las tareas prácticas de la lucha de clase revolucionaria.

El fundamento último de la nueva ciencia marxiana no está ni en Hegel ni en Ricardo, ni en la filosofía burguesa ni en la economía burguesa. La investigación materialista de la sociedad y la teoría proletaria de la revolución marxianas tienen su arranque e impulso decisivo en la realidad del desarrollo histórico: en las grandes revoluciones burguesas de los siglos XVII y XVIII y en el nuevo movimiento revolucionario de la clase proletaria en el siglo XIX. Una exposición genética mostraría la exactitud y la fuerza con las cuales en cada inflexión del desarrollo teórico de la doctrina marxiana se refleja una nueva fase de la historia real de la sociedad y de las nuevas experiencias de la lucha de clase proletaria. Pero esta estrecha relación entre la historia real de la sociedad y la teoría marxiana materialista no es simplemente un mero reflejo pasivo de la realidad en la teoría. Lo que Marx y Engels han obtenido de la historia real del movimiento proletario en forma de percepciones y conceptos teóricos lo han devuelto enseguida en forma de participación directa en las luchas de la época y en impulsos históricamente eficaces hasta el día de hoy para la ampliación y la intensificación de esas luchas.

El gran objetivo al que sirve toda formulación teórica del marxismo es la intervención práctica en el movimiento histórico. Este principio revolucionario que da forma a toda su obra teórica, hasta los últimos escritos de su vida, ha sido expresado por Marx ya en su temprana juventud, cuando concluyó su tajante crítica del materialismo insuficientemente político de Feuerbach, con la sentencia:

“Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modo el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo.”

LA COMUNA REVOLUCIONARIA⁹

I

¿Qué debe saber sobre la “comuna revolucionaria” todo obrero con conciencia de clase en este momento histórico que nos toca vivir, en el que la autoliberación revolucionaria del yugo capitalista por parte de la clase obrera figura en el orden del día? ¿Y qué es lo que sabe hoy de ella incluso la parte políticamente más formada y, en consecuencia, relativamente autoconsciente del proletariado?

Existen a este respecto un par de hechos históricos y algunas palabras de Marx, Engels y Lenin relacionadas con ellos que en la coyuntura actual, después de medio siglo de propaganda socialdemócrata –durante todo el período de preguerra– y de la serie de acontecimientos verdaderamente trascendentales de los últimos tres lustros, han pasado a formar parte decidida de la conciencia proletaria, por mucho que en las escuelas de la actual república “democrática” se hable, a pesar de todo, tan escasamente de estas cuestiones como en las de la vieja monarquía imperial. Se trata de la historia y del significado profundo de la gloriosa Comuna de París, que desplegó la bandera roja de la revolución proletaria el 18 de marzo de 1871 y la mantuvo enhiesta durante setenta y dos días de luchas encarnizadas contra un mundo exterior armado hasta los dientes y empeñado en un ataque a muerte contra ella. Se trata, en fin, de la comuna revolucionaria del proletariado parisino de 1871, de la que Karl Marx dijo en el *Manifiesto del Consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores* del 30 de mayo de 1871 sobre la guerra civil en Francia¹⁰ que “su verdadero secreto” había radicado, fundamentalmente en ser un *gobierno de la clase obrera*, “el resultado de la lucha de la clase productora contra aquella que se apropia del trabajo ajeno, la forma política al fin hallada que permitía realizar la emancipación económica del trabajo”. De manera similar, veinte años después, Friedrich Engels pronunciaba ante rostro de los filisteos aterrorizados, en un momento en el que la fundación de la Segunda Internacional y la institución de la fiesta proletaria de mayo como primera forma de la

⁹ *Revolutionäre Kommune I*, en “*Die Aktion*”, XIX, 1929, n.º. 518, pp. 176-181. *Revolutionäre Kommune II*, en “*Die Aktion*”, XXI, 1931, n.º 3-4, pp. 60-64.

¹⁰ Se trata de uno de los escritos de Marx publicados bajo el título de *La guerra civil en Francia*.

acción directa de masas a nivel internacional volvían a llenar de temor a las clases propietarias, las siguientes frases llenas de orgullo: “¿Quieren saber ustedes la forma que adoptará esa dictadura? Analicen la de la Comuna de París. Ésa fue la dictadura del proletariado.” Y más de dos decenios después, el más grande político revolucionario de nuestra época, Lenin, volvió sobre este tema, llevando a cabo en la parte central de la más importante de sus obras políticas, *El estado y la revolución*, un detallado análisis de las experiencias de la Comuna de París y de la lucha contra el debilitamiento oportunista y la mistificación de las importantes enseñanzas que ya Marx y Engels supieron extraer de aquel período histórico. Y cuando pocas semanas después de la Revolución rusa de 1917, que comenzó en febrero como revolución nacional y burguesa y acabó por convertirse, superando sus limitaciones de cuño nacional y burgués y ampliando y ahondando sus perspectivas, en la *primera revolución proletaria del mundo*, tanto Lenin y Trotsky como las masas obreras de Europa occidental y los sectores más progresistas de la clase obrera de todo el mundo saludaron la nueva forma de gobierno creada por esta acción revolucionaria de las masas, es decir, el *sistema revolucionario de los consejos*, como la prolongación directa de la *comuna revolucionaria* gestada medio siglo antes por los obreros de París.

Hasta aquí todo está muy bien. Por confusa que fuera la idea que, en el período de ascenso e impulso revolucionarios que siguió en toda Europa a las conmociones políticas y económicas desencadenadas por los cuatro años de guerra mundial, sustentaran los obreros revolucionarios al pronunciar la fórmula “Todo el poder para los consejos” y por muy profundo que fuera el abismo que ya entonces comenzaba a abrirse entre dicha imagen y la realidad que iba forjándose en la nueva Rusia bajo el rótulo de “República socialista de los consejos”, no cabe duda de que en aquellos años *la lucha por los consejos representaba una forma de evolución política positiva de la voluntad de una clase proletaria y revolucionaria en plena urgencia de realización*. A decir verdad, únicamente los filisteos amargados podían clamar entonces contra la indefinición que inevitablemente aquejaba a esta idea, al igual que a toda idea no plenamente realizada, y sólo los pedantes triviales podían acometer el intento de remediar esta deficiencia mediante “sistemas” artificialmente elaborados en el

terreno de la imaginación, como el desacreditado “sistema de cajitas” de Daumig y Richard Müller. En todos aquellos lugares en los que, al igual que de manera tan efímera en Hungría y Baviera en 1919, el proletariado constituyó su dictadura revolucionaria de clase, la concibió, denominó y constituyó como “*gobierno de la clase obrera*”, gobierno que era *el resultado de la lucha de la clase productora contra la clase que se adueña del trabajo ajeno, y cuyo objetivo último radicaba en la plena consecución de la “liberación económica del trabajo”*, un gobierno definido, en fin, como “*gobierno revolucionario de consejos*”. Y si en aquella época en alguno de los grandes países industriales, en Alemania por ejemplo, cuando la gran huelga de la primavera de 1919 o cuando el contragolpe a raíz del putsch de Kapp de 1920 o en ocasión de la llamada huelga de Cuniw, en el año de ocupación del Ruhr y de la inflación (1923), o en Italia, durante la época de la ocupación de fábricas de octubre de 1923, hubiera triunfado el proletariado, hubiera constituido su poder en forma de *república de consejos*, vinculándose a la ya existente Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en una federación mundial de repúblicas revolucionarias de consejos. En las actuales circunstancias, sin embargo, la *idea de los consejos* y la existencia de un *gobierno de consejos* pretendidamente “socialista” y “revolucionario”, tienen un significado totalmente distinto. Hoy, en que la superación de la crisis económica mundial del año 1921 y las consiguientes derrotas de los obreros alemanes, polacos e italianos, a las que ha seguido una cadena de nuevas derrotas proletarias hasta la huelga general inglesa y huelga de mineros de 1926, y *el capitalismo europeo ha inaugurado un nuevo ciclo de su dictadura sobre una clase obrera derrotada*, hoy, en fin, en que nos encontramos ante nuevas condiciones objetivas, los luchadores de la clase proletaria y revolucionaria de todo el mundo no podemos seguir aferrándonos de manera acrítica y estática a nuestra vieja fe en la importancia revolucionaria de la *idea de los consejos* y en el carácter revolucionario del *gobierno de los consejos* como manifestación reciente y evolucionada de la *forma política de la dictadura proletaria* “hallada” hace medio siglo por los *communards* franceses.¹¹

¹¹ Que la crisis mundial del sistema capitalista esté ya superada es algo de lo que el capitalismo tomará nota con verdadera sorpresa, camarada Korsch. ¿Dónde demonios cabe mostrar una derrota del proletariado provocada por la idea de los consejos? ¡En ningún sitio! ¡Ni siquiera en Hungría o Munich! (Nota de Franz Pfemfert).

Frente a las flagrantes contradicciones que hoy existen entre el nombre y la realidad efectiva de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no podemos darnos por satisfechos con la constatación, por ejemplo, de que los actuales mandatarios rusos han traicionado el *primitivo principio “revolucionario” de los consejos*, de manera similar a como Scheidemann, Müller y Leipart “han traicionado” sus *principios socialistas “revolucionarios” de preguerra*. Limitarse a ello sería al mismo tiempo superficial y erróneo. Es obvio que se trata de una doble verdad indudable. Los Scheidemann, Müller y Leipart han traicionado, sin duda, sus principios socialistas; y, por otra parte, la “dictadura” que hoy es ejercida por la cumbre máxima del aparato de un partido gubernamental en extremo exclusivista –y del que sólo el nombre recuerda al primitivo partido “comunista” y “bolchevique”– sobre el proletariado y toda la Rusia soviética con la ayuda de una burocracia extraordinariamente desarrollada, tiene en común con las ideas revolucionarias de los consejos de 1917 y 1918 exactamente lo mismo que la dictadura del partido fascista del viejo socialdemócrata revolucionario Mussolini en Italia. Pero, en ambos casos, es tan poco lo que se explica hablando de “traición” que *más bien es el hecho de la traición misma lo que necesita ser explicado*.

La verdadera tarea que esta evolución contradictoria –que ha llevado del viejo lema revolucionario de “todo el poder para los consejos” al actual régimen capitalista y fascista del pretendido “Estado socialista soviético”– nos plantea a todos los socialistas revolucionarios con conciencia de clase de manera realmente urgente, no es, a decir verdad, sino una tarea de *autocrítica revolucionaria*. Hemos de reconocer que no sólo para las ideas e instituciones del pasado feudal y burgués, sino también para cuantos pensamientos y formas de organización ha ido procurándose la propia clase obrera en los anteriores y sucesivos períodos de su lucha de autoliberación histórica, tiene validez esa *dialéctica revolucionaria* en virtud de la cual “el bien de ayer se convierte en el mal de hoy”, por decirlo con palabras de Goethe, o, como vino a decir más clara y terminantemente Karl Marx, todo estadio histórico de una *forma evolutiva* de las fuerzas productivas revolucionarias y de la acción revolucionaria, así como de la evolución de la conciencia, puede convertirse, en un determinado punto de su proceso evolutivo, en una *rémora* para el mismo. A esta contradicción dialéctica de la evolución revolucionaria están sometidas, al igual que

las restantes ideas y producciones históricas, también esas *formaciones en el orden del pensamiento y en el de la organización propias de una determinada fase histórica de la lucha revolucionaria de clase*, como la forma política “por fin hallada” hace casi sesenta años por los *communards* franceses y estructurada como forma de gobierno propia de la clase obrera al modo de *comuna revolucionaria* y su heredera, surgida en un nuevo período histórico de lucha a impulsos del movimiento revolucionario de los obreros y campesinos rusos, conocida con el nombre de “*poder revolucionario de los consejos*”.

En lugar de lamentarnos sobre la “traición” a la idea de los consejos y la “degeneración” de los consejos debemos proceder a sintetizar de manera sobria, serena e históricamente objetiva la evolución entera de este proceso, elaborando una *visión histórica de conjunto* que dé cuenta de sus fases sucesivas, haciéndonos, por último, la *pregunta crítica*: ¿cuál es, de acuerdo con esta experiencia histórica, *el significado real de orden histórico y clasista de esta nueva forma de gobierno*, cristalizada inicialmente en la *comuna revolucionaria* de 1871, aniquilada por la fuerza al cabo de setenta y dos días de vida y que ha encontrado su expresión más concreta y reciente en la *Revolución rusa* de 1917?

Procurarse una nueva imagen, mucho más profunda y orientadora, del carácter histórico y clasista de la *comuna revolucionaria* y su prosecución en el *sistema revolucionario de consejos* resulta doblemente necesario si se piensa que, incluso la crítica histórica más superficial, muestra lo totalmente infundado de esa concepción, tan extendida hoy entre los revolucionarios. Dicha concepción, si bien desprecia teóricamente al *parlamento* como institución burguesa por su origen y su función y prácticamente predica la necesidad de “aniquilarlo”, en el llamado “*sistema de consejos*” y en su precedente, la “*comuna revolucionaria*”, vislumbra, al mismo tiempo, una forma de gobierno total y esencialmente proletaria, opuesta, por su propia naturaleza de manera inconciliable y contradictoria al Estado burgués. En realidad la “comuna” representa, a lo largo de su evolución casi milenaria, no sólo una forma de gobierno burgués *más antigua* que el parlamento, sino que constituye –desde sus comienzos en el siglo XI hasta su punto culminante en el momento álgido del movimiento revolucionario de la burguesía, es decir, en la gran revolución francesa de 1789-1793– *la forma más pura*, precisamente, *en el orden clasista de la lucha que*,

bajo distintas modalidades, llevó a cabo durante todo este período histórico la entonces revolucionaria clase burguesa para conseguir la transformación del orden social feudal existente hasta el momento y edificar el nuevo orden social de cuño burgués.

Cuando en la frase que citamos anteriormente –tomada de *La guerra civil en Francia*– Marx celebraba la *comuna revolucionaria* de los obreros parisinos del año 1871 como “*la forma política al fin hallada que permitía realizar la emancipación económica del trabajo*” era, al mismo tiempo, consciente de que la forma de la “comuna”, heredada de las seculares luchas burguesas de liberación, sólo podía asumir este carácter nuevo al precio de *una transformación radical de su esencia anterior*. Toma posición expresamente contra las falsas concepciones de cuantos querían ver, en su tiempo, en esta “*nueva comuna, aniquiladora del poder del Estado*” una “*versión renovada de las comunas medievales anteriores a dicho poder estatal y que sentaron, en realidad, las bases del mismo*”. Y estaba muy lejos, por supuesto, de esperar cualquier tipo de efectos milagrosos para la lucha de clases del proletariado de la *forma política* de la constitución comunal en cuanto tal, considerada independientemente del contenido clasista específico con el que, en su opinión, habían llenado los obreros de París esta forma política por ellos conquistada y puesta al servicio de su autoliberación económica en un determinado momento histórico. De acuerdo con su análisis de este problema, los obreros de París hicieron de la forma heredada de la “comuna” un instrumento de sus fines revolucionarios –opuestos radicalmente a la originaria finalidad histórica de la misma– en virtud, precisamente, de su carácter *poco evolucionado y relativamente indeterminado*. En tanto que en *el Estado burgués plenamente desarrollado*, tal y como ha ido formándose –en Francia, sobre todo– en su versión clásica, es decir, como *moderno Estado representativo centralizado*, el poder estatal no pasa de ser, de acuerdo con la conocida expresión del *Manifiesto comunista*, otra cosa que “un consejo de administración del conjunto de negocios de la burguesía”, en las formas tempranas y poco desarrolladas de la estructura estatal burguesa, entre las que hay que situar la comuna “libre” medieval, este carácter clasista específicamente burgués, consustancial a todo Estado, cobra una fisonomía por completo diferente. Frente al posteriormente cada vez más evidente y elaborado carácter del poder estatal burgués de “instrumento público

coactivo para la opresión de la clase obrera”, de “máquina para el dominio clasista” (Marx), en esta fase primitiva de su evolución todavía pesa más la finalidad originaria de la organización burguesa de clase como órgano de la lucha revolucionaria de liberación de la clase burguesa oprimida contra el dominio feudal medieval. Por muy poco que fuera lo que esta lucha de la burguesía medieval tenía en común con la lucha proletaria de emancipación de la época histórica contemporánea, era, no obstante, una *lucha de clases histórica*, y en esta medida –aunque, desde luego, sólo en ella– los instrumentos creados por la burguesía de acuerdo a las necesidades de su lucha revolucionaria no dejan de ofrecer también un punto de partida puramente formal para la lucha de emancipación revolucionaria que actualmente, sobre bases totalmente distintas, en condiciones harto diferentes y con vistas a otros fines, protagoniza la *clase proletaria*.

Marx llamó muy pronto la atención sobre la especial importancia que, a esa serie de experiencias y conquistas tempranas de la lucha de clases sostenida por la burguesía, cuya expresión más importante puede verse en las diversas fases evolutivas de la *comuna revolucionaria burguesa de la Edad Media*, le ha ido correspondiendo en la formación tanto de la moderna conciencia proletaria de clase como de la lucha de clase del proletariado, y lo hizo mucho antes, incluso, de que el gran acontecimiento histórico del alzamiento de los *communards* parisienses de 1871 le incitara a saludar esta nueva comuna revolucionaria de los obreros de París como la forma política al fin hallada de la emancipación económica del trabajo. Debemos a Marx, a este respecto, la demostración de la *analogía histórica* existente entre *la evolución política de la burguesía* como clase oprimida y en lucha por su liberación en el seno del Estado feudal medieval y *la evolución del proletariado en la moderna sociedad capitalista*. Una analogía de la que se ha servido, por cierto, como importante punto de partida en su teoría dialéctica y revolucionaria sobre *la importancia de los sindicatos y de las luchas sindicales* –una teoría aún no comprendida plena y adecuadamente, ni siquiera en nuestros días, por buen número de marxistas tanto de inspiración izquierdista como derechista–. En ella Marx ha comparado las modernas *coaliciones* de obreros con las comunas de la burguesía medieval, subrayando el hecho histórico de que *también la clase burguesa comenzó su lucha contra el orden social feudal con la formación de coaliciones*.

Ya en su escrito polémico contra Proudhon encontramos la siguiente referencia, hoy verdaderamente clásica, sobre esta cuestión:

“En la historia de la burguesía debemos diferenciar dos fases: en la primera se constituye como clase bajo el régimen del feudalismo y de la monarquía absoluta; en la segunda, la burguesía constituida ya como clase, derroca al feudalismo y la monarquía, para transformar la vieja sociedad en una sociedad burguesa. La primera de estas fases fue más prolongada y requirió mayores esfuerzos. También la burguesía comenzó su lucha con coaliciones parciales contra los señores feudales.”

“Se han hecho no pocos estudios para presentar las diferentes fases históricas recorridas por la burguesía desde la comunidad urbana (comuna) hasta su constitución como clase. Pero cuando se trata de tomar buena nota de las huelgas, coaliciones y otras formas de las que los proletarios se sirven para culminar ante nosotros su organización como clase, los unos son presa de verdadero espanto y los otros hacen gala de un desdén trascendental.”¹²

Lo que aquí expresa teóricamente el joven Marx a mediados de los años cuarenta, cuando aún es reciente su evolución al socialismo proletario, y repite sin mayores variaciones años después, en su exposición de los diversos estadios evolutivos de la burguesía y del proletariado en el *Manifiesto Comunista*, vuelve veinte años después a expresarlo una vez más en la conocida *Resolución del Congreso de Ginebra de la Asociación Internacional de Trabajadores concerniente a los sindicatos*. Allí se dice de éstos que, ya en su anterior evolución y sin ser conscientes de ello, más allá de sus tareas cotidianas inmediatas de defensa de los salarios y de la jornada de trabajo de los obreros contra las incesantes acometidas del capital, “habían llegado a convertirse en puntos verdaderamente culminantes de la organización de la clase obrera, de manera similar a como las municipalidades y comunidades medievales lo habían sido para la burguesía”, de tal modo que en el futuro *habrían de obrar ya de manera plenamente consciente como puntales de la organización del conjunto de la clase obrera*.

¹² *Miseria de la filosofía*, cap. 2, § v.

II

Para comprender la posición tardía de Marx respecto de la *comuna revolucionaria de los obreros parisinos* en su auténtico significado, hay que partir de la inicial visión marxiana de la relación histórica existente entre las formas de organización de la moderna lucha de clases proletaria y las de la lucha burguesa de clases, anterior a aquélla en el tiempo. Al celebrar Marx esta nueva comuna –resultante de la lucha de la clase productora contra la explotadora y capaz de destruir en un acto revolucionario la anterior máquina estatal burguesa– como la forma al fin hallada para llevar a cabo la emancipación del trabajo, no se proponía en absoluto, a diferencia de lo que han hecho algunos de sus seguidores después de su muerte e incluso en nuestros propios días, señalar *una forma determinada de organización política*, llámese la *comuna revolucionaria* o el *sistema revolucionario de consejos* como única forma válida patentada de la dictadura revolucionaria de clase del proletariado. En la frase inmediatamente anterior alude expresamente a la "diversidad de interpretaciones que se han hecho de la comuna y la diversidad de intereses que en ella se veían expresados" y, en consecuencia, al carácter *extraordinariamente dúctil* de la forma política representada por esta nueva modalidad de gobierno. Precisamente esta *ilimitada ductilidad* de las nuevas formas de poder político creadas por los *communards* de París en el ardor de la lucha y por las que éste vino a diferenciarse de la "clásica evolución del gobierno burgués" –del poder estatal centralizado de la moderna república parlamentaria– constituye para Marx el supuesto previo más importante de la posibilidad de utilización en última instancia de esta forma, manteniéndose rigurosamente fiel a los verdaderos intereses de la clase obrera, como palanca incluso para derrocar los fundamentos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases, el dominio, en suma, estatal y clasista. La *constitución revolucionaria comunal* acaba convirtiéndose así, en determinadas condiciones históricas, en la forma política de un *proceso de evolución*, es decir, expresado más claramente, de una *acción revolucionaria* cuyo objetivo esencial no consiste ya en *el mantenimiento de una determinada forma de dominio estatal*, ni en la *consecución*, tampoco, *de un nuevo tipo "superior" de Estado*, sino, mucho más, en la definitiva creación de los presupuestos materiales para la disolución de todo tipo de Estado.

“Sin esta última condición, la constitución comunal no pasaría de ser una imposibilidad y un error”, dice Marx en este contexto con toda la claridad deseada.

Con todo, sin embargo, entre la caracterización marxista de la Comuna de París como la “*forma política*” al fin hallada para la auto-emancipación económica y social de la clase obrera, y el énfasis que al mismo tiempo pone en subrayar que lo apropiado de la comuna revolucionaria que se propone este fin radica, de manera fundamental, en la indeterminación y ambigüedad de esta forma política, es decir, en su *carencia de forma*, no deja de existir una *contradicción* irresuelta. Sólo en un punto parece estar totalmente clara la posición a la que Marx se adhirió en esta época, bajo la impresión de determinadas teorías políticas con las que fue tomando contacto y que fue incorporando a su concepción política inicial –y como reacción práctica, en no escasa medida, a la poderosa experiencia de la Comuna parisiense. En tanto que en el *Manifiesto Comunista* de 1847-1848 y en el *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores* de 1864 habla de la necesidad de la conquista del poder político por el proletariado, en las experiencias de la Comuna de París aprendió claramente que:

“la clase obrera no puede limitarse, sin más, a apoderarse de la máquina estatal en su organización actual, volviéndola a poner en movimiento de acuerdo con sus propios fines, *sino que debe aniquilar revolucionariamente la máquina estatal burguesa con que se ha encontrado*”.

Desde entonces, y muy especialmente desde que, a partir de 1917, Lenin hizo culminar estas manifestaciones en el plano teórico –en su escrito *El estado y la Revolución*– y en el práctico –con la Revolución de octubre– convirtiéndose así en el nuevo intérprete de esta teoría marxista del Estado, aún no falseada, dichas manifestaciones han sido aceptadas como elemento nuclear y medular de la teoría política del marxismo, globalmente considerada.

Ahora bien, no deja de resultar evidente que con esta determinación puramente *negativa* de la esencia del nuevo poder estatal revolucionario del proletariado, de acuerdo con el cual dicho poder *no* puede ser “la máquina estatal ya organizada, asumida, sin más, por la clase obrera y

puesta en movimiento de acuerdo con sus propios fines” del anterior Estado burgués, no se dice, en realidad, nada *positivo* acerca del *carácter formal* de este nuevo poder estatal proletario. ¿En virtud de qué, hemos de preguntarnos, representa precisamente la “comuna”, en su forma específica, tal y como Marx la definió en su *Guerra civil* y veinte años después volvió Engels a describirla en su detallada introducción a la tercera edición de dicha obra, “la forma política” al fin hallada de gobierno de la clase obrera? ¿Cómo llegaron Marx y Engels, los ardientes admiradores del *sistema centralista de la dictadura burguesa revolucionaria edificado por la Convención de la gran Revolución Francesa*, a considerar como “forma política” de la *dictadura revolucionaria del proletariado* precisamente la “comuna”, es decir, algo total y evidentemente opuesto a aquel sistema?

En realidad, un análisis medianamente riguroso de los programas políticos y de los objetivos planteados por ambos fundadores del socialismo científico, tanto en la época *anterior al alzamiento de la Comuna de París* como también *después* del mismo, evidencia lo insostenible de la tesis de que la forma de dictadura proletaria elaborada en 1871 por la comuna de París resulta en cierto modo conciliable con dichas teorías políticas. Más bien parece, por el contrario, que en este punto concreto le correspondía la verdad histórica al gran contrincante de Marx en la Primera Internacional, Mijail Bakunin, cuando acerca de la posterior adhesión por parte del marxismo a la Comuna de París se expresa en los siguientes términos no poco burlones:

“La impresión que causó este alzamiento comunista fue tan poderosa, que incluso los *marxistas*, cuyas ideas habían sido arrojadas totalmente por la borda en virtud, precisamente, de dicho alzamiento, se vieron obligados a quitarse el sombrero ante él: *es más, contra toda lógica y en contra de sus más íntimos sentimientos hicieron suyo el programa y los objetivos de la comuna*. Era un *travestie* cómico y forzado. Pero no tenían más remedio que hacerlo, de lo contrario habrían sido repudiados y abandonados por todos, tan fuerte era la pasión que esta revolución había despertado en todo el mundo.”¹³

¹³ Citado según Brupbacher, *Marx y Bakunin*, pp. 114-115.

Las ideas revolucionarias de los *communards* parisinos de 1871 derivaban en parte del programa federalista de Bakunin y Proudhon, en parte del cúmulo de ideas jacobinas sobrevivientes bajo el nombre de *blanquismo*, pero sólo en una medida muy escasa del *marxismo*. Cuando, veinte años más tarde, Friedrich Engels decía que los *blanquistas*, que figuraban en mayoría en la Comuna parisiense, se habían visto obligados por la fuerza de los hechos a proclamar en lugar de su propio programa de “centralización dictatorial rigurosa de todo el poder en manos del nuevo gobierno revolucionario” justamente lo contrario, es decir, *la libre federación de todas las comunas francesas con la Comuna de París*, estaba aludiendo a una contradicción harto similar a la que había surgido entre la teoría política hasta entonces representada por Marx y Engels y su incondicional reconocimiento de la comuna como “la forma política al fin hallada” del gobierno de la clase obrera. Cuando en su escrito *El Estado y la Revolución* Lenin expone la evolución de la teoría marxista del Estado, tal y como si ya en 1852 Marx hubiera dado a su abstracta formulación –formulada en el *Manifiesto Comunista* de 1847-1848– de la tarea política del proletariado revolucionario en el período de transición el contenido concreto de la *destrucción y aniquilación* del viejo poder estatal burgués por parte del proletariado victorioso, está incurriendo en un error. Contra esta tesis leninista puede esgrimirse incluso el propio testimonio de Marx y Engels, que declararon repetidas veces que fueron precisamente *las experiencias de la Comuna de París de 1871* lo que les procuró la *prueba* incontrovertible de que “*la clase obrera no podía limitarse, sin más, a apoderarse de la máquina estatal en su organización actual, volviéndola a poner en movimiento de acuerdo con sus propios fines*”. El propio Lenin revela el salto lógico que, en este punto, incurre su exposición del proceso evolutivo de la teoría marxista revolucionaria del Estado, en virtud precisamente de ese *salto extremo de todo un período de veinte años* que, sin más, efectúa en su análisis del conjunto de escritos y consideraciones de Marx y Engels sobre este tema. Análisis extraordinariamente exacto, por lo demás, en el plano histórico y filológico.

Del *18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852) pasa directamente a la *Guerra civil en Francia* (1871), olvidando —o pasando por alto—, entre otras cosas, que incluso en el *Manifiesto inaugural de la Primera Internacional de 1864*, Marx había sintetizado el “programa político” global de la clase obrera en la siguiente frase lapidaria: “*Conquistar el poder político es ahora, por tanto, la gran tarea de la clase obrera*”.

No obstante, ni siquiera *después de 1871*, una vez hecha suya de manera mucho más clara y unívoca, a raíz de las experiencias de la Comuna de París, la necesidad inexcusable de la aniquilación de la máquina estatal burguesa y de la edificación de la dictadura de clase del proletariado, se decidió a postular *como forma política* de dicha dictadura proletaria *una forma de gobierno del tipo de la Comuna revolucionaria de París*. Únicamente toma posición, según parece, a favor de este punto de vista en el momento histórico preciso en el que, en su *Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores sobre la guerra civil en Francia*, escrito con sangre y fuego, se enfrenta a la reacción triunfante en nombre de esta primera organización del proletariado revolucionario, es decir, a favor de los heroicos luchadores y de las víctimas de la comuna. En atención a la *esencia* revolucionaria de la Comuna de París sofocó la crítica que, desde sus supuestos teóricos, debería haber planteado a esta *forma* histórica específica de la misma. Si a pesar de todo aún avanzó un paso más, llegando a celebrar la forma política de la constitución comunal revolucionaria como la “*forma al fin hallada*” de dictadura proletaria, no es ello cosa que pueda ser explicada en virtud, simplemente, de la obvia *solidaridad* de Marx respecto de los obreros revolucionarios de París, sino, sobre todo, de un objetivo secundario realmente importante. Con este *Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores*, escrito por él inmediatamente a raíz de la gloriosa lucha y de la derrota de los *communards* de París, Marx no se proponía únicamente acercar el marxismo a la comuna, sino, sobre todo, y al mismo tiempo, acercar la comuna al marxismo. Si se pretende comprender adecuadamente su sentido y alcance, este singular escrito no debe ser leído tan sólo como un documento histórico clásico, como un canto épico y elegiaco a un tiempo, sino asimismo como *un escrito polémico y comprometido de Marx contra su más próximo enemigo, un enemigo contra el que ya entonces se hallaba empeñado en una serie de luchas sin cuartel que pronto habrían de llevar a la Primera*

Internacional a su desmoronamiento definitivo. Este objetivo, tan declaradamente partidista, hizo que Marx no apreciara en su escrito con la necesaria exactitud histórica ese coherente movimiento revolucionario del proletariado Francés que comenzó en Lyon y Marsella en 1870 *con los alzamientos comunales* y culminó en 1871 *con el alzamiento de la Comuna de París.* Este objetivo le obligó también a presentar la constitución comunal revolucionaria, a la que saludó como la “forma política al fin hallada” de la dictadura de clase proletaria, al modo de un gobierno *centralista*, violentando así su esencia.

Ya en Marx y Engels, y todavía más en Lenin, encontramos, pues, que el carácter esencialmente federalista de la Comuna de París es dejado a un lado. Aunque Marx no puede menos de dar cuenta, en su breve interpretación del *Esquema de constitución comunal panfrancesa* elaborado por la Comuna de París, de los rasgos inequívocamente federalistas de esta constitución, no deja, sin embargo, de subrayar premeditadamente el hecho (por otra parte en modo alguno negado, como es obvio, por federalistas del tipo de Proudhon y Bakunin) de que por medio de esta constitución “no sólo no debería ser destruida la unidad de la nación, sino que más bien debería ser, por el contrario, reorganizada”. Suscribe las “*escasas, pero importantes funciones*” que hasta en una constitución comunal como ésta siguen correspondiéndole a un “*gobierno central*”. Y añade que, de acuerdo con el plan de la comuna, estas funciones “no deberían ser abolidas, como se ha afirmado falsamente, sino que, por el contrario, deberían ser encomendadas a funcionarios comunales, es decir, a funcionarios rigurosamente responsables”. Sobre esta base explica después Lenin que, en los estudios de Marx sobre el intento de la comuna, “ni siquiera resulta perceptible una huella de federalismo”. “Marx es centralista y en los escritos suyos que acabamos de citar no viene contenida la menor desviación respecto del centralismo.”

Completamente cierto, pero precisamente por eso —y aunque Lenin se olvide de aludir a ello en este punto— esta exposición marxiana de la Comuna de París es todo menos una caracterización históricamente válida de la constitución comunal revolucionaria a la que aspiraban los *communards* parisinos y que llegaron a realizar en los primeros momentos.

Con el fin de obviar, en la medida de lo posible, el carácter federalista y anticentralista de la Comuna de París, tanto Marx y Engels como sobre todo Lenin, han subrayado la dimensión negativa de la Comuna, es decir, su idea de *la destrucción del viejo poder estatal burgués*. En lo tocante a este punto no hay disputa alguna entre los revolucionarios. Marx, Engels y Lenin han insistido, con toda razón, en la necesidad de cifrar el motivo determinante del carácter proletario y revolucionario de la forma de poder político representada por la Comuna en *su esencia social* como realización de la dictadura de clase del proletariado. Frente a sus oponentes “federalistas” han insistido una y otra vez en que *la forma federal y descentralizada de Estado es, en sí, tan burguesa como la centralista propia del moderno Estado burgués*. De todos modos, no deja de resultar perceptible en ellos un error harto similar al que con tanta energía combatieron siempre en sus enemigos, en la medida en que, a pesar de su postura de reserva respecto del carácter “federalista” de la constitución comunal, no dejaron de conceder excesiva importancia *a ciertas diferencias formales existentes entre la Comuna de París y la constitución estatal parlamentaria u otras formas de gobierno propias de la burguesía*. Por ejemplo, a la sustitución del ejército por la milicia, a la unificación efectuada entre los poderes legislativo y ejecutivo y a la responsabilidad y posibilidad de destitución de los funcionarios “comunales”. Con ello han dado lugar a una considerable confusión conceptual, que no sólo ha reportado graves daños en lo tocante a la postura de los marxistas respecto de la Comuna de París, sino asimismo, y sobre todo, de cara precisamente a la ulterior posición de la *línea marxista revolucionaria* respecto del nuevo fenómeno histórico del *Estado revolucionario de consejos*.

Si ver, al modo de Proudhon y Bakunin, en la forma “federalista” una superación del Estado burgués es desde todo punto de vista inexacto, no lo es menos creer, como hacen hoy algunos marxistas partidarios de la comuna revolucionaria —es decir del sistema revolucionario de consejos—, influidos por las explicaciones confusionistas de Marx, Engels y Lenin, que un diputado con mandato breve, revocable en todo momento y de funciones perfectamente delimitadas, o un funcionario estatal vinculado mediante contrato privado y con un “salario” ordinario, constituyen una institución menos burguesa que la de un parlamentario electo.

Es totalmente erróneo por su parte creer que hay algún tipo de constitución “comunal” o “consejista” en virtud de la cual y por cuya puesta en práctica al Estado regido por el partido proletario revolucionario pueda resultarle factible la eliminación del carácter, consustancial a todo Estado, de instrumento de opresión clasista. Toda la teoría de Marx y Engels acerca de la *“extinción del Estado en la sociedad comunista”*, heredada de la tradición del socialismo utópico y perfeccionada sobre la base de la experiencia práctica de las luchas proletarias de clase de su época, pierde su sentido revolucionario si, con Lenin, se piensa que hay un Estado en el que la minoría deja de oprimir a la mayoría, de tal modo que antes bien es “la mayoría del propio pueblo” la que “oprime a sus propios opresores” y que *semejante Estado de dictadura proletaria puede convertirse, por su propia naturaleza, en el realizador de la verdadera democracia, es decir, de la democracia proletaria, con lo que ya puede ser considerado como “un Estado en proceso de desaparición”*.

Urge llamar nuevamente la atención, con toda claridad, acerca de las dos *enseñanzas básicas* de la auténtica teoría proletaria y revolucionaria, que a causa de su *temporal adecuación* a las exigencias prácticas de fases de la lucha como las del *alzamiento de la Comuna de París de 1871* y la de la *Revolución rusa de octubre de 1917*, han acabado por caer en el peligro de perder toda su vigencia. La auténtica *meta final* de la lucha proletaria de clases no es un determinado *Estado*, por “democrático”, “comunal” o “consejista” que sea, sino la *sociedad comunista sin clases y sin Estado*, cuya forma de conjunto no es la representada por tal o cual poder político, sino por esa *“asociación en la que el libre desarrollo de cada cual es condición imprescindible para el libre desarrollo de todos”*.¹⁴

Hasta ese momento, dicho Estado sólo *se diferenciará* del Estado burgués, en el período de transformación revolucionaria de la sociedad capitalista en comunista, *en virtud de su esencia de clase y de su función social, pero no de su forma política*, tanto si la clase proletaria puede *“conquistar”*, con mayores o menores variaciones, el aparato estatal anterior, de acuerdo con la ilusión de los reformistas, como si, de acuerdo con la teoría marxista revolucionaria, sólo puede apropiárselo verdaderamente a base de *“aniquilar”* sin residuos la

¹⁴ *Manifiesto del partido de los Comunistas.*

forma anterior, *“sustituyéndola” por una nueva forma, constituida revolucionariamente.* En este contenido social de la *forma política*, y no en tal o cual peculiaridad artificialmente elaborada o implantada en momentos o circunstancias harto especiales, radica *el “verdadero secreto” de la comuna revolucionaria, del sistema revolucionario de consejos y de cualquier otra forma histórica de realización del gobierno de la clase obrera.*

LA CRISIS DEL MARXISMO¹⁵

I

El marxismo, considerado como movimiento y como teoría, se encuentra actualmente en una crisis. Pero no se trata ya de una crisis en el interior del marxismo, sino de una crisis del marxismo mismo.

Externamente, dicha crisis reside en el completo desmoronamiento de aquella posición dominante que el marxismo adoptó, en parte realmente y en parte también aparentemente, en el conjunto del movimiento obrero europeo correspondiente al período precedente a la guerra. Internamente, estriba en una transformación de la misma teoría y praxis marxista que se pone particularmente de relieve en la modificada posición de los marxistas respecto a su propio Estado y respecto al sistema estatal burgués en general.

Sería superficial y erróneo considerar que el núcleo teórico de la actual crisis radica en última instancia en la desnaturalización y abandono de la teoría revolucionaria de Marx y Engels en las manos de sus epígonos, y oponer a ese marxismo desnaturalizado y falseado la “doctrina pura” del marxismo de Marx y Engels. Pues, en definitiva, la actual crisis del marxismo también significa una crisis de la teoría de Marx y Engels. La segregación ideológica y doctrinaria de la “doctrina pura” del movimiento real de la historia, que comprende a su vez el desarrollo de la teoría, constituye ella misma una de las formas en que se manifiesta la vigente crisis del marxismo.

II

La figura histórica del marxismo, que en nuestros días ha entrado en su fase crítica de desarrollo, surgió en la segunda mitad del siglo XIX, en el transcurso de la asimilación de determinados elementos de una teoría engendrada a partir de unas condiciones históricas enteramente distintas, y a través del movimiento obrero de los países europeos que todavía no habían alcanzado un pleno desarrollo capitalista.

¹⁵ Las tesis de discusión *Die Krise des Marxismus* son el resultado de una polémica teórica y fueron escritas en 1931.

A este origen histórico del marxismo actual obedece la separación de la teoría y la praxis que le es inherente desde sus comienzos. Pues desde un principio, la teoría no fue “la expresión general de las luchas de clases existentes”, sino más bien el resultado sintetizado de las luchas de clases del período precedente, careciendo además de cualquier tipo de relación inmediata con las actuales luchas de clases que reaparecen nuevamente, pero bajo unas condiciones plenamente modificadas.

Dicha separación, presente desde un principio, entre la teoría y la praxis, lejos de suavizarse en el curso de su desarrollo, se ha agudizado.

Sobre esa base se sostienen los tres fenómenos singulares del “revisionismo”, la “ortodoxia” y las tendencias que intentan “restablecer” la forma pura del marxismo revolucionario original, y que van imponiéndose progresivamente. En última instancia, la crisis del marxismo que actualmente se pone de manifiesto también se asienta sobre dicha base.

III

El desarrollo vivo de la teoría marxista en la praxis del movimiento obrero, a partir de 1850, fue obstaculizado por las condiciones históricas modificadas correspondientes a la nueva etapa del capitalismo y del movimiento de la clase obrera.

En 1850 se cierra el primer gran ciclo histórico del desarrollo capitalista. En este ciclo, el capitalismo ya había recorrido, en el marco de su base entonces restringida, todas las fases de su desarrollo, hasta alcanzar aquel punto en que el sector autoconsciente del proletariado podía plantear en la orden del día la revolución social de la clase obrera.

En consecuencia, el movimiento de clase del proletariado ya alcanzó entonces –dentro de su restringida base– una etapa relativamente elevada de su desarrollo, que halló su expresión práctica en las luchas revolucionarias de aquella época, llevadas a cabo por sectores particulares de la clase obrera, y su expresión teórica en las primeras formulaciones sobre el contenido de la conciencia de clase del proletariado y los objetivos de la revolución proletaria, que en este período establecieron los llamados “socialistas utópicos”.

Karl Marx y Friedrich Engels, con la formación de su teoría, determinada de manera decisiva por las experiencias correspondientes a este período, también aportaron en esta época y en las siguientes una actividad doblemente crítica. Por una parte, emprendieron la crítica de todos los fenómenos de la sociedad capitalista existente (la base económica y la superestructura) bajo el nuevo punto de vista de la clase proletaria, asumiendo con ello el contenido de esta nueva conciencia de clase del proletariado a partir de la realidad inmediata de las luchas de clases existentes y de las formulaciones de los socialistas utópicos, sin alteración alguna. Por otra parte, criticaron a su vez el movimiento práctico del proletariado de su época y las teorías del socialismo utópico, en la medida en que, adoptando los resultados más elevados de la ciencia burguesa de entonces, revelaron al proletariado las leyes reales del movimiento y el desarrollo de la sociedad capitalista existente, y por consiguiente, también las condiciones reales de la acción revolucionaria de clase del proletariado.

A partir de 1850, el capitalismo comienza un nuevo ciclo histórico de su desarrollo, sobre una base más amplia, geográfica, técnica y organizativamente. Para el proletariado, estas condiciones significaban la imposibilidad de vincularse inmediatamente a la forma revolucionaria de la teoría original de Marx, surgida bajo las condiciones de la época precedente. El movimiento obrero sí podía asumir formalmente esta teoría bajo las condiciones del período de crisis y depresión de los años setenta, particularmente favorables para el desarrollo de una conciencia revolucionaria de clase, y sin embargo, no podía apropiarse real y completamente del contenido revolucionario inherente a dicha teoría, ni en la praxis ni en la teoría.

IV

En cierto sentido, la teoría marxista, asimilada por el movimiento obrero europeo en la segunda mitad del siglo XIX, sufrió, con su misma asimilación, una transformación en cuanto a su carácter inmediatamente revolucionario.

La concepción materialista de la historia surgió en el período revolucionario anterior a 1850 como un componente inmediato de la acción subjetiva de la clase revolucionaria, que de modo permanente critica teóricamente y subvierte prácticamente la falsa apariencia y los fenómenos transitorios de todas las relaciones sociales existentes. Sin embargo, en las etapas subsiguientes dicha concepción fue evolucionando progresivamente hacia una teoría meramente abstracta y contemplativa acerca del proceso objetivo del desarrollo social determinado por leyes externas.

El sentido original de la economía marxista era el de una crítica radical de la economía política de la clase burguesa, que debía hallar su solución tanto práctica como teórica en una revolución real. No obstante, este planteamiento original fue modificado posteriormente por Marx y aun más por Engels. En la actualidad, tanto los apologetas como los críticos del marxismo no entienden por economía marxista más que la tentativa de derivar todos los fenómenos económicos que existen en la sociedad burguesa a partir de la adopción acrítica del concepto axiomático de “valor”, para llegar finalmente a la formación de un sistema científico. El fetiche que la revolucionaria crítica de la economía política de Marx trataba de superar teórica y prácticamente se ha convertido en el ídolo de los economistas marxistas-científicos y en el motivo de discordia de todos los críticos burgueses y reformistas de Marx.

V

Tras la muerte de Marx y Engels, y de la primera generación de marxistas influenciada directamente por ellos, la ciencia marxista asimilada, por el movimiento obrero moderno meramente como ideología, ha dejado de desarrollarse vivamente. Los más destacados representantes del principio revolucionario agrupados en los partidos marxistas, que durante esta época tuvieron que librar un violento combate defensivo contra el impetuoso avance de la teoría y praxis reformistas, fueron hostiles durante este período a todas las tentativas conducentes al desarrollo vivo de la expresión teórica de la lucha de clases; es más, se inclinaron a considerar que el estancamiento del marxismo era un mal menor frente a la amenazadora deformación

burguesa de la teoría original de Marx.¹⁶ En este período, el principal estímulo para un desarrollo vivo de la teoría de la lucha de clases proletaria surgió de tres corrientes que se hallaban, en parte consciente y en parte inconscientemente, en oposición a la teoría marxista ortodoxa: el reformismo sindicalista, el sindicalismo revolucionario y el bolchevismo leninista. Pese a sus acusadas discrepancias, estas corrientes presentan una tendencia común: todas ellas aspiraban de una u otra forma a convertir la acción subjetiva misma de la clase obrera en el objeto fundamental de la teoría socialista, en lugar de hacerlo con las leyes objetivas del desarrollo capitalista. En consecuencia, aparecen como las tendencias más avanzadas del desarrollo del movimiento obrero correspondiente a este período, y como predecesores de la nueva teoría y praxis del proletariado que se configuraría posteriormente y sobre una nueva base.

VI

En este esbozo de los factores históricos y de las condiciones que originaron y desarrollaron la actual crisis del marxismo, aparecen algunos indicios que determinan la orientación de su superación.

Ninguna de las corrientes marxista actuales se muestra como una expresión teórica suficiente de las necesidades prácticas de la lucha de clases revolucionaria, tanto en sus medios como en sus objetivos, que el proletariado sigue llevando a cabo pese a su derrota temporal.

El “marxismo ortodoxo” es la menos satisfactoria de todas. De todas las formas actuales del marxismo, esta corriente es la más perjudicial para el desarrollo y avance del movimiento del proletariado. En nuestros días, tras coagularse desde hace tiempo en una mera ideología y descomponerse, en la última etapa, también como una ideología (Kautsky), no contribuye sino detener el desarrollo de la teoría y la praxis de la lucha de clases proletaria.

¹⁶ Rosa Luxemburg, *Stillstand und Fortschritt im Marxismus* [Estancamiento y progreso del marxismo], 1903

Por el contrario, las otras dos corrientes en que actualmente se prolonga históricamente el movimiento marxista de la preguerra, el socialismo reformista de Estado de los actuales partidos socialdemócratas y el antimperialismo comunista, no pueden desecharse sin más como movimientos reaccionarios desde el punto de vista del proletariado revolucionario. La relación en que se encuentra el movimiento actual del proletariado revolucionario respecto a esas dos corrientes fundamentales que prosiguen el movimiento obrero marxista de la preguerra, más bien guarda una correspondencia bastante acusada con la posición del movimiento general del proletariado respecto a la teoría y la praxis de los partidos burgueses radicalmente progresistas, en aquel período primitivo en que el movimiento de la clase burguesa todavía tenía en Europa un carácter relativamente progresista.

Es un hecho histórico consumado e incontrovertible que, en el período de la guerra mundial y en la fase subsiguiente, la primitiva ideología revolucionaria y antiestatal del marxismo socialdemocrático se transformó, de manera generalizada, en un socialismo reformista de Estado en el seno de los países dominantes del sistema capitalista mundial, es decir, en los llamados países imperialistas. Dicha evolución es comparable a la transformación del cristianismo revolucionario y antiestatal en la religión oficial del Estado, durante el bajo medioevo.

Por otra parte, las clases oprimidas y explotadas de los grandes dominios periféricos del sistema capitalista mundial, que todavía no han entrado en un desarrollo capitalista independiente, tratan de hallar la expresión adecuada a las luchas de su etapa actual, apoyándose para su formación en el llamado comunismo. No pueden apoyarse en el viejo marxismo, dado que éste parte de la base de una relación inmediata y positiva entre la revolución burguesa y la proletaria, entre el triunfo del capitalismo sobre las formas económicas y sociales precapitalistas y la lucha de clases del proletariado; por el contrario, aquí la relación de la lucha de clases del proletariado con las luchas de la burguesía indígena y extranjera obedece a un carácter no distinto en lo esencial, pero sí en su manifestación inmediata. Y aún pueden apoyarse menos en el reformismo, indisolublemente vinculado en la actualidad a la política expansiva y colonial de los países interiores del sistema mundial capitalista.

En cambio, en el bolchevismo leninista y en el comunismo hallan una forma de la ideología marxista con un carácter explícitamente antiimperialista que pueden asumir como la ideología correspondiente a sus propias luchas de clase antimperialistas; este proceso puede equipararse nuevamente a la expansión del cristianismo entre los bárbaros que se hallaban fuera de las fronteras del Imperio romano.

VII

El marxismo, considerado como fenómeno histórico, tal como surgió en sus líneas fundamentales a lo largo de las luchas de clases revolucionarias de la primera mitad del siglo XIX, y como posteriormente, en la segunda mitad de este mismo siglo, se conservó y transformó en la ideología revolucionaria de un movimiento proletario que -en su esencia real- ya no era revolucionario, se ha convertido en la actualidad en un acontecimiento del pasado. Asimismo, y en un sentido histórico profundo, la teoría de la revolución proletaria que se recreará nuevamente en el próximo período, será una continuación histórica del marxismo. Y en el futuro de las luchas de clases proletarias, la teoría revolucionaria en que Marx y Engels expusieron la primera gran síntesis de las ideas proletarias, en el primer período del desarrollo revolucionario de la lucha de clases, seguirá siendo la forma clásica de la nueva conciencia revolucionaria de la lucha de la clases obrera por su propia emancipación.

DE LA POLÍTICA OBRERA BURGUESA A LA LUCHA DE CLASES PROLETARIA¹⁷

Nada muestra de modo tan estridente los enormes cambios ocurridos en los últimos treinta años en el ser y en la conciencia, en la ideología y en la praxis del movimiento proletario, como el radical cambio de juicio, por parte de quien piensa con su propia cabeza y se deja enseñar por la experiencia realizada por todas las tendencias del movimiento de la clase obrera, sobre aquel debate acerca de la teoría y la praxis del movimiento socialista que, en los anales de la historia del partido, se conoció con el nombre de “Debate Bernstein”. El marxista Eduard Bernstein tenía en su haber importantes trabajos teóricos y prácticos, había sido discípulo personal de Friedrich Engels, amigo y maestro de Karl Kautsky, quien era cinco años menor que él, director del órgano del partido en el exterior (el *Sozialdemokrat* de Zurich) durante las leyes antisocialistas, coautor de hecho del programa de Erfurt de 1891, considerado por mucho tiempo obra de Kautsky. Cuando expresó abiertamente por primera vez, desde su exilio londinense, sus ideas “heréticas” surgidas del estudio del movimiento obrero inglés sobre la relación real entre teoría y praxis en el movimiento socialista alemán y europeo de ese entonces, sus intenciones y puntos de vista fueron mal entendidos y mal interpretados en ese momento y durante mucho tiempo, tanto por amigos como por enemigos.

En toda la prensa burguesa y en la literatura especializada, su libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* fue saludado con himnos de júbilo y colmado de alabanzas. El dirigente del recién fundado Partido nacionalsocialista, Friedrich Neumann, declaró textualmente en su periódico: “Bernstein es nuestra posición más avanzada en el campo de la socialdemocracia”. Más que en el ideólogo socialimperialista, que estaba en la extrema izquierda del liberalismo burgués, en amplios círculos de la burguesía liberal se afirmó una gran

¹⁷ Para el octogésimo cumpleaños de Eduard Bernstein, 6/1/1930: “Von der bürgerlichen Arbeiterpolitik zum proletarischen Klassenkampf”, en *Kampf-Front*, órgano del DIV (Deutscher Industrie-Verband), VI, 11 de enero de 1930, núm. 2. Una versión con leves modificaciones de forma y sin los últimos párrafos apareció en *Gegner* el 20 de marzo de 1932, con el título “Ausgang der Marx-Orthodoxie”. Éste último fue publicado en inglés en la revista *Internacional Council Correspondence*, vol. 3, n° 11–12, diciembre de 1937.

confianza en que este primer radical “revisionista” del campo marxista se separaría también formalmente del movimiento socialista y llegaría al movimiento reformista burgués.

Estados de ánimo similares correspondían a esas esperanzas burguesas en el campo del movimiento socialdemocrático, del partido y del sindicato. Cuanto más claro tenían los vértices del movimiento socialdemocrático que la “revisión” bernsteiniana del programa marxista no era otra cosa que la expresión de la tendencia actuante en la praxis desde mucho antes, por la cual el movimiento socialdemocrático se había transformado de movimiento revolucionario de lucha de clase en un movimiento social y político de reformas, tanto más se guardaban muy bien de revelar al exterior ésa su verdadera naturaleza interna. Cuando Bernstein concluyó su libro aconsejando al partido que podía “atreverse a aparecer como lo que es”, un viejo y astuto demagogo de la Dirección, en una carta privada publicada más tarde, le dirigió confidencialmente una amistosa advertencia: “Mi querido Ede, esas cosas se hacen, pero no se dicen.” En sus manifestaciones exteriores todos los portavoces teóricos y prácticos de la socialdemocracia alemana e internacional, los Bebel y los Kautsky, los Viktor Adler y los Plejánov, o como se llamaran, se opusieron a la criminal revelación del secreto tan celosamente custodiado. En el congreso de Hannover de 1899 se instituyó un tribunal inquisidor oficial con un debate de cuatro días iniciado con un informe de seis horas de Bebel. Bernstein se salvó por poco de la expulsión formal del partido pero, por mucho tiempo, fue atacado ante los afiliados y los electores, en la prensa y en las asambleas del partido, en los grandes congresos oficiales del partido y del sindicato. A pesar de la separación cada vez más clara entre la teoría y la práctica, a pesar de la victoria incluso formal del revisionismo bernsteiniano en los sindicatos y por fin, inexorablemente, en el partido mismo, literalmente hasta el último minuto –justamente hasta la estipulación de la “paz social” de 1914 y el subsiguiente pacto de colaboración de trabajo de 1918– se mantuvo la ficción de un partido de clase proletario revolucionario, anticapitalista y antiestatal.

Los representantes teóricos y prácticos de la dirección socialdemócrata y del aparato sindical vinculado a ella tenían sus buenos motivos para ese doble comportamiento frente al primer intento serio y honesto de formular teóricamente los objetivos reales y los medios

de la política obrera burguesa efectivamente practicada por ellos. Así como hoy los representantes del aparato del Partido comunista en Rusia y en todas las secciones nacionales de la Internacional comunista tienen necesidad, para encubrir el carácter real de su política, de la *piadosa leyenda* de la progresiva “construcción del socialismo en la Unión Soviética” y del carácter “revolucionario”, garantizado sólo por ella, de la política y táctica generales puestas en práctica permanentemente por todas las direcciones comunistas de todos los países, así entonces los astutos demagogos de la dirección socialdemócrata y de los vértices del aparato tuvieron necesidad, para enmascarar sus verdaderas tendencias, de la piadosa leyenda de que el movimiento por ellos dirigido debía, por el momento, ciertamente limitarse a una simple remiendo del Estado burgués y de la economía capitalista por medio de reformas de todo tipo, pero que en su “objetivo final” el movimiento se orientaba hacia la revolución social, la caída de la burguesía y la abolición del orden económico y social capitalista. Pero los demagogos de la dirección socialdemócrata y sus abogados “teóricos”, al insistir intencionalmente en la separación entre el trabajo cotidiano reformista y el “objetivo final” revolucionario, no sólo contribuyeron a generar los peligros evidenciados por el ataque de Bernstein, de una progresiva deformación reformista y burguesa del movimiento socialista. Inconscientemente y contra su voluntad, actuaron en el mismo sentido y por un considerable período de tiempo también aquellos teóricos revolucionarios radicales que –como Rosa Luxemburg en Alemania, y Lenin en Rusia– en sus intenciones subjetivas querían promover precisamente la tendencia opuesta. Si uno mira hacia atrás, sobre la base de las experiencias recientes de las últimas tres décadas, aquellas primeras batallas de corrientes dentro del movimiento obrero alemán, es casi trágico comprobar cuán profundamente prisioneros estuvieron también Lenin y Rosa Luxemburg de la ilusión de que el “bersteinismo” representaba solamente una desviación provisoria del movimiento socialdemócrata, y con qué fórmulas objetivamente insuficientes trataron también ellos de conducir la gran batalla histórica contra la deformación burguesa de la política del partido y de los sindicatos.

Rosa Luxemburg cerraba en 1900 su escrito polémico contra Bernstein titulado *¿Reforma social o revolución?* con la fatal profecía falsa de que “la teoría de Bernstein ha sido el primero pero también el último intento de dar una base teórica al oportunismo”. Ella pensaba que el oportunismo “había avanzado tanto”, teóricamente con el libro de Bernstein y en la práctica con la toma de posición de Schippel sobre la cuestión del militarismo, que “ya no quedaba nada”. Bernstein había declarado enfáticamente “aceptar casi íntegramente la praxis actual de la socialdemocracia” y, al mismo tiempo, revelaba despiadadamente la total insignificancia práctica de la fraseología revolucionaria entonces corriente del “objetivo final”, declarando explícitamente que “el fin último –cualquiera que sea– para mí no es nada, el movimiento lo es todo”. Mientras, Rosa Luxemburg, con singular ceguera ideológica, dirigía su contraataque crítico no contra la praxis socialdemócrata –que coincidía con la teoría de Bernstein–, sino contra la teoría del propio Bernstein, que sólo expresaba en forma verídica el carácter real de esa praxis. Ella veía el rasgo diferenciador del movimiento socialdemócrata con respecto a la política reformista burguesa no en la praxis, sino explícitamente en ese “objetivo final”, que se agregaba a esa praxis como mera ideología y muy a menudo como fraseología solamente. Ella declaraba patéticamente que el objetivo final socialista es el único momento decisivo que distingue al movimiento socialdemócrata de la democracia burguesa y del radicalismo burgués, que conduce a todo el movimiento obrero de un fatigoso trabajo de remiendo para la salvación del orden capitalista a una lucha de clase contra ese orden para su abolición.

Ese “objetivo final” general que, según las palabras de Rosa Luxemburg, debía ser *todo*, por el cual el movimiento socialdemócrata de entonces se distinguía de la política reformista burguesa, se reveló de hecho, en la historia real subsiguiente, aquella *nada* que Bernstein ya había predicho observando fríamente la realidad.

Una confirmación convincente de esta realidad histórica, para quienes todavía no han aprendido de los hechos de los últimos quince años, surge de las declaraciones explícitas hechas al respecto en las distintas manifestaciones “marxistas” de homenaje de los últimos tiempos por parte de los interesados directos. Ejemplo de ello es el memorable banquete celebrado en 1924 en honor del septuagésimo cumpleaños de Kautsky, por parte de los notables del marxismo socialdemócrata

reunidos en Londres para celebrar el sexagésimo aniversario de la primera "Asociación Internacional de Trabajadores". Allí el histórico "debate" entre la ortodoxia "revolucionaria" kautskiana y el reformismo "revisionista" de Bernstein halló su epílogo armónico en aquellas "expresiones de amistad" recogidas por el "*Vorwärts*", pronunciadas por Bernstein, de setenta y cinco años, en honor de Kautsky, de setenta, y en la subsiguiente ceremonia simbólica del abrazo. "Cuando Bernstein terminó y los dos ancianos –cuyos nombres han llegado hace mucho a ser venerables para otra generación, la tercera generación– se abrazaron y permanecieron abrazados por algunos segundos ¿quién hubiera podido sustraerse a la emoción, quién lo hubiera querido?" Y todavía en este sentido, en 1930, Kautsky, de setenta y cinco años, escribe en el socialdemócrata *Kampf* de Viena en honor de los ochenta años de Bernstein:

"Desde el punto de vista de la política del partido, nosotros somos desde 1880 hermanos siameses. También éstos pueden pelearse a veces. Y nosotros lo hemos hecho por momentos ampliamente. Pero aun en esos períodos no se podía hablar del uno sin tener ante los ojos al otro."

Sólo por este ejemplo histórico se ve bastante claramente el trágico equívoco con que aquellos radicales de izquierda alemanes, que intentaron conducir la lucha contra el aburguesamiento práctico y finalmente también teórico del movimiento obrero socialdemócrata con la consigna "*Objetivo final contra la praxis reformista cotidiana*", en realidad sólo sostuvieron y favorecieron un proceso histórico de desarrollo llevado adelante por Kautsky y Bernstein con distintos papeles. Lo mismo vale, *mutatis mutandis*, para otra consigna con la que, en el mismo período, el marxista ruso Lenin intentó trazar en su país y a nivel internacional la línea divisoria entre política obrera burguesa y política "revolucionaria".

Como Rosa Luxemburg era, en su conciencia subjetiva, la más encarnizada adversaria del bernsteinismo y había solicitado expresamente, en la primera edición de *Reforma o revolución*¹⁸, la expulsión de Bernstein del partido, así también Lenin era subjetivamente un enemigo mortal del "renegado" Bernstein y de todas las desviaciones heréticas presentes en su libro "ávido de fama"; desviaciones de la

¹⁸ Rosa Luxemburg, *Reforma o Revolución*. El libro n.º 14 en esta colección

doctrina pura y no falsificada del programa marxista “revolucionario”. Pero exactamente igual que Luxemburg y los socialdemócratas radicales de izquierda, también el socialdemócrata bolchevique Lenin se sirvió para esa lucha contra el revisionismo de una *plataforma exclusivamente ideológica*, sin individualizar la garantía del carácter “revolucionario” del movimiento obrero en su carácter real, en particular económico, de clase, sino explícitamente sólo en la *dirección subjetiva de esa lucha por parte del partido político revolucionario guiado por una teoría marxista correcta*.¹⁹

Lo que para Rosa Luxemburg era el “objetivo revolucionario” histórico, para Lenin era su “partido revolucionario”. Lenin distingue, en forma particularmente tosca en sus primeros escritos, inaccesibles hasta hace poco tiempo en lengua alemana, pero en forma no menos tosca todavía en sus últimas obras, *entre dos presuntas especies esencialmente distintas de la lucha de clase*. Una es la acostumbrada “lucha de clase” en el ámbito del Estado burgués, de la economía burguesa y de todas las demás relaciones y confrontaciones burguesas. La otra es la “lucha de clase revolucionaria”, conducida hasta la fase del pasaje del capitalismo al comunismo, hasta la caída de la burguesía y su aniquilación total, bajo la dirección del partido *socialdemócrata* o bien –según la última versión– *comunista*.

Dicha así, la cosa puede parecer aceptable. Hay lucha de clases y lucha de clases, y no todo lo que se autodefine como “lucha de clases” es la lucha revolucionaria con miras a la caída de la burguesía, la subversión de todo el sistema económico y social capitalista y su sustitución por la sociedad comunista sin clases y sin Estado. Esto lo saben hoy, por amarga experiencia, todos los proletarios tanto de Oriente como de Occidente que tienen conciencia de clase.

Sin embargo, en realidad detrás de la distinción leninista entre lucha de clase en sentido corriente y lucha de clase “socialdemócrata” hay algo más. Considerando sobre todo la lucha obrera económica o sindical *una mera política obrera burguesa*, en la medida en que no es dirigida por un partido revolucionario socialdemócrata o bien (según la última versión) comunista, Lenin desplaza el signo del carácter revolucionario del movimiento obrero de su *ser* real a la *conciencia*

¹⁹ Termina aquí el texto publicado en “Gegner” y más tarde en *International Council Correspondence* (“El final de la ortodoxia marxista”). Prosigue el texto aparecido en *Kampf-Front*.

ligada a él y que (¡se presume!) guía al movimiento, precisamente como hemos visto más arriba a propósito de la contraposición de movimiento y objetivo final que tanto gustaba a Rosa Luxemburg así como a Kautsky y demás “marxistas ortodoxos” pseudorrevolucionarios de la época. Ni siquiera Lenin vio el momento revolucionario de la lucha de clase desde el principio en cada acción real del proletariado y en todas sus expresiones de contraposición específica a la burguesía, a su Estado y a todas las relaciones burguesas, y en la conciencia de clase autónoma del proletariado que emerge de esta contraposición de la acción real y es determinada por ella. Lenin trató, en cambio, el carácter “revolucionario” de la lucha de clase como algo que se puede añadir, o más bien, que se debe añadir en un segundo momento “desde afuera”. Sobre esto se basa toda la *doctrina leniniana específica del partido y de la dictadura*, toda la llamada “*bolchevización de los partidos*” con que, en los últimos años, los epígonos de Lenin han sofocado progresivamente toda conciencia proletaria autónoma real y todo movimiento auténtico del proletariado en los partidos sometidos a ellos. Y aun cuando, en la actual Rusia soviética de Stalin, todavía no ha tenido lugar la fase ya iniciada en Occidente de la *capitulación abierta al bernsteinismo*, sino que allí prosigue todavía por un breve período la *ortodoxia tradicional marxista “revolucionaria” socialdemócrata* en la forma caricaturesca extrema del llamado “*stalinismo-leninismo-marxismo*”, sin embargo, también allí el engañoso velo de la ideología socialista y comunista está cada vez más desgastado y tenue, y la “política obrera” seguida por Stalin y los suyos en el Estado gobernado por ellos se presenta cada vez más claramente como una política *completamente burguesa en su contenido de clase*.

Como resultado final del “debate Bernstein”, iniciado con el cambio de siglo en todo el movimiento socialdemocrático oriental y occidental, y continuado en varias formas hasta hoy, tenemos *la victoria total del realismo crítico de Bernstein sobre la tendencia ideológica dogmática de sus adversarios en la ortodoxia marxiana, de Kautsky a Bebel, de Rosa Luxemburg a Lenin*.

Hoy la clase obrera que reúne su fuerza de clase sobre una nueva base, en condiciones nuevas, para nuevas e inevitables batallas, deberá cuidarse de vincular una vez más el contenido vital de su acción actual a esas formas ideológicas, anquilosadas desde hace mucho en fórmulas sin vida, con las cuales ayer y anteayer las diversas corrientes de la llamada ortodoxia marxista “revolucionaria” ya han tratado en vano de detener y conjurar la deformación reformista y burguesa de su “política obrera”. La lucha de clase del proletariado, despierta a una nueva vida del sopor de su última gran derrota histórica, debe dejar que *los muertos entierren a sus muertos, para llegar finalmente a su auténtico contenido.*

POR QUÉ SOY MARXISTA²⁰

En lugar de discutir el marxismo en general, yo propongo tratar a la vez algunos de los puntos más efectivos de la teoría y práctica marxistas. Sólo ese enfoque se adecuaba al principio del pensamiento marxiano. Para el marxista, no hay tal cosa como un “marxismo” en general, más de lo que hay una “democracia” en general, una “dictadura” en general o un “Estado” en general. Hay sólo un Estado burgués, una dictadura proletaria o una dictadura fascista, etc. E incluso éstos sólo existen en determinadas fases del desarrollo histórico, con las correspondientes características históricas, principalmente económicas, pero condicionadas también en parte por factores geográficos, tradicionales y otros. Con los diferentes niveles de desarrollo histórico, con los diferentes entornos de distribución geográfica, con las bien conocidas diferencias de credo y tendencia entre las diversas escuelas marxistas, existen, tanto nacional como internacionalmente, sistemas teóricos y movimientos prácticos muy diferentes que pasan por el nombre de marxismo. En lugar de discutir el cuerpo entero de principios teóricos, puntos de vista analíticos, métodos de procedimiento, conocimiento histórico y reglas de práctica que Marx y los marxistas durante más de ochenta años han derivado de la experiencia de las luchas de la clase proletaria y fundido en una teoría y movimiento revolucionario unidos, debo, por consiguiente, intentar distinguir aquellas actitudes, proposiciones y tendencias que pueden adoptarse de forma útil como guía de nuestros pensamientos y acción hoy, aquí y ahora, bajo las condiciones dadas que prevalecen en el año 1935 en Europa, en los EE.UU. y en China, Japón, India, y en el nuevo mundo de la URSS. Es de este modo cómo la cuestión “*Por qué soy marxista*” surge, primariamente, para el proletariado, o más bien para las secciones más desarrolladas y enérgicas de la clase proletaria. Puede formularse, también, para las secciones de la población que, como los estratos decadentes de las clases medias, el grupo recién emergente de empleados de gestión, los campesinos y granjeros, etc. no pertenecen a la clase capitalista dominante ni a la llamada clase proletaria, pero que pueden asociarse con el proletariado para el propósito de una lucha común. La cuestión puede incluso plantearse para aquellas partes de la propia burguesía

²⁰ *Modern Quarterly*, 1935, incluido luego en *Three essays on Marxism*, Monthly Review Press, N.Y. 1971. La traducción al inglés fue revisada por Korsch.

cuya vida está amenazada por el “capitalismo monopolista” o el “fascismo”, y ciertamente surge para los burgueses ideológicos que, bajo la presión de las tensiones calculadoras de la sociedad capitalista en declive, están individualmente aproximándose hacia el proletariado (estudiosos, artistas, ingenieros, etc.)

Enumeraré ahora los que me parecen los puntos más esenciales del marxismo de forma condensada:

- a) Todas las proposiciones del marxismo, incluyendo aquéllas que son aparentemente generales, son específicas.
- b) El marxismo no es positivo, sino crítico.
- c) Su objeto no es la sociedad capitalista existente en su estado afirmativo, sino la sociedad capitalista en declive tal como es revelada por las demostrables tendencias operativas de su disolución y decadencia.
- d) Su propósito primario no es el goce contemplativo del mundo existente, sino su revolucionamiento práctico.

I

Ninguno de estos rasgos del marxismo ha sido adecuadamente reconocido o aplicado por la mayoría de marxistas. Una y otra vez los llamados marxistas “ortodoxos” han recaído en el modo de pensamiento “abstracto” y “metafísico”, que Marx mismo –después de Hegel– había negado más enfáticamente y que, de hecho, ha sido absolutamente refutado por toda la evolución del pensamiento moderno durante los últimos cien años. Así, por ejemplo, un reciente marxista inglés ha intentado una vez más “salvar” el marxismo de las acusaciones hechas por Bernstein y otros, de que el curso de la historia moderna se desvía del esquema de desarrollo esbozado por Marx, con la miserable evasiva de que Marx intentó descubrir “las leyes generales del cambio social no sólo a partir del estudio de la sociedad en el siglo XIX, sino también a partir del estudio del desarrollo social desde los inicios de la sociedad humana”, y que es, por consiguiente, “bastante posible” que sus conclusiones sean “tan ciertas para el siglo XX como lo fueron en el período en que él llegó a ellas”. Es evidente que tal defensa destruye el verdadero contenido de

la teoría marxiana más efectivamente que los ataques realizados por cualquier revisionista. No obstante, ésta fue la única respuesta dada en los últimos treinta años por la “ortodoxia” marxista tradicional a las acusaciones planteadas por los reformistas de que una u otra parte del marxismo estaba caduca.

Por otras razones, hay una tendencia del carácter específico del marxismo que se olvida por parte de los ciudadanos del Estado soviético marxista hoy, quienes enfatizan la validez general y universal de las proposiciones marxistas fundamentales para canonizar las doctrinas que subyacen a la presente conformación de su Estado. Así, uno de los peones ideológicos del estalinismo actual, L. Rudas, está intentando poner en cuestión, en nombre del marxismo, el progreso histórico conseguido por Marx hace noventa años, cuando acometió la inversión (*Umstuepfung*) de la dialéctica hegeliana a su dialéctica materialista. Sobre la base de una cita de Lenin, que fuera usada en un contexto enteramente distinto contra el materialismo mecanicista de Bujarin y que significa algo totalmente distinto de lo que Rudas dice que significa, éste último transforma la contradicción histórica entre “fuerzas productivas” y “relaciones de producción” en un principio “suprahistórico” que todavía se aplicará en el futuro remoto de la sociedad sin clases plenamente desarrollada. En la teoría de Marx se captan tres oposiciones fundamentales como aspectos de la unidad histórica concreta del movimiento revolucionario práctico. Éstas son, en la economía, la contradicción entre “fuerzas productivas” y “relaciones de producción”; en la historia, la lucha entre clases sociales; en el pensamiento lógico, la oposición entre tesis y antítesis. De estos tres aspectos, igualmente históricos, del principio revolucionario revelado por Marx en la misma naturaleza de la sociedad capitalista, Rudas, en su transfiguración suprahistórica de la concepción totalmente histórica de Marx, abandona el término medio, considera el conflicto vivo de las clases en lucha como una mera “expresión” o resultado de una forma histórica transitoria de la contradicción esencial subyacente, y retiene como único fundamento de la “dialéctica materialista”, ahora inflado como una ley eterna del desarrollo cósmico, la oposición entre “fuerzas productivas” y “relaciones de producción”. Al hacerlo, llega a la conclusión absurda de que, en la actual economía soviética, la contradicción fundamental de la sociedad capitalista existe en forma “inversa”. En Rusia, dice:

“las fuerzas productivas ya no se rebelan contra las relaciones productivas que las traban, sino que en su lugar es el atraso relativo de las fuerzas productivas en relación a las relaciones de producción establecidas lo que empuja hacia delante a la Unión Soviética a un ritmo de desarrollo tan rápido que no tiene precedentes”.

La convicción expuesta en mi edición de *El Capital* de Marx, de que todas las proposiciones contenidas en esta obra, y especialmente las concernientes a la “acumulación originaria” tal como es tratada en el último capítulo del libro, representan sólo un esbozo histórico del ascenso y desarrollo del capitalismo en Europa occidental y tienen validez universal más allá de ello sólo en el mismo sentido en que todo conocimiento empírico de las formas naturales e históricas se aplica a más que los casos individuales considerados, fue unánimemente rechazada por los portavoces de ambas fracciones del marxismo ortodoxo ruso y alemán. De hecho, esta disputa conmigo sólo repite y enfatiza un principio que Marx mismo había expresado explícitamente hace cincuenta años, al corregir al sociólogo ruso idealista Mikhailovsky sobre su malinterpretación del método de *El Capital*. Es, de hecho, una implicación necesaria del principio fundamental de la investigación empírica, que en nuestros tiempos actuales sólo es negado por algunos metafísicos inveterados. Comparado con el renacimiento de esta dialéctica pseudo-filosófica en los escritos de marxistas “modernos” —como queda ejemplificado en Rudas—, cómo de sobrio, claro y definido era el punto de vista adoptado por los viejos marxistas revolucionarios, Rosa Luxemburg y Franz Mehring, que vieron que el principio de la dialéctica materialista, incorporado a la economía marxiana, no significa nada más que la relación específica de todos los términos y proposiciones económicas con objetos históricamente determinados.

Todas las cuestiones ardorosamente disputadas en el campo del materialismo histórico —cuestiones que, cuando se formulan en su forma general, son justamente tan insolubles y carentes de sentido como las conocidas disputas escolásticas sobre qué fue primero, si la gallina o el huevo— pierden su carácter misterioso y estéril cuando se expresan de una manera concreta, histórica y específica. Por ejemplo, Friedrich Engels, en sus conocidas cartas sobre el materialismo histórico, escritas después de la muerte de Marx, al partir de consideraciones

indebidas para la crítica de la unilateralidad que sostenían críticos burgueses y supuestos marxistas contra la proposición de Marx de que “la estructura económica de la sociedad constituye el fundamento real sobre el que se levantan las superestructuras legales y políticas y a las que corresponden formas definidas de conciencia social”, modificó efectivamente la doctrina de Marx. Concedió, imprudentemente, que en gran medida las llamadas “reacciones” podrían tener lugar entre la superestructura y la base, entre el desarrollo ideológico y el desarrollo económico y político, introduciendo así una confusión completamente innecesaria en las fundamentaciones del nuevo principio revolucionario. Pues, sin una determinación cuantitativamente exacta de “cuanta” acción y reacción tiene lugar, sin una indicación exacta de las condiciones bajo las que lo uno o lo otro tiene lugar, toda la teoría marxiana del desarrollo histórico de la sociedad, tal como es interpretada por Engels, se vuelve inútil incluso como hipótesis de trabajo. Como he dicho, no se ofrece la más ligera pista acerca de si se va a buscar la causa de cualquier cambio en la vida social en la *acción* de la base sobre la superestructura o en la *reacción* de la superestructura sobre la base. Y la lógica del asunto no se altera por evasivas verbales como factores “primarios” o “secundarios”, o por la clasificación de las causas en “inmediatas”, “mediatas” y “últimas” –es decir, las que se demuestran decisivas en último análisis. El problema entero desaparece tan pronto sustituimos la cuestión general del efecto de “la economía como tal” sobre “la política como tal”, o “la ley, el arte y la cultura como tales”, y viceversa, por una descripción detallada de las relaciones dadas que existen entre los fenómenos económicos definidos sobre un nivel de desarrollo histórico dado y los fenómenos dados que aparecen simultáneamente o subsecuentemente sobre cualquier otro campo de desarrollo político, jurídico e intelectual.

Según Marx, éste es el modo en que el problema ha de plantearse. Su bosquejo, publicado póstumamente, de una introducción general a su *Crítica de la Economía Política* –a pesar de su carácter de esbozo– es una declaración clara y muy significativa del complejo entero de problemas. La mayoría de las objeciones levantadas después contra su principio materialista son anticipadas y respondidas. Esto es particularmente cierto para el problema tan sutil de la relación oscura entre el desarrollo de la producción material y la creación artística, que se

evidencia en el conocido hecho de que “ciertos períodos del desarrollo más elevado del arte no están en relación directa alguna con el desarrollo general de la sociedad ni con la base material de su organización”. Marx muestra el doble aspecto en el que este desarrollo desigual adquiere una forma histórica dada –“la relación entre las distintas formas de arte dentro de los dominios del arte mismo” y las “relaciones entre el conjunto del campo del arte y el conjunto del desarrollo social”. La dificultad sólo consiste en la manera general en que estas contradicciones se expresan. Tan pronto como son hechas específicas y concretas, son así clarificadas.

II

Tan ardorosamente disputada como mi posición concerniente al carácter específico, histórico y concreto de todas las proposiciones, leyes y principios de la teoría marxiana, incluyendo aquellos aparentemente universales, es mi segunda posición de que el marxismo es esencialmente crítico, no positivo. La teoría marxiana no constituye ni una filosofía materialista positiva ni una ciencia positiva. Del principio al final, es una crítica, tanto teórica como práctica, de la sociedad existente. Por supuesto, la palabra “crítica” (*Kritik*) debe entenderse en el sentido comprensivo y todavía preciso en que era usada en los prerrevolucionarios años cuarenta del pasado siglo [XIX] por todos los hegelianos de izquierda, incluidos Marx y Engels. No debe confundirse con la connotación del término contemporáneo “crítica” (*criticism*). La “crítica” ha de entenderse no en un sentido meramente idealista, sino como crítica materialista. Incluye, desde el punto de vista del objeto, una investigación empírica, “dirigida con la precisión de la ciencia natural”, de todas sus relaciones y desarrollo, y desde el punto de vista del sujeto dar cuenta de cómo los deseos, intuiciones y demandas impotentes de los sujetos individuales devienen un poder de clase históricamente efectivo que lleva a la “praxis revolucionaria”.

Esta tendencia crítica, que juega un papel tan preeminente en todos los escritos de Marx y Engels hasta 1848, está todavía viva en las fases más tardías del desarrollo de la teoría marxiana. La obra económica de su período más tardío está mucho más estrechamente relacionada con sus escritos previos, filosóficos y sociológicos, de lo que los economistas marxistas ortodoxos están dispuestos a admitir. Esto aparece de los títulos mismos de sus libros más tardíos y más tempranos. La primera

obra importante que fue emprendida por ambos amigos en común, ya en 1846, para presentar la oposición de sus visiones política y filosófica a las del idealismo hegeliano de izquierda contemporáneo, llevaba el título de *Crítica de la Ideología Alemana*. Y en 1859, cuando Marx publicó la primera parte de su planeada obra económica comprehensiva, como para dar énfasis a su carácter crítico, la tituló *Crítica de la Economía Política*. Esto se mantuvo en el subtítulo de su obra principal, *El Capital. Crítica de la Economía Política*. Los marxistas “ortodoxos” recién llegados olvidan, o niegan, la supremacía de la tendencia crítica en el marxismo. Todo lo más la consideran de importancia puramente extrínseca y completa-mente irrelevante para el carácter “científico” de las proposiciones marxistas, especialmente en el campo que –de acuerdo con ellos– era la ciencia básica del marxismo, a saber, la economía.

La formulación más crasa que adquiere esta revisión se encontrará en el conocido libro *El capital financiero*, del marxista austriaco Rudolf Hilferding, donde se trata la teoría económica del marxismo como una mera fase en la continuidad intacta de la teoría económica, enteramente separada de los objetivos socialistas y, de hecho, sin implicaciones para la práctica. Tras haber declarado formalmente que la teoría económica, así como la teoría política del marxismo, están “libres de juicios de valor”, el autor señala que:

“es, por lo tanto, falso concebir, como se hace ampliamente, *intra et extra muros*, que el marxismo y el socialismo son idénticos. Pues lógicamente, considerado como un sistema científico y aparte de su efecto histórico, el marxismo es sólo una teoría de las leyes de movimiento de la sociedad formulada en términos generales en la concepción marxiana de la historia, aplicándose en particular la economía marxiana al período de la producción de mercancías. Pero la comprensión de la validez del marxismo, que incluye la comprensión de la necesidad del socialismo, no es de ningún modo un asunto de juicios de valor y tampoco una indicación para el procedimiento práctico. Pues una cosa es reconocer una necesidad, y otra cosa es trabajar por esta necesidad. Es totalmente posible para alguien convencido de la victoria final del socialismo luchar contra él.”

Es verdad que esta interpretación pseudo científica y superficial del marxismo ortodoxo ha sido confrontada más o menos efectivamente por las teorías marxianas contemporáneas. Mientras en Alemania el principio crítico, es decir, revolucionario, del marxismo fue atacado abiertamente por los revisionistas de Bernstein y sólo defendido a desgana por “ortodoxos” como Kautsky y Hilferding, en Francia el efímero movimiento de “sindicalismo revolucionario”, tal como ha expuesto Georges Sorel, se esforzó mucho por revivir precisamente este aspecto del pensamiento marxiano, como uno de los elementos básicos de la nueva teoría revolucionaria de la guerra de clases proletaria. Y un paso más efectivo en la misma dirección fue dado por Lenin, que aplicó el principio revolucionario del marxismo a la práctica de la revolución rusa, y al mismo tiempo logró un resultado no menos importante dentro del campo teórico, restaurando algunas de las enseñanzas revolucionarias más poderosas de Marx.

Pero ni Sorel, el sindicalista revolucionario, ni Lenin, el comunista, utilizaron toda la fuerza e impacto de la “crítica” marxiana original. La disposición a la irracionalidad de Sorel, por la que transformó varias tesis marxianas importantes en “mitos”, a pesar de sus intenciones condujo a un tipo de “desbaratamiento” de estas doctrinas en lo que se refiere a su traslación práctica a la lucha de clases proletaria revolucionaria, e ideológicamente preparó el camino para el fascismo de Mussolini. La división un tanto cruda de las proposiciones de filosofía, economía, etc., hecha por Lenin, entre las que son “útiles” o “dañinas” para el proletariado (un resultado de su preocupación demasiado exclusiva por los efectos presentes inmediatos de aceptarlas o negarlas, y su excesivamente poca consideración acerca de su posible futuro y sus efectos últimos), introdujo esa coagulación de la teoría marxista, ese declinamiento y, en parte, distorsión del marxismo revolucionario, que hace al marxismo soviético actual muy difícil realizar cualquier progreso fuera de los límites de su propio dominio autoritario. Evidentemente, el proletariado revolucionario no puede, en su lucha práctica, prescindir de la distinción entre proposiciones científicas verdaderas y falsas. Justo como el capitalista en tanto hombre práctico, “aunque no siempre se piensa lo que dice fuera de su negocio, con todo en su negocio sabe de lo que habla” (Marx), y justo como el técnico, para construir un artefacto debe tener un conocimiento exacto de al menos ciertas leyes físicas, así el

proletariado debe poseer un conocimiento verdadero suficiente en economía, política y otros asuntos objetivos para llevar la lucha de clase revolucionaria a una consumación exitosa. En este sentido, y dentro de estos límites, el principio crítico del marxismo materialista, revolucionario, incluye el conocimiento estricto, empíricamente verificable, “acuñado con toda la precisión de la ciencia natural”, de las leyes económicas del movimiento y desarrollo de la sociedad capitalista y de la lucha de clase proletaria.

III

La “teoría” marxista no se esfuerza por lograr un conocimiento objetivo de la realidad a partir de un interés teórico e independiente. Está impulsada a adquirir este conocimiento por las necesidades prácticas de la lucha y puede negarse sólo corriendo el enorme riesgo de fracasar en la consecución de su meta, al precio de la derrota y eclipse del movimiento proletario que representa. Y justamente porque nunca pierde de vista su propósito práctico, evita cualquier intento de imponer a la experiencia el diseño de una construcción monista del universo para edificar un sistema unificado de conocimiento. La teoría marxista no está interesada en todo, ni está interesada en el mismo grado en todos los objetos de sus intereses. Su única preocupación se refiere a aquellas cosas que ejercen cierta presión sobre sus objetivos, y a todas las cosas y a cada aspecto de las mismas cuanto más tal cosa particular, o tal aspecto particular de una cosa, está relacionado con sus propósitos prácticos.

El marxismo, a pesar de su aceptación incuestionada de la prioridad genética (*prioritat*) de la naturaleza externa a todos los eventos históricos y humanos, está primariamente interesado sólo en los fenómenos e interrelaciones de la vida histórica y social. Es decir, está primariamente interesado sólo en lo que, en relación a las dimensiones del desarrollo cósmico, ocurre dentro de un breve período de tiempo y en cuyo desarrollo puede entrar como fuerza práctica, influyente. El fracaso a ver esto, por parte de ciertos marxistas ortodoxos del Partido Comunista, da cuenta de sus vigorosos esfuerzos por reclamar la misma superioridad indudablemente poseída por la teoría marxiana en el campo de la sociología, para esas opiniones completamente primitivas y atrasadas que, hasta este mismo día, son mantenidas por

teóricos marxistas en el campo de la ciencia natural. Por estas intrusiones innecesarias, la teoría marxiana se expone a ese conocido desprecio que es dispensado a su carácter “científico” incluso por aquellos científicos naturales contemporáneos que, en conjunto, no son hostiles al socialismo. Sin embargo, una interpretación científica menos “filosófica” y más progresiva del concepto mismo de la “síntesis de las ciencias” marxiana, ha empezado justamente a manifestarse entre los representantes más inteligentes y responsables de la teoría marxista-leninista contemporánea de las ciencias, cuyas pronunciaciones son tan diferentes de las de Rudas y compañía como las pronunciaciones del gobierno soviético ruso lo son de aquellas de las secciones no rusas de la Internacional Comunista. Así, por ejemplo, el profesor V. Asmus, en su artículo programático enfatiza que, además de la “comunidad objetiva y metodológica” de la historia y las ciencias naturales, existe al mismo tiempo la “peculiaridad de las ciencias socio-históricas que no permite, en principio, la identificación de sus problemas y métodos con los de las ciencias naturales”.

Incluso dentro de la esfera de actividad histórico-social, la investigación marxista está principalmente interesada sólo en el modo particular de producción que subyace a la “formación socio-económica” de la época presente, o sea, el sistema capitalista de producción de mercancías como base de la moderna “sociedad burguesa” considerada en el proceso de su desarrollo histórico efectivo. En su indagación sobre este sistema sociológico específico procede, por un lado, más ampliamente que cualquier otra teoría sociológica, en cuanto se interesa preferentemente por las fundamentaciones económicas. Por otro lado, no se interesa por todos los aspectos económicos y sociológicos de la sociedad burguesa por igual. Presta particular atención a las discrepancias, fallas, limitaciones y desajustes en su estructura. No es el denominado funcionamiento normal de la sociedad burguesa lo que interesa al marxismo, sino lo que aparece a sus ojos como la verdadera situación normal de este sistema social particular, o sea la *crisis*. La crítica marxiana de economía burguesa y del sistema social basado en ella culmina en un análisis crítico de su tendencia a la crisis (*Krisenhaftigkeit*), es decir de la tendencia siempre creciente del modo de producción capitalista a asumir todas las características de la crisis efectiva, incluso dentro de las fases ascendentes o de recuperación –de hecho, a través de todas las fases

del ciclo periódico por las que pasa la industria moderna, y cuyo punto álgido es la crisis universal. Una ceguera asombrosa acerca de esta orientación básica de la economía marxista, que está tan claramente expresada en todas partes en los escritos de Marx, ha llevado a algunos marxistas ingleses recientes a descubrir una “laguna de cierta importancia” en la obra de Marx, en su fallo a establecer la necesidad económica de recuperación de las crisis, una vez que había demostrado la necesidad de su emergencia.

Incluso en las esferas no económicas de la superestructura política y la ideología general de la sociedad moderna, la teoría marxista se interesa primariamente por las hendiduras y fallas, los puntos tensionales de escisión que revelan al proletariado revolucionario esos lugares cruciales en la estructura social donde su propia actividad práctica puede aplicarse con mayor efectividad.

“En nuestros días, todo parece estar preñado de su opuesto. Maquinaria dotada de los poderes más notables para abreviar el trabajo humano y hacerlo más productivo, ha producido en su lugar hambre y plustrabajo. Las nuevas primaveras de la riqueza se han transformado, por una peculiar fórmula mágica del destino, en las fuentes de la pobreza. Las conquistas de las artes parecen ganarse al precio de la pérdida de carácter. En la medida en que el hombre controla la naturaleza, parece ser controlado él por otros hombres, o por su propia mezquindad. Incluso parece que la pura luz de la ciencia sólo puede resplandecer contra el fondo oscuro de la ignorancia. Todos nuestros descubrimientos y progreso parecen no haber tenido ninguna otra consecuencia que dotar a las fuerzas materiales de vida espiritual y embrutecer la vida humana como una fuerza material. Esta oposición, entre la industria moderna y la ciencia por una parte, y la pobreza y decadencia modernas por la otra, esta oposición entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de nuestra época, es un hecho evidente, aplastante, innegable. Algunos partidos pueden lamentarlo, otros pueden desear librarse de la pericia moderna y, por tanto, de sus conflictos. O pueden creer que tal progreso notable en la industria demanda, para su completamiento, un retroceso igual de notable en la política.”²¹

²¹ K. Marx, “Discurso en la cuarta celebración anual del *People’s Paper* cartista”, abril de 1856.

IV

Los rasgos específicos del marxismo tratados hasta ahora, junto con el principio práctico, implícito en todos ellos, que ordena a los marxistas subordinar todo conocimiento teórico al fin de la acción revolucionaria, proporciona los rasgos fundamentales de la dialéctica materialista marxiana, sobre cuya base se distingue de la dialéctica idealista de Hegel. La dialéctica de Hegel, el filósofo burgués de la restauración, que fue elaborada por él hasta en sus detalles más finos como un instrumento de justificación del orden existente, con una permisividad moderada para un posible progreso “racional”, fue transformada de modo materialista por Marx, tras análisis crítico cuidadoso, en una teoría revolucionaria no sólo en el contenido, sino también en el método. Tal como fue transformada y aplicada por Marx, la dialéctica probó que la “racionalidad” de la realidad existente afirmada por Hegel sobre fundamentos idealistas era sólo una racionalidad transitoria, que en el curso de su desarrollo necesariamente resultaba en la “irracionalidad”. Este estado irracional de la sociedad será, en el curso debido, completamente destruido por la nueva clase proletaria que, al apropiarse de la teoría y usarla como arma de su “práctica revolucionaria”, ataca a la “sinrazón capitalista” en su raíz. Debido a este cambio fundamental en su carácter y aplicación, la dialéctica marxiana, que como Marx justamente señala, en su forma “mistificada” hegeliana se había puesto de moda entre los filósofos burgueses, “se ha convertido ahora en un escándalo y una abominación para la burguesía y sus profesores doctrinarios, pues incluye en su comprensión y reconocimiento afirmativo del existente estado de cosas, al mismo tiempo también el reconocimiento de la negación de ese estado, de su disolución inevitable; considera toda forma social históricamente desarrollada su movimiento y por consiguiente tiene en cuenta su naturaleza transitoria no menos que su existencia momentánea; no deja que nada se le imponga y en su esencia es crítica y revolucionaria”²².

²² Epílogo a la 2ª edición de *El Capital*, 1873.

Así como todos los aspectos críticos, activistas y revolucionarios del marxismo ha sido pasados por alto por la mayoría de los marxistas, igual ha ocurrido con el carácter de conjunto de la dialéctica materialista marxiana. Incluso los mejores de entre ellos sólo han restaurado parcialmente su orientación crítica y revolucionaria. Ante la universalidad y amplitud de la presente crisis mundial y de las luchas proletarias cada vez más agudizadas que sobrepasan en intensidad y extensión todos los conflictos de las fases más tempranas del desarrollo capitalista, nuestra tarea hoy es dar a nuestra teoría marxiana revolucionaria su correspondiente forma y expresión, y por tanto extender y actualizar la lucha revolucionaria proletaria.

Londres, el 10 de octubre de 1934.

EL MARXISMO Y LAS TAREAS ACTUALES EN LA LUCHA DE CLASES PROLETARIA²³

«La revolución (proletaria)... debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para acceder así a la conciencia de su propio contenido.»

Lo que Geoffrey St. Hilaire dijo de Darwin vale también para Karl Marx: que su destino y su gloria fueron haber tenido sólo precursores y discípulos. A su lado, ciertamente, caminó un amigo de toda su vida, espíritu sintonizado y colaborador suyo: Friedrich Engels. En la generación siguiente aparecieron los abanderados del ala “revisionista” y el ala “ortodoxa” del partido marxista alemán, Bernstein y Kautsky, y, junto a estos pseudo maestros, otros científicos marxistas auténticos, como el italiano Antonio Labriola, el francés Georges Sorel y el filósofo ruso Plejanov. Ya más tarde, se produjo una restauración plena de las facetas revolucionarias, olvidadas hacía tiempo, del pensamiento marxista, restauración que fue llevada a cabo por Rosa Luxemburg en Alemania y Lenin en Rusia.

En el mismo período, el marxismo fue recibido por millones de obreros de todo el mundo como guía de su actuación práctica. Hubo una serie impresionante de organizaciones: desde la secreta “Liga de los Comunistas” de 1848 y la “Asociación Internacional de Trabajadores” de 1864, hasta la aparición de poderosos partidos socialdemócratas en todos los países europeos importantes, y la coordinación final de la moderna actividad internacional de estos partidos en la llamada II Internacional del período de anteguerra, que, tras su bancarrota, experimentó una resurrección definitiva bajo la forma de un partido comunista que lucharía a escala mundial.

Durante este tiempo de expansión cuantitativa no hubo, sin embargo, una evolución correspondiente de la propia teoría marxista, que fuese más allá de aquellas poderosas ideas contenidas ya en el primer modelo de la nueva ciencia revolucionaria construida por Marx.

²³ Publicado en “*Living Marxism*”, Vol. 4, n.º 4, p. 115, 1938.

Hasta fines del XIX fueron muy pocos los marxistas que percibieron este estado de cosas como un problema. Incluso cuando los primeros ataques del llamado “revisionismo” llevaron a lo que un sociólogo burgués radical, que luego sería primer presidente de la República Checoslovaca, Th. G. Masaryk, calificó de “*crisis filosófica y científica del marxismo*”, los marxistas consideraron que las circunstancias que estaban produciéndose en su campo no eran más que una lucha entre una fe marxista “ortodoxa” y una deplorable “herejía”. El carácter ideológico de esta identificación global de una doctrina existente con la lucha revolucionaria de la clase obrera siguió intensificándose por el hecho de que los representantes rectores de aquella ortodoxia marxista (incluidos Kautsky en Alemania y Lenin en Rusia) se empeñaron en negar la posibilidad de que pudiera surgir jamás, a título independiente, una conciencia verdaderamente revolucionaria entre el mundo obrero. Los objetivos políticos revolucionarios, decían, tendrían que ser introducidos en la lucha económica de clases de los trabajadores “*desde fuera*”, es decir, mediante el trabajo teórico de pensadores burgueses radicales “*que dominaran toda la cultura de su época*”, como Lasalle, Marx y Engels. De este modo, la identidad de una doctrina producida por la burguesía con todas las luchas revolucionaria de la clase proletaria, tanto presentes como futuras, llegó a poseer el carácter de un auténtico milagro. Ni siquiera aquellos marxistas más radicales que le reconocieron abiertamente a la evolución espontánea de la lucha de clases proletaria el haber superado los limitados objetivos de las burocracias dirigentes de los sindicatos y partidos socialdemócratas de entonces, pensaron ni por asomo en negar esta armonía preestablecida entre la doctrina marxista y el movimiento proletario real.

Como dijo en 1903 Rosa Luxemburg, y repitió en 1928 el bolchevique Riazanov:

“toda fase evolutiva nueva y superior en la lucha de clases proletaria puede extraer siempre del arsenal inagotable de la teoría marxista las nuevas armas que en cada momento vaya necesitando el nuevo estadio de la lucha emancipadora de la clase obrera”.

Queda fuera de los límites de este artículo el discutir los aspectos generales de esta peculiar teoría de los marxistas sobre el origen y evolución de su propia doctrina revolucionaria; teoría que, en último término, apunta a negar la posibilidad de una cultura propia e independiente de la clase proletaria. Aludimos a ella en este contexto sólo porque nos encontramos aquí con una de las muchas contradicciones que se apresuran a deglutir quienes, en abierta oposición con el principio crítico y materialista de Marx, tratan al marxismo como una teoría sustancialmente concluida y ahora inmutable.

Otra dificultad ulterior para esta actitud cuasi-religiosa frente al marxismo proviene de que la teoría marxiana nunca fue asumida por ningún partido o grupo social en su conjunto. El “marxismo ortodoxo” no fue nunca más que una actitud formal por la que el grupo dirigente del partido socialdemócrata de la preguerra intentó ocultarse a sí mismo el progresivo colapso de su antigua praxis revolucionaria. Fue sólo esta diferencia en el modo de comportarse la que distinguió a la forma “ortodoxa” solapada de la forma revisionista de adaptación de la doctrina marxiana tradicional a las nuevas “necesidades” del movimiento obrero producidas por las condiciones transformadas de un nuevo período histórico.

Cuando Lenin, en la tempestad y en la tensión de la lucha revolucionaria de 1917, frente a una *“revolución proletaria que claramente maduraba hacia un ámbito internacional”*, se planteó la tarea de reformular las teorías marxianas sobre el Estado y las tareas del proletariado en la revolución, estuvo muy lejos de contentarse con una simple defensa ideológica de la interpretación aparentemente ortodoxa de la verdadera teoría marxiana. Partió, por el contrario, de que el marxismo revolucionario había sido totalmente destruido y abandonado tanto por la minoría de oposición cuanto por la mayoría francamente social-chauvinista de todos los sindicatos y partidos “marxistas” de la finiquitada II Internacional. Declaró abiertamente que el marxismo estaba muerto, y exigió una completa “restauración” del marxismo revolucionario.

El marxismo revolucionario, tal como fue restaurado por Lenin, condujo sin duda a la clase trabajadora hacia su primera victoria histórica. Este hecho ha de ser subrayado no sólo frente a los calumniadores pseudo marxistas del “bárbaro” comunismo de los bolcheviques, enemigo del socialismo “refinado” y “cultivado” de Occidente; ha de ser subrayado también frente a quienes se aprovecharon entonces de la victoria revolucionaria de los trabajadores rusos, y gradualmente fueron pasando del marxismo de los primeros años a una fe no ya comunista ni sólo “socialista” y democrática, llamada stalinismo. De igual forma, y a nivel internacional, una coalición meramente “antifascista” de frente-único, frentes populares y frentes nacionales vino a ocupar poco a poco el puesto de la lucha de clases revolucionaria, que mantenía el proletariado contra todo el sistema social y política de la burguesía, tanto en los países “demócratas” como en los fascistas, tantos en los “pro-rusos” como en los anti-rusos.

Habida cuenta de esta evolución posterior de la obra de Lenin, no puede sostenerse por más tiempo que la restauración de los principios originales del marxismo, tal como fueron propugnados por Lenin y Trostky durante la guerra y en el período siguiente, haya llevado a un resurgimiento real y sin adulteraciones del movimiento proletario revolucionario, ligado en el pasado al nombre de Marx. Durante un período limitado, pareció en efecto que el verdadero espíritu del marxismo revolucionario se había trasladado al Este. Las contradicciones incalculables que se pusieron de manifiesto tanto en la política como en la economía del partido revolucionario dominante de la Rusia Soviética, fueron consideradas únicamente como el resultado del triste hecho de que “la revolución proletaria internacional”, esperada por Lenin y Trostky, no llegó a madurar. Sin embargo, a la luz de otros hechos posteriores, no existe ninguna duda de que el marxismo soviético, en cuanto teoría proletaria revolucionaria orientada a una praxis, compartió a fin de cuentas el destino de aquel marxismo “ortodoxo” de Occidente del que había dimanado y del que se había desgajado sólo en razón de los condicionamientos revolucionarios de la guerra y del auge revolucionario en Rusia. Cuando finalmente, en 1933, debido a la victoria irrefrenable lograda por el nacional-socialismo contrarrevolucionario en el centro tradicional del socialismo revolucionario internacional, se puso de manifiesto que el marxismo

“no mantenía lo prometido”, este juicio se extendió hasta abarcar tanto a los comunistas orientales como a la iglesia social demócrata-marxista de Occidente. Los frentes divididos venían a unirse a fin en una derrota común.

Para llegar a entender el verdadero significado de otras consecuencias capitales de esta importantísima doctrina de la historia inicial del marxismo, habremos de examinar el carácter dual de la “*dictadura revolucionaria de la clase proletaria*” que han puesto ampliamente de manifiesto los últimos acontecimientos tanto a escala internacional cuando referentes a la Rusia stalinista contemporánea, y perseguido retrospectivamente hacia sus fuentes, hacia una dualidad originaria, como se muestra ya en las diversas facetas de la propia obra de Marx, en cuanto teórico proletario y en cuanto dirigente político del movimiento revolucionario de su tiempo. Por una parte, Marx se hallaba, ya en 1843, en estrecho contacto con las manifestaciones más avanzadas del comunismo y el socialismo francés. Junto con Engels fundó en 1847 en Bruselas el “*Deutscher Arbeiterbildungsverein*” (Asociación Alemana de Educación Obrera).

Asimismo fundó una organización internacional, el *Comité Comunista de Correspondencia*. Poco más tarde, los dos entraron en la primera organización internacional del proletariado militante, la “Liga de los Comunistas”, por cuyo encargo escribieron el famoso *Manifiesto* en que declararon al proletariado como “*clase realmente revolucionaria*”.

Por otra parte, en cuanto editor de la “*Neue Rheinische Zeitung*” (“*Nueva Gaceta Renana*”), Marx defendió, sobre todo durante la revolución de 1848, los postulados del ala más radical de la democracia burguesa. Luchó por el mantenimiento de un frente unitario entre el movimiento revolucionario-burgués de Alemania y las formas más progresistas con que estaba llevando ya a cabo en los países industrialmente desarrollados de Occidente la lucha por unos objetivos directamente socialistas. Escribió un artículo significativo e impresionante para defensa del proletariado parisino tras su aniquiladora derrota en junio de 1848; pero no publicó en su periódico los postulados especiales del proletariado alemán hasta pocas semanas antes de su represión definitiva por parte de la contrarrevolución de 1849. Entonces, incluso, expuso el asunto de los trabajadores de una manera más bien abstracta, reimprimiendo en la “*Neue Rheinische*

Zeitung” las lecciones científicas sobre *Trabajo asalariado y capital* que había pronunciado ya dos años antes en la *Asociación de Educación Obrera de Bruselas*. De modo similar, sus colaboraciones de los años 1850 y 1860 para el “*New York Daily Tribune*” de Horace Greeley, para la *New American Cyclopaedia* de George Ripley y Charles Dana, en sus publicaciones cartistas en Inglaterra y en los periódicos alemanes y austríacos.

Marx se manifestó sustancialmente como portavoz de la política demócrata-radical que, tal como él esperaba, conduciría finalmente a la guerra del Occidente democrático contra la Rusia zarista reaccionaria.

La explicación de esta evidente dualidad hay que buscarla en la estructura jacobina de la teoría revolucionaria que Marx y Engels habían adoptado antes de la revolución de febrero de 1848, y a la que siguieron ateniéndose en conjunto incluso después de que el resultado de dicha revolución quebrantase sus antiguas y animosas esperanzas. Aunque vieron la necesidad de adaptar la táctica a los condicionamientos históricos modificados, su teoría de la revolución siguió manteniendo, incluso en su forma materialista última y más avanzada, el carácter especial del período de transición en que la clase obrera seguía estando obligada a recorrer la etapa intermedia de una revolución fundamentalmente política para llegar a la revolución social.

Es cierto que los efectos políticos revolucionarios de la lucha económica de los sindicatos y de otros organismos defensores de los intereses inmediatos y específicos de los trabajadores, fueron creciendo en importancia para el Marx de la edad madura. Lo demuestra su función rectora en la organización y dirección de la AIT durante los años sesenta y sus aportaciones a la estrategia y a la táctica de diversos partidos obreros nacionales durante los años setenta.

Pero las luchas que se produjeron en el seno de la Internacional contra los seguidores de Proudhon y Bakunin muestran también a las claras que ni Marx ni Engels abandonaron nunca en realidad sus convicciones anteriores respecto al significado decisivo de la política como única forma consciente y plenamente desarrollada de la acción revolucionaria de clases. Entre la cautelosa clasificación de la acción política como medio subordinado al fin último de la “*emancipación económica de la*

clase trabajadora”, tal como aparece en los estatutos de la AIT de 1864, y la proclamación abierta, hecha ya en 1849 por el *Manifiesto Comunista*, de que *“toda lucha de clases es una lucha política”*, y que la *“organización de los proletarios en una clase”* es paralela a su organización en *“partido político”*, sólo existe una diferencia en lo tocante a formulación. Marx, por tanto, definió siempre su concepción de clase a base de conceptos políticos en última instancia, y con los hechos, aunque no con sus palabras, subordinó las diversas actividades de las masas, en su lucha de clases cotidiana, a aquellas otras actividades que, en interés de las masas, eran ejercidas por los dirigentes políticos.

Con más claridad aún se muestra esto en las raras y peculiares situaciones en que Marx y Engels, en los años posteriores de sus vidas, vuelven a tomar parte activa en el proceso revolucionario real. Como prueba, citemos la reacción de Marx frente a la comuna revolucionaria de los obreros parisinos; igualmente la postura abiertamente inconsecuente y positiva de Marx y Engels frente a los intentos totalmente idealistas de la revolucionaria Narodnaia Volia por forzar, mediante acciones terroristas, la erupción de una revolución política, y por tanto también social en las condiciones reaccionarias de la Rusia zarista de los años setenta y ochenta. Como hemos mostrado detalladamente en un artículo anterior, Marx y Engels no sólo estuvieron dispuestos a considerar la inminente erupción revolucionaria de Rusia como señal para una revolución europea generalizada de tipo jacobino, de la que podría decirse, como en 1885 escribía Engels a Vera Zassulitsch: *“...si allí el 1789 tuvo una vez su comienzo, el 1793 no se hará esperar”*. Aplaudieron de hecho la revolución rusa y paneuropea como una revolución obrera y como un punto de partida para el desarrollo comunista.

No tiene sentido la objeción que plantean los mencheviques y otras escuelas de la ortodoxia marxista tradicional de tipo occidental, respecto a que el marxismo de Lenin no fue en realidad sino el retorno a una forma anterior del marxismo de Marx, que con posterioridad fue sustituida por otra forma más materialista y madura. Es totalmente correcto que la gran semejanza de la situación histórica de Rusia a comienzos del siglo XX con las condiciones existentes en Alemania, Austria, etc., la víspera de la revolución de 1848, explica el hecho,

inexplicable de otro modo, de que la fase primera de la evolución revolucionaria de nuestro tiempo pueda presentarse bajo la forma paradójica de un retorno ideológico al pasado. Sin embargo, el marxismo revolucionario, *“tal como Lenin lo restauró”*, estuvo en su contenido puramente teórico mucho más de acuerdo con el verdadero espíritu de todas las fases históricas de la teoría marxiana, que lo que pudo estarlo el marxismo socialdemócrata del período precedente, que, a pesar de su tan cacareada ortodoxia, nunca fue más que una forma mutilada y desfigurada de la teoría marxiana, una forma que vulgarizó el contenido auténtico del marxismo y lo desposeyó de su garra revolucionaria. Por esta razón, precisamente, el experimento de *“restauración”* del marxismo efectuado por Lenin confirmó de la manera más convincente la esterilidad total de todos y cada uno de los esfuerzos por desarrollar la teoría de la acción revolucionaria de la clase obrera no *desde su propio contenido* sino desde un *“mito”*. El experimento muestra sobre todo lo ideológicamente equivocado de la idea de eliminar las deficiencias existentes de la acción actual mediante el retorno imaginario a un pasado mistificado.

Tal resurrección de una ideología revolucionaria muerta podrá servir quizá durante cierto tiempo –como lo ha mostrado la revolución rusa– para ocultar a los autores del *“octubre”* revolucionario los límites históricos de su heroica gesta. Pero, en definitiva, no puede llevar a restaurar la conciencia de aquel movimiento revolucionario pasado. En nuestra época el resultado ha sido una forma nueva y *“marxista revolucionaria”* de opresión y explotación de la clase obrera en la Rusia Soviética, a la par que una forma nueva y *“revolucionaria-marxista-”* de aniquilación de movimientos realmente revolucionarios en España y el mundo entero.

Todo esto muestra a las claras que el marxismo sólo puede ser *“restaurado”* hoy en su forma originaria mediante su transformación en una mera ideología que esté al servicio de un objetivo completamente distinto, al servicio incluso de toda una escala de objetivos políticos variables. Para lo que sirve de momento, es para encubrir ideológicamente la decadencia de la función dirigente del partido en el poder, y para enmascarar el alza del poderío personal cuasi fascista de Stalin y de su democracia súper acomodaticia. Simultáneamente, el papel que desempeña en el escenario internacional

la llamada política antifascista del *Komintern* “marxista” en las luchas entre los diversos grupos de poderes capitalistas aliados, es el mismo que el observado por su antagonista, la política internacional “anticomunista” y “antimarxista” del régimen de Hitler, de Mussolini y de los señores de la guerra japoneses.

No debe olvidarse que en toda la crítica desarrollada hasta aquí sólo se hace referencia a los esfuerzos ideológicos de los últimos cincuenta años por “mantener” o “restaurar” una “doctrina revolucionaria marxista” totalmente mistificada, orientada a una aplicación inmediata. Nada de lo dicho en este artículo se dirige contra los resultados científicos alcanzados por Marx y Engels y alguno de sus seguidores en diversos campos de la investigación social, válidos todavía en muchos de sus aspectos. Sobre todo, nada en este artículo va contra ese movimiento que, en un sentido muy amplio, puede llamarse movimiento marxista, es decir, revolucionario e independiente, de la clase obrera internacional. A la búsqueda de lo que, en el actual estado de letargo, quede aún vivo del movimiento obrero revolucionario, o pueda ser resucitado, parece haber buenas razones para “volver de nuevo” a aquella tolerancia práctica y no sólo ideológica, con que la primera “Asociación Internacional de Trabajadores” marxista (y a la vez proudhoniana, blanquista, bakunista y sindicalista, etc.) acogió de buen grado entre sus filas a todos los obreros que reconocieran el principio básico de la lucha de clases proletaria e independiente.

Como se dice en la primera de sus reglas, formulada por Marx, “la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera”.

NOTAS SOBRE LA HISTORIA. LAS AMBIGÜEDADES DE LAS IDEOLOGÍAS TOTALITARIAS²⁴

“A mí no me ha ocurrido nada: soy yo el que le ha ocurrido al mundo.” Por inadecuada que sea para describir la impresión sobre el mundo de un escritor políticamente insignificante, esta paradójica afirmación de G. B. Shaw ayuda a explicar un tipo de desviación de los conceptos tradicionales de la historia que tiende a crearse actualmente bajo el impacto de la llamada revolución totalitaria. Sin duda en los países no totalitarios existe la impresión de que “Adolf Hitler le ha ocurrido al mundo”. Por otra parte, ése es también el espíritu con que una banda totalitaria victoriosa podría considerar su propia relación con el resto del mundo.

Indicios en esta dirección pueden descubrirse en el lenguaje mismo del movimiento nazi contemporáneo. “Espacio” o “espacio vital” (*Lebensraum*) no denotan un territorio cualquiera en el que se vive, sino más específicamente aquellos territorios fuera del actual dominio nazi que, a su debido tiempo, pertenecerán a su imperio. Por eso hubo un *Studen-Raum* y un *Donau-Raum* pero nunca un *Elb-Raum* ni un *Rhein-Raum* dado que esos territorios pertenecían de todos modos al imperio alemán. Tampoco el “mundo” conservó su tradicional connotación geográfica. Para el verdadero hitleriano indica el mundo en que vive y se mueve el imperio nazi y que a su debido tiempo se realizará de acuerdo con lo que ya es esencialmente: una parte de la Gran Alemania, de los Estados Unidos de Europa dominados por los nazis, o de esa área más o menos extensa que sea finalmente suficiente para el “espacio vital” de la ‘raza germánica’, hoy todavía indeterminado.

Debemos poner atención para no sobrevalorar éste o cualquier otro momento de la ideología del totalitarismo de hoy. En contraste con la convicción de muchos estudiosos de la historia alemana reciente, la ideología del nacionalismo no ofrece claves para la comprensión de sus fines. A diferencia de otras ideologías, no revela ni siquiera las realidades sociopolíticas de determinada situación histórica o las necesidades genuinas de una clase social definida.

²⁴ *Notes on history. The ambiguities of totalitarian ideologies*, en “*New Essays*”, 1942, vol. 6, n.º 2, pp. 1-9.

Cualquier apariencia de coherencia que pueda descubrirse entre la patente insensatez y las frases sin sentido reunidas en *Mein Kampf*, y la política actual del gobierno nazi, no responde a un orden lógico sino que es resultado de la más arbitraria correlación de hechos e ideas. Las consignas siempre cambiantes del nazismo no reflejan más que las fluctuantes condiciones de la situación inmediata o de la tarea del día. No son ni siquiera pragmáticos, sino absolutamente oportunistas. Sus propias contradicciones no expresan, como ocurre con las otras ideologías, los conflictos reales y las luchas de una sociedad determinada. Nacen más bien de la tentativa consciente de esconder los conflictos existentes bajo el velo de conflictos inventados y completamente ficticios.

Tampoco sirve describir la ideología nazi como una sistemática negación y redefinición de todos los valores en el sentido de Nietzsche. Es cierto que uno de los rasgos más impresionantes del nazismo en los últimos diez años ha sido la absoluta irreverencia hacia las doctrinas tradicionales del Estado, del Derecho y de la economía, y de todos los demás tabúes prácticos y teóricos del pasado que hubieran podido, de alguna manera, obstaculizar su fin último de conquista y eficiencia. Sin embargo, ese trabajo destructivo ha sido un medio antes que un fin y un asunto de praxis antes que una parte expresamente aceptada en la ideología oficial nazi.

La línea principal del pensamiento nazi no es ni tradicionalista ni modernista, ni conservadora ni nihilista. El nazismo es esencialmente un movimiento contrarrevolucionario y tiene en sí todas las incertidumbres, las medias verdades y la naturaleza mixta de la larga secuencia de movimientos contrarrevolucionarios que, en los últimos ciento cincuenta años, han estorbado el progreso "normal" de la sociedad europea, tal como ha sido y es concebida por las distintas líneas de herencia de la filosofía de la historia de la Revolución francesa. No debemos dejar que nos distraigan las ocasionales aproximaciones a un genuino concepto activista de la Historia presente en los discursos pronunciados con fines particulares por uno u otro de los principales ideólogos nazis. No debemos, por ejemplo, dejarnos sugerir por las frases pseudonietzschianas con que, en el primer Congreso nacional de los historiadores de la nueva Alemania en 1937 en Erfurt, el presidente del Instituto de Historia trató de elevar al público al nivel del acontecimiento histórico.

“Como el cantor Tirteo” –dijo el doctor Frank– “el historiador debería estar a la cabeza de su pueblo en marcha y dar testimonio de la eternidad del pueblo contra el ir y venir de los individuos.”

Imperialismo viejo y nuevo

Otro paso, y muy importante, hacia una ruptura con respecto a la concepción tradicional de la historia, se encuentra en la obra de Karl Haushofer. Constituiría una extrema simplificación considerar las teorías “geopolíticas” de Haushofer y de su escuela como una simple continuación de las tendencias imperialistas de la época presente representadas, entre otros, por el historiador alemán Treitschke y por el inglés Seely. Esas tendencias estaban más o menos vinculadas con las ideas tradicionales de la época iniciada por la Revolución francesa. El problema principal era entonces el de crear las condiciones para una explotación ilimitada del mercado mundial; el resultado inevitable fue atraer a todas las naciones, hasta a las más “bárbaras”, a la órbita de la civilización occidental. La burguesía, decía el *Manifiesto Comunista* de 1848, “obliga a todas las naciones, so pena de su extinción, a adoptar el modo de producción burgués, a introducir lo que llamamos «civilización», es decir, a volverse burguesas ellas mismas. En una palabra, crea el mundo a su imagen.”

Como hemos escrito en otra parte²⁵, el sueño de una expansión cosmopolita del modo de producción y del consiguiente dominio de un mundo enteramente “civilizado” por parte de la clase burguesa occidental ha sufrido varios golpes serios antes del advenimiento del totalitarismo. Lejos de transformar a toda la tierra habitada en una enorme colonia del Occidente capitalista, la expansión mundial de la técnica, de la ciencia, de las instituciones políticas y económicas, del nacionalismo y de los métodos de guerra occidentales ha creado simplemente nuevas armas que los pueblos de China, Japón, India, el mundo árabe del Asia oriental y del norte de África, han podido volver contra el agresor occidental. Por eso, desde el comienzo del siglo XX ha surgido un nuevo tipo de expansión imperialista que ha encontrado su aplicación más eficaz en la teoría y la práctica de la agresión totalitaria.

²⁵ Cf. “Los historiadores mundiales de Turgot a Toynbee”, en “*Partisan Review*”, sept. de 1942

Las nuevas técnicas del imperialismo, inventadas casi simultáneamente en Oriente y en Occidente, son muy distintas de los métodos aplicados por el imperialismo de viejo cuño del siglo XIX que sus admiradores describen un poco nostálgicamente como una forma “democrática” de expansión imperialista. La diferencia no consiste, sin embargo, en un aumento de la violencia: la violencia incontrolada ha sido típica de todas las fases históricas de la colonización capitalista. La novedad de la política totalitaria consiste, simplemente, en el hecho de que los nazis han extendido a pueblos europeos “civilizados” métodos reservados hasta entonces a los “indígenas” o a los “salvajes” que vivían fuera de la llamada civilización.

La gran diferencia entre el viejo y el nuevo imperialismo se expresa ideológicamente en el fracaso de la “misión civilizadora”, otrora atribuida a la conquista de las llamadas zonas “no desarrolladas” de la tierra por los propios imperialistas o, por lo menos, por quienes sin demasiada energía se oponían a su política realista. Si bien esa pretensión ideológica de los filántropos, educadores, historiadores liberales y otros ideólogos humanitarios nunca estuvo plenamente justificada, sin embargo no era del todo descabellada con respecto al resultado objetivo de la carrera de competencia colonial característica de las políticas exteriores del siglo XIX. Hay un vestigio de verdad incluso en la conocida afirmación de que los ingleses “conquistaron su imperio en un momento de distracción”. Fue a causa de los mercados, del comercio, de los privilegios y para la defensa más eficaz de las posiciones económicas ya conquistadas que el Estado británico ensanchó el área de su dominio político. También es cierto que este viejo tipo de expansión capitalista no llevó a una forma muy segura de dominio permanente. Ya un cuarto de siglo antes de la *Declaración de Independencia* norteamericana, el filósofo francés Turgot comparó las colonias con “frutos que están pegados al árbol hasta que están maduros”. En base a esta idea, ampliamente aceptada después de la pérdida de las colonias americanas entre los políticos e historiadores ingleses, se volvió axiomático que “todo imperio conquistado es efímero”. También hoy cierta confianza ideológica en la misión educativa de la colonización capitalista resiste en algunos sectores de la *intelligentsia* radical de los países no totalitarios. Como dice Bertrand Russell, en su discusión crítica de la fase más reciente de la política inglesa en la India, las ventajas de un nivel de civilización más

alto, que inicialmente están todas de parte del conquistador, disminuyen inevitablemente con el paso del tiempo. Para ser gobernado, el país conquistado debe ser unificado. Así, tarde o temprano surgirá un movimiento de liberación que finalmente llevará al derrocamiento del poder del conquistador basado en el "prestigio y el engaño" más que en una fuerza real.

Cualquiera aplicación limitada que pueda haber tenido la teoría antes expuesta para la colonización británica y otros tipos de colonización del siglo XIX, no se aplica ya al nuevo colonialismo de potencias mundiales totalitarias como Rusia, Japón y Alemania. Estas potencias ni siquiera simulan apuntar a la expansión mundial de su tipo particular de "civilización". Han aprendido a prevenir los peligros que, según la teoría tradicional, amenazan la permanencia de cualquier conquista capitalista y expansión colonial. Se puede estar seguro de que no unificarán, sino que dividirán ulteriormente las regiones europeas y extraeuropeas de su dominio imperialista. Lejos de comunicar sus superiores capacidades industriales y militares a sus súbditos coloniales, siquiera en la modesta medida en que eso ocurre —o más bien, se permitió involuntariamente que ocurriera por parte de los anteriores gobiernos imperialistas—, no rehuyen el intento de desindustrializar incluso a los países plenamente desarrollados de Europa y de otros continentes en provecho de la minoría conquistadora. No cabe duda de que su política se basa en una concepción completamente nueva del proceso histórico mismo y de la parte que, en ese proceso, debe tener su acción absolutamente libre de trabas.

Aspectos revolucionarios y contrarrevolucionarios del totalitarismo

No es seguro hoy, como les parecía hace algunos años a los admiradores acrílicos de los triunfos totalitarios, que los nazis sean capaces de vivir con la falta de prejuicios de su programa original. Fue relativamente fácil aplicar los nuevos métodos de conquista totalitaria a países que se habían quedado atrás en el proceso hacia formas totalitarias, tendencia general que es posible individualizar más o menos claramente en la política externa e interna de todas las grandes potencias del mundo, al menos desde la primera guerra mundial. Más

difícil se demostró alcanzar los mismos impresionantes éxitos en condiciones más competitivas. El monopolio de los nazis sobre la guerra y la política totalitaria fue roto cuando intentaron someter a Rusia en junio de 1941 y cuando, algunos meses después, la entrada del Japón en la guerra transformó lo que hasta entonces había sido sustancialmente un asunto europeo en un conflicto verdaderamente mundial. Desde entonces, en distintas ocasiones, en el tono general de la política nazi, ha aparecido un espíritu mucho menos confiado. Parecería que en el último período la conducta misma de la guerra ha revelado cierta tendencia a recaer en las formas de la primera guerra mundial.

En medio de una colisión sin precedentes de fuerzas imperialistas, en que la parte más débil trató de ampliar su poder de conquista con un ataque simultáneo a toda la estructura interna de la sociedad actual, aparece una fatal ambigüedad en los objetivos mismos del nazismo. Después de haber jugado con la idea de una revolución social mundial, los nazis parecen querer evitar los riesgos y las consecuencias de su plan original. Con eso demuestran las limitaciones intrínsecas de un movimiento contrarrevolucionario comparado con una auténtica revolución.

La filosofía de la historia del nazismo

El análisis anterior revela que las evidentes ambigüedades observadas en las manifestaciones ideológicas del nazismo se basan en el carácter igualmente ambiguo de su acción histórica. A pesar de las apariencias, el totalitarismo en su forma actual todavía no se ha liberado de las concepciones tradicionales de una época histórica ya pasada. Los nazis han abandonado las ideas de una fase ascendente de la edad capitalista sólo para caer en un concepto de la historia no dinámico, fatalista y pesimista, expresado en la última fase pretotalitaria por *La decadencia de Occidente* de Spengler. Cualquier estudioso de los discursos de Hitler en los últimos veinte años se ha dado cuenta de la desesperación fatalista que constituía el fondo permanente de sus declaraciones, aun en los momentos en que trataba de incitar a sus seguidores a las gestas más resueltas y audaces.

Este aspecto tétrico de la filosofía de la historia del totalitarismo actual es elaborado a fondo por los viejos y nuevos ideólogos de los mitos y de las doctrinas nazis, de Moëller van den Bruck y Rosenberg a Juenger y Steding. Está presente como trasfondo inconfundible también en las manifestaciones de los representantes extremadamente activos del nazismo como el profesor Haushofer.

El nacionalsocialismo no rompió con esa larga tradición de los historiadores por la cual, desde la inauguración revolucionaria del actual sistema de la sociedad europea, el “hacer historia” se ha transformado gradualmente en un proceso objetivo en el que la historia ya no es hecha sino, en cambio, sufrida y aceptada pasivamente por los hombres. Una contribución importante a esa transformación fue aportada en el siglo XIX por la filosofía idealista de Hegel y, después de él, por la filosofía materialista de Marx. Cuando Marx y Engels rompieron con los sueños no científicos de las precedentes generaciones de socialistas y anarquistas, abandonaron también el gran concepto activista de la historia que Marx en su juventud había resumido en la famosa frase: “Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero lo que importa es transformarlo.” En su desarrollo ulterior, el llamado socialismo científico de los partidos marxistas debía perder hasta los últimos vestigios de un credo revolucionario mientras que, por otra parte, algunos de los presuntos elementos no científicos y utópicos resultaron bastante científicos y realistas cuando fueron vueltos contra sus detractores “científicos” por la contrarrevolución nazi.

El paso final en la eliminación de todos los elementos activistas de la filosofía de la historia del siglo XIX fue dado por la propia clase dominante burguesa. Como todas las demás “filosofías”, también la filosofía de la historia recordaba todavía demasiado el período revolucionario del pensamiento burgués y por eso fue finalmente abandonada y sustituida por un sistema de ciencias históricas altamente especializadas y, por lo tanto, totalmente despojadas de cualquier contenido revolucionario.

La decadencia definitiva de la concepción burguesa de la historia fue alcanzada con el panhistoricismo contemporáneo, que ha encontrado su formulación clásica en la obra de Spengler.

La edad del panhistoricismo

*«Cuando soñamos que soñamos
estamos a punto de despertar»*

Novalis

Al parecer, en la actualidad hemos llegado a una concepción de la historia completamente histórica y completamente distanciada. Sabemos que cualquier enfoque de la historia, cualquier término aplicado a ella y cualquier resultado de la investigación revela algo no sólo de la actitud del escritor, sino también de su tiempo y de su posición particular en las luchas económicas, políticas y culturales en curso. No podemos dejarnos tomar el pelo por la ocurrencia de un escritor ultramoderno según la cual el historiador “debería mantenerse afuera lo más posible”, ni por la salida más inteligente de que para el historiador es más importante olvidar que recordar. Sabemos que hace más de un siglo Hegel dijo que “el pensamiento es después de todo el epitomista más incisivo”.

Tampoco debemos dejarnos desviar por la demanda, igualmente paradójica, de un conocido profesor de Harvard, según la cual un historiador “debe comenzar con un prejuicio declarado hacia los hechos de la historia”. La crítica socialista nos ha convencido hace tiempo del frágil carácter de la llamada “objetividad” de la historia y de la economía y de todas las demás ciencias históricas de la burguesía.

Sólo bajo el impacto de la contrarrevolución totalitaria el mismo principio crítico fue adoptado por cierto número de resueltos defensores de la naturaleza imparcial de todo verdadero pensamiento científico, mientras que, al mismo tiempo y por la misma razón, algunos defensores de una filosofía y una ciencia estrictamente partidarias perdieron mucho de su entusiasmo sobre la inevitable división en clases y partidos en los campos de la teoría y de la cultura. Podemos incluso sonreír ante la invitación a introducir cierto número de prejuicios en la historiografía de un período muy complicado. Sabemos que ninguna suma de prejuicios introducidos conscientemente puede rivalizar con la fuerza de los prejuicios completamente inconscientes presentes en las teorías económicas y políticas que fueron adoptadas durante toda la época burguesa. Un buen ejemplo lo

ofrece la confianza implícita de los economistas burgueses en la inevitabilidad de la forma particular de producción de mercancías que prevaleció en las primeras fases de la época burguesa.

Para decirlo brevemente, no hay en la producción historiográfica de ayer, hoy y mañana nada que no pueda ser explicado y comprendido como el resultado de una época particular en el espíritu completamente histórico de su generación. Para nosotros depende enteramente de las condiciones dadas de un período definido si la “historia” es tratada como una historia providencial de la creación o como una historia profana de la civilización y –en este segundo caso– si su objeto es definido como Civilización (en singular y con C mayúscula) o bien como una serie de civilizaciones coordinadas; si es considerado estadísticamente como una repetición de los mismos procesos esencialmente idénticos, o dinámicamente como un “desarrollo”; si el desarrollo en cuestión es concebido como un movimiento externo de objetos visibles y tangibles en el espacio y en el tiempo, o bien como un desarrollo considerado “interno” en el tiempo; si se piensa que se mueve hacia arriba o hacia abajo o en un mismo nivel, en línea recta o en espiral o en ciclos, si procede de lo simple a lo complejo o viceversa; si es considerado como una cooperación armoniosa de grupos e individuos, o bien como una lucha de hombre contra hombre, de naciones, razas, o clases.

Además, depende de los hechos históricos de una época determinada si la historia es tratada en forma optimista, como un desarrollo progresivo, o bien en forma pesimista, como una declinación de la cultura; como un proceso continuo o como una serie de avances y recaídas alternados, de períodos orgánicos y críticos, de prosperidad y crisis, de paz y de guerra. También el resultado del proceso histórico puede ser concebido como ciego destino o como evento creado por el hombre; como producto del pueblo como un todo o como impuesto a una masa renuente por una minoría selecta de grandes hombres, de genios, dictadores o locos; como un crecimiento inconsciente o como un movimiento mecánico; como un caos sin sentido o como la revelación de un gran orden cósmico.

Depende igualmente de las condiciones dominantes la cuestión de si el historiador se acerca a su tema con actitud dogmática o crítica; con método racional o místico; si considera su trabajo como un reflejo

pasivo del proceso histórico objetivo en la mente de un observador externo, o bien como un producto colateral de su activa participación en el movimiento histórico mismo.

Además, es el carácter objetivo de una época dada el que decide qué campos estarán comprendidos en la investigación histórica y cuáles de ellos serán privilegiados. La historia puede ser representada como un proceso religioso, político, económico o cultural; puede ser tratada como una historia de la ciencia y de la técnica, del comportamiento humano, de las instituciones sociales y de las ideas. Puede ser considerada como un proceso cósmico, en el cual el desarrollo de la sociedad humana en el “tiempo histórico” es sólo un episodio breve y en cierta medida despreciable. Más aún, todo el desarrollo de la naturaleza y de la sociedad humana puede ser representado como una encarnación del espíritu o de la “idea” por sí misma en camino hacia su autorrealización última. Finalmente, esa interpretación espiritual de la historia puede todavía invertirse y la historia puede ser considerada como un conflicto nunca resuelto entre las fuerzas productivas de la sociedad y las sucesivas formas de su aplicación efectiva.

Hacia una nueva función del conocimiento histórico

Esta visión histórica de la edad presente no es sólo el término final de una prolongación del pasado. Contiene al mismo tiempo la base para un enfoque completamente nuevo que puede ser descrito alternativamente como el rechazo final del concepto fetichista de la historia o como la historificación última de todas las actividades humanas y de todos los campos de investigación social.

Mientras estamos habituándonos lentamente a considerar al historiador y su trabajo tan históricos como la historia misma, ésta parece perder importancia. Ya no hay una historia en general, así como ya no hay un Estado en general, una economía, una política o una ley en general. Hay sólo un tipo definido, específico de historia, propio de una época particular, de una particular estructura de la sociedad o de una civilización particular. Eso no significa que la historia se reduzca a mera ideología; más bien participa de la naturaleza mixta (mitad material, mitad ideológica) de “instituciones” como la Ley, la Iglesia y el Estado. Como tal ha sido tratada en la *Filosofía del Derecho*

de Hegel, donde la “historia del mundo” se discute junto con la familia, la sociedad civil y el Estado como uno de los atributos de lo que el filósofo llama *die Sittlichkeit* [*la Eticidad*], que de hecho, sin embargo, es la estructura particular de la civilización burguesa moderna.

Sobre la base de este nuevo enfoque, la idea fetichista de que el desarrollo del mundo ocurre en la historia es sustituida por la afirmación relativista de que toda forma particular de historia es parte intrínseca de una determinada estructura de sociedad, y cambia de forma y de contenidos en correspondencia con las transformaciones que tienen lugar en las esferas económicas, políticas, etc. de la sociedad a la que pertenece. Y tal como podemos imaginar una futura estructura de la sociedad en la que no sólo la teoría del Estado, sino el Estado mismo dejará de existir sin haber sido sustituido por otro Estado, así podemos imaginar un tiempo en que no habrá historia. Algo semejante debe haberle ocurrido a los egipcios y a las demás civilizaciones orientales cuando pasaron de su fase dinámica de génesis y crecimiento a una menos dinámica en que intentaron, con mayor o menor éxito, proteger a su sociedad de la amenazadora destrucción creando un Estado universal. Según las teorías de Spengler y A. J. Toynbee, dicha transformación está presente *in nuce* en toda forma existente de civilización, incluyendo a nuestra orgullosa civilización occidental.

El resultado último del nuevo enfoque de la historia, aquí considerado, no es una pérdida total sino más bien una aplicación distinta del conocimiento teórico adquirido hasta ahora por los estudios históricos. Cuando toda forma teórica y práctica de tratar los hechos sociales llegue a basarse, entre otras cosas, en una plena consideración de sus aspectos particulares, condicionados por el tiempo, una ciencia independiente (o filosofía) de la historia *per se* será considerada superflua, como desde hace tiempo se considera superflua una ciencia comprensiva de la “naturaleza” *per se*. Como las ciencias físicas contemporáneas están cada vez más ligadas a sus aplicaciones en la industria y en la tecnología, así la historia teórica se fundirá finalmente con su aplicación práctica a las tareas concretas que deben ser resueltas por individuos asociados en el marco de una forma determinada de sociedad.

LA IDEOLOGÍA MARXISTA EN RUSIA²⁶

“Para nosotros el comunismo no es un estado que debe implantarse, un ideal al que haya de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera el actual estado de cosas.”

K. Marx y F Engels. *La Ideología Alemana*

Vamos a ocuparnos aquí de uno de los ejemplos más típicos del notable desfase que, en una forma o en otra, se observa en todos los períodos del desarrollo histórico del marxismo. Dicho desfase puede ser definido como contradicción entre la ideología marxista y el movimiento histórico real que, en una época determinada, se esconde tras esa fachada ideológica.

Hace ahora casi un siglo, un censor fue delegado especialmente desde Berlín para sustituir a las autoridades locales de Colonia en la delicada misión de amordazar al periódico “ultrademocrático” publicado por un joven de veinticuatro años llamado Karl Marx. Aquel censor envió al gobierno prusiano un informe, según el cual podía autorizarse con toda tranquilidad la reaparición de la “*Rheinische Zeitung*”, dado que el “cerebro de todo el asunto, el doctor Marx”, había abandonado definitivamente su trabajo y no existía sucesor alguno capaz de mantener el “tono de insoportable arrogancia” adoptado por el periódico o de continuar la política de aquél con la misma determinación. Sin embargo, ese consejo no fue seguido por las autoridades prusianas, sometidas en este campo –como se ha demostrado más tarde– a las órdenes del Zar ruso Nicolás I. Su vicecanciller, el conde de Nesselrode, acababa de amenazar al embajador prusiano en Moscú con revelar a su Majestad Imperial “los infamantes ataques de que recientemente había sido objeto el gobierno ruso en la “*Rheinische Zeitung*” de Colonia.” Eso ocurría en Prusia en 1843.

²⁶ Publicado en “*Living Marxism*”, vol. 4. n.º 1, febrero de 1938, con el pseudónimo de L. H.. Salvo por la cita inicial y las conclusiones finales el texto es básicamente el mismo que fue publicado en “*Gegner*”, VI, 1932, n.º 3, con el título “Para una contribución a la historia de la ideología marxista en Rusia”. Se agrega aquí el final de aquella primera versión.

Treinta años después, la censura de la Rusia zarista autorizaba la publicación en Rusia de la obra de Marx, *El Capital*, en su primera traducción. La decisión se justificó con este importante argumento:

Aunque las convicciones políticas del autor son exclusivamente socialistas y aunque todo el libro es claramente de naturaleza socialista, la concepción que en él se expresa lo convierte en un libro no accesible a todos. Además, su estilo es estrictamente matemático y científico. Por ello el comité declara que nada se opone a su publicación.

Ese régimen zarista, tan dispuesto a censurar el más insignificante insulto proferido en un país europeo contra la supremacía rusa, y al mismo tiempo tan poco consciente de la amenaza que representaba el análisis científico del mundo capitalista hecho por Marx, no fue derrocado en realidad por los agudos ataques que Marx lanzó ulteriormente contra “las vastas invasiones, nunca contrarrestadas, de ese poder bárbaro, cuya cabeza está en San Petersburgo y cuyas manos están en cada gobierno de Europa”. Pese a lo cual iba a sucumbir ante la amenaza, aparentemente tan lejana, que aquel caballo de Troya había introducido en el corazón del Sagrado Imperio. El régimen zarista fue derrocado finalmente por la masa de los obreros rusos cuya vanguardia aprendió su lección revolucionaria precisamente en *El Capital*, la obra “matemática y científica” de un pensador solitario.

Al contrario que en Europa occidental, donde la teoría marxista apareció en la época de decadencia de la revolución burguesa y se afirmó como expresión de una tendencia real que apuntaba a la superación de los objetivos del movimiento revolucionario burgués –tendencia representada por la clase proletaria–, en Rusia el marxismo no fue desde el principio sino la pantalla ideológica tras la cual se escondía, en la práctica, la lucha en favor del desarrollo capitalista en un país precapitalista. Toda la intelectualidad progresista acogió ávidamente el marxismo como la última consigna llegada de Europa, y lo hizo con aquella finalidad. Pero la sociedad burguesa, que había alcanzado su pleno desarrollo en la Europa occidental, estaba conociendo todavía en Rusia los primeros dolores del parto. Pese a ello, en aquel campo virgen el principio burgués no podía compartir ya

las ilusiones propias, gracias a las cuales había enmascarado el contenido estrictamente burgués de sus luchas en la época heroica de su primer desarrollo en Occidente –ilusiones, entonces periclitadas, que le habían permitido mantener sus pasiones al nivel de los grandes acontecimientos históricos. Para penetrar en el Este, la sociedad burguesa tenía que adoptar una nueva piel ideológica. Y la doctrina marxista, tomada del Oeste, parecía ser precisamente la más adecuada para prestar ese importante servicio al desarrollo burgués en Rusia. El marxismo era, a este respecto, muy superior a la doctrina rusa de los revolucionarios populistas. Mientras estos últimos partían del principio de que el capitalismo, tal como existía en los países “paganos” del Oeste, era inconcebible en Rusia, el marxismo, basándose en su origen histórico, suponía la consumación de la civilización capitalista como etapa histórica indispensable en el proceso que habla de conducir a una sociedad realmente socialista. Pero la posibilidad de que la doctrina marxista prestase a la sociedad burguesa rusa tales servicios ideológicos exigía introducir ciertas modificaciones en la misma, incluso en lo relativo a su contenido puramente teórico. Esa es la razón fundamental de las enormes concesiones teóricas –inexplicables en otro sentido– hechas en los años 70 y 80 por Marx y por Engels a las ideas entonces defendidas por los populistas rusos, cuya doctrina era irreconciliable en lo esencial con la de aquéllos. La expresión final y más completa de esas concesiones se halla en la célebre declaración que hace de prólogo a la traducción rusa del *Manifiesto Comunista* (1882):

“La misión del *Manifiesto Comunista* fue proclamar la desaparición inevitable e inminente de la propiedad burguesa moderna. No obstante, en Rusia, junto al ascenso capitalista en plena eclosión, y junto a la propiedad burguesa de la tierra en vías de desarrollo, vemos que más de la mitad del suelo es propiedad común de los campesinos. Por eso se plantea el problema de si la comuna rural rusa, forma de la arcaica propiedad común del suelo, podrá pasar directamente, en un momento en que se encuentra ya fuertemente debilitada, a la forma superior, a la forma comunista de la propiedad colectiva, o si, por el contrario, tendrá que recorrer antes el mismo proceso de disolución que caracteriza el desarrollo histórico de Occidente.

La única respuesta que, en el momento actual, puede darse a ese problema, es que si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, y ambas se complementan, la actual propiedad colectiva de Rusia puede servir de punto de partida para una evolución comunista.”

En esas frases, como en otras muchas declaraciones parecidas que figuran en la correspondencia de Marx y Engels –en las cartas al escritor populista ruso Nikolaion²⁷, en la carta a Vera Zassulich y en la respuesta de Marx a la interpretación fatalista dada por el crítico ruso Mijailovski a la teoría de aquél sobre las etapas históricas necesarias–, puede leerse por anticipado toda la evolución posterior del marxismo ruso, y por tanto, ver cómo se va abriendo la fosa entre su ideología y el contenido real del movimiento. Es verdad que, para Marx y Engels, el paso directo de un estadio semipatriarcal y feudal a una sociedad socialista suponía –prudente reserva– una revolución obrera en el Oeste como condición necesaria para que emergieran las virtuales tendencias socialistas de una sociedad precapitalista. La misma reserva hizo más tarde Lenin. También es verdad que esa condición no se cumplió nunca (ni entonces, ni después de 1917) y que, al contrario, la propiedad campesina rusa a la que Marx concedió hasta 1882 un papel tan considerable para el futuro, fue completamente eliminada muy poco después.

Y, sin embargo, incluso afirmaciones tan aparentemente antimarxistas como la reciente teoría staliniana sobre la construcción del socialismo en un solo país, que utilizan el marxismo como pantalla ideológica de una evolución cuya naturaleza real es el capitalismo, pueden referirse si duda no sólo al precedente escrito del marxista ortodoxo ruso Lenin, sino también a los propios Marx y Engels. Pues, en efecto, también éstos estuvieron dispuestos, en ciertas condiciones históricas, a remodelar su teoría “marxista” crítico-materialista, convirtiéndola en simple adorno ideológico de un movimiento revolucionario que, aunque se proclamaba socialista por sus fines últimos, estaba sometido en su proceso real a todo tipo de limitaciones burguesas. La única diferencia –diferencia importante– es que Marx, Engels y Lenin actuaban así con la finalidad de impulsar el futuro movimiento revolucionario, mientras que Stalin utiliza la ideología “marxista”

²⁷ Pseudónimo con el que era conocido el traductor ruso de *El Capital*, Danielson (1844–1918). [N. del T.]

exclusivamente como medio para defender un *status quo* no socialista y como arma contra toda tendencia revolucionaria.

De ese modo se operó todavía en vida de Marx y Engels –y con su colaboración activa y consciente– la *inversión de la función específica del marxismo*, el cual, adoptado como doctrina acabada por los revolucionarios rusos, dejó de ser instrumento teórico de una revolución socialista proletaria para convertirse luego en simple disfraz ideológico de una evolución capitalista burguesa. Como hemos visto, ese cambio de función suponía, al principio, una cierta transformación de la doctrina misma que, en aquel caso, se realizó mediante la fusión y la interpenetración de la doctrina populista tradicional y los elementos ideológicos del marxismo reelaborados al efecto. Esa transformación de su teoría, admitida originariamente por Marx y por Engels sólo como una etapa transitoria, que sería superada por la inminente “revolución obrera en el Oeste”, iba a aparecer muy pronto como el primer paso hacia la transformación definitiva de la *teoría revolucionaria* marxista en un simple *mito revolucionario*. Mito que, si en los primeros estadios de una revolución naciente podía servir al menos de estimulante, se convertiría luego en un freno del desarrollo real de la revolución.

Tiene interés observar cómo se desarrolló ese proceso de adaptación ideológica de la doctrina marxista durante las décadas siguientes en el marco de las diversas escuelas de revolucionarios rusos. Si se estudian con detenimiento las violentas controversias acerca de la perspectiva de un desarrollo capitalista en Rusia, controversia en la que se vieron envueltos los círculos clandestinos de marxistas rusos tanto en la propia Rusia como en el exilio desde los años 90 hasta la guerra y el derrocamiento del régimen zarista –y cuya expresión teórica más acabada es la principal obra económica de Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899)– puede afirmarse sin exagerar que el contenido real de la teoría marxista original, en tanto que expresión teórica de un movimiento proletario autónomo y estrictamente socialista, había desaparecido del debate.

Eso es indudablemente cierto para el caso de los sedicentes “marxistas legales”, quienes en su exposición “científica” del aspecto objetivo de la doctrina marxista se vanagloriaban de mantener una “pureza” particularmente inalterada, pero compensando ampliamente esa

rigidez doctrinal con la renuncia a cualquier aplicación práctica de los principios marxistas que fuera susceptible de rebasar los objetivos estrictamente burgueses. La teoría revolucionaria marxista en su conjunto no estaba representada ya por aquellas otras corrientes que, en esa época, trataban de combinar, en una u otra forma, la afirmación de la necesidad de una etapa transitoria de desarrollo capitalista en Rusia con el combate anticipado contra las condiciones sociales futuras que tal desarrollo habría de crear. A esa corriente pertenecía el erudito escritor populista ruso Nikolaion, traductor ruso de *El Capital* quien, a principios de la década de los 90 y bajo la influencia de la doctrina marxista, abandonó la convicción populista ortodoxa en *la imposibilidad absoluta del desarrollo del capitalismo en Rusia* para adoptar la teoría –inspirada en el marxismo– de *la imposibilidad de un desarrollo capitalista orgánico y normal en Rusia*. A esa corriente pertenecían también el vehemente adversario materialista del idealismo populista, el marxista ortodoxo Lenin y sus partidarios, quienes luego de la ruptura con los mencheviques “occidentalizados” se proclamaron únicos herederos auténticos, tanto en la teoría como en la práctica, de la totalidad del contenido revolucionario de la teoría marxista, totalidad reconstituida, en su opinión, por la doctrina del marxismo bolchevique.

Cuando se analizan retrospectivamente los virulentos debates teóricos de ese período, se constata una relación manifiesta entre la teoría populista de “la imposibilidad de un desarrollo capitalista orgánico y normal en Rusia” (defendida por el populista-marxista Nikolaion y combatida en aquel momento por los marxistas de todas las demás corrientes, “legales”, “revolucionarios”, mencheviques y bolcheviques) y las dos teorías luego rivales, el “stalinismo” en el poder y el “trotskismo” en la oposición. Paradójicamente, la teoría “nacional-socialista” staliniana, dominante, que parte de la afirmación de la posibilidad de construir el socialismo en un solo país, y la tesis “internacionalista”, diametralmente opuesta en apariencia, elaborada por Trotsky y basada en el carácter inevitable de la revolución permanente –esto es, en la afirmación de una revolución que rebase los objetivos revolucionarios burgueses simultáneamente en el ámbito ruso y en el europeo (o mundial)– tienen ambas un mismo cimiento ideológico común en la creencia populista acerca de la imposibilidad de un desarrollo capitalista “normal y orgánico” en Rusia.

Trotsky y Stalin fundan sus versiones respectivas de la ideología marxista en la autoridad de Lenin. Efectivamente, incluso Lenin, el más ortodoxo de los marxistas ortodoxos, el hombre que antes de octubre de 1917 había combatido duramente a la vez contra el populismo de Nikolaion y contra la teoría de Parvus-Trotsky sobre la “revolución permanente”, el hombre que después de octubre se opuso con la misma coherencia a la corriente general de glorificación de las irrisorias realizaciones del período que más tarde se llamó “comunismo de guerra”, abandonó finalmente, en 1918-1920, aquel constante combate en favor del realismo crítico-revolucionario para pasarse, contradiciendo las condiciones objetivas reales, a la defensa de la concepción neopopulista de un socialismo ruso propio. Hasta aquellos mismos que habían combatido las primeras tendencias a la idealización socialista y que, en el momento de la proclamación de la NEP en 1921, todavía declaraban con modestia que “esa nueva política económica del Estado obrero y campesino” era un retroceso necesario respecto de los intentos más avanzados del comunismo de guerra, incluso aquéllos, digo, descubrieron en unas cuantas semanas la naturaléza socialista del capitalismo de Estado y de una economía que seguía siendo esencialmente burguesa pese a su tenue matiz cooperativo. No fue, pues, el epígono leninista Stalin, sino el marxista ortodoxo Lenin quien, en el histórico y crucial momento en que las tendencias prácticas de la revolución rusa –hasta entonces indecisas– se encontraron orientadas “para bien y por mucho tiempo” hacia la restauración de una economía *no socialista*, añadió a esa restricción final de los objetivos prácticos de la revolución lo que se consideraba como un complemento ideológico indispensable. Fue el marxista ortodoxo ruso Lenin quien, en contradicción con todas sus declaraciones anteriores, creó el nuevo mito marxista de que el socialismo era inherente al Estado soviético y, por consiguiente, de la posibilidad, garantizada por ello, de realizar integralmente la sociedad socialista en la Rusia soviética aislada.

Esa degeneración de la doctrina marxista, que de hecho no es sino la simple justificación ideológica de un Estado en realidad capitalista e inevitablemente, por tanto, de un Estado basado en la supresión del movimiento revolucionario del proletariado, cierra el primer período

de la historia de la ideología marxista en Rusia.²⁸ Único período éste, por otra parte, en el que la evolución del marxismo en Rusia parece presentar un carácter autónomo. Sin embargo, hay que señalar que, desde un punto de vista global y pese a las apariencias y a las numerosas diferencias que son resultado de las condiciones específicas de cada país, la evolución histórica del marxismo ruso (incluidas sus últimas etapas leninista y stalinista) es semejante en lo fundamental a la del marxismo llamado “occidental” (o socialdemócrata), del cual ha sido y sigue siendo parte integrante. De la misma manera que Rusia no fue nunca la nación sagrada y excepcional con que soñaban los paneslavistas, tampoco el bolchevismo fue nunca una versión grosera del marxismo adaptado a las condiciones primitivas del régimen zarista, como pretendían los marxistas disidentes refinados de Inglaterra, Francia y Alemania. La actual degeneración burguesa del marxismo en Rusia se parece, en lo fundamental, a la degeneración que progresivamente afectó a las diversas corrientes del marxismo “occidental” durante la guerra, la posguerra y, sobre todo, después de la eliminación final de todos los bastiones marxistas en el transcurso del ascenso triunfante del fascismo y del nazismo. El “nacionalsocialismo” de Hitler y el “Estado corporativo” de Mussolini rivalizan con el “marxismo” de Stalin a la hora de adoctrinar los cerebros de sus obreros mediante una ideología pseudosocialista, no contentos con haber maniatado la existencia física y social de éstos. Asimismo, el régimen “democrático” de un gobierno del Frente Popular presidido por el “marxista” León Blum²⁹ o

²⁸ En la versión anterior del texto, de 1932, el texto tiene otra conclusión, que aunque reflejaba una situación menos desarrollada tiene su interés:

“Pero, más allá de esta comprobación, se plantea no obstante el problema más general y más profundo de entender en qué relación está dicho particular desarrollo histórico del marxismo en Rusia *respecto al desarrollo histórica* No solamente en Rusia, sino también en Occidente, el marxismo en su desarrollo más reciente se ha transformado cada vez más de teoría y práctica revolucionaria en pura ideología que únicamente es reconocida de palabra por el movimiento práctico, pero es negada en los hechos.

Si, por consiguiente, a un marxista europeo occidental se le ocurriera hipócritamente encogerse de hombros ante el “carácter ideológico del marxismo ruso”, o tranquilizarse de manera optimista con el hecho de que en Occidente las cosas no van todavía tan mal, sería necesario arrojarle a la cara aquello que una vez Karl Marx dijera a sus lectores alemanes a propósito de las condiciones, por él descritas en *El Capital*, de los trabajadores industriales y los peones agrícolas ingleses: *De te fabula narratur! [¡Es de ti de quien trata la fábula!]* [Nota de esta edición]

²⁹ Al comienzo de la década de los años veinte fue elegido Jefe del Partido Socialista Francés. Tras desempeñar el cargo de diputado en varias ocasiones, en 1937 accedió a la presidencia del Gobierno del Frente Popular francés con el apoyo de los radicales y comunistas. [Nota de esta edición]

por Chautemps³⁰ en persona no difiere, en lo esencial, del actual Estado soviético, salvo en que aquél utiliza con menos eficacia la ideología marxista.

El marxismo ya no sirve hoy como arma teórica en una lucha autónoma del proletariado, una lucha *para* y *por* el proletariado. Todos los llamados partidos “marxistas” ya están hoy muy metidos, tanto en su teoría como en su práctica real, en el camino de la colaboración. Al estar reducidos al papel de acólitos de los dirigentes burgueses, dichos partidos no pueden sino ayudar modestamente a resolver lo que el “marxista” norteamericano L. B. Boudin consideraba, recientemente, “el mayor problema del marxismo: nuestra posición en lo que respecta a las luchas internas de la sociedad capitalista”.

³⁰ Dirigente del partido radical y vicepresidente en el gobierno Blum. [N. del T.]

¿RESTAURACIÓN O TOTALIZACIÓN? ALGUNAS NOTAS SOBRE EL “STALIN” DE TROTSKY Y SOBRE LOS PROBLEMAS REVOLUCIONARIOS DE NUESTRO TIEMPO³¹

I

El libro de Trotsky sobre Stalin, el hombre y su influencia (*Stalin. An appraisal of the man and his influence*, Nueva York, 1946) es mucho más que una simple contribución a la historia de la Revolución rusa por parte de un autor que se ha destacado al escribir la historia casi tanto como al hacerla. Sin embargo, desde este punto de vista el último trabajo de Trotsky no está a la altura de su anterior obra maestra sobre las revoluciones de 1905 y 1917. Una mera biografía de esa “mediocridad aunque no nulidad” que es Stalin no habría podido alcanzar –aun cuando hubiera sido terminada por el propio autor– la significación de esas obras que tratan de grandes eventos históricos y de la acción de masas revolucionarias. De hecho, esta última gran obra de Trotsky ha quedado incompleta sólo en su forma literaria. Su verdadera conclusión ha sido dada por la historia misma, cuando la *piolette* del sicario de Stalin se clavó en la cabeza de Trotsky en Coyoacán, en agosto de 1940. Si aceptamos la descripción que hace Trotsky de su diaria batalla contra las fuerzas que crearon a Stalin y que están hoy focalizadas en su posición, no podría haber símbolo más adecuado del conflicto permanente entre “la idea” y “la máquina surgida de la idea, pero convertida en fin en sí misma”, que ese violento fin de la interminable controversia entre los dos jefes aspirantes a la herencia de Lenin en la prolongación de las convulsiones de la Revolución rusa.

Si tuviéramos que resumir en pocas palabras la importancia principal del libro de Trotsky y la enorme masa de material incluida en él, deberíamos definirlo como un gran libro sobre la revolución y los revolucionarios, una “escuela para revolucionarios” antes que un ensayo de cultura histórica. La impresionante cantidad de conocimientos efectivamente contenida en este último intento de Trotsky de

³¹ “Restoration or totalization? Some notes on Trotsky's biography of Stalin and on the revolutionary problem of our time”, en *“International Correspondence”*, 1946, vol. I, n.º 2, pp. 10–13.

reivindicar la verdadera naturaleza de la revolución rusa contra más de veinte años de distorsión y falsificación cada vez más flagrantes, sólo adquirirá su plena importancia en el futuro, cuando se restablezca gradualmente la verdad histórica sobre todos los hechos relevantes, los documentos y las personalidades de la gran revolución. La verdad histórica sobre la revolución será descubierta entonces por una serie de historiadores críticos exactamente como, después del derrumbe final del mito napoleónico en la segunda mitad del siglo XIX, se descubrió la verdad sobre Danton, Robespierre y las corrientes aún más a la izquierda de la gran Revolución francesa, gracias al trabajo de varias generaciones de estudiosos de la historia. Actualmente, pocas personas, fuera de las filas cada vez más reducidas de las distintas facciones Trotskistas, tendrán deseos y capacidad de verificar página por página, documento por documento, con los hechos y los argumentos presentados por Trotsky en su cuidadosa refutación, la versión oficial de la *Historia del Partido comunista de la Unión Soviética* escrita por Stalin en 1938. Para el lector medio es casi necesario tener constantemente ante los ojos la crueldad física de la piqueta del emisario de Stalin para contrarrestar la imagen de una cierta “crueldad moral”, inevitablemente creada por la permanente ostentación de la abrumadora superioridad de Trotsky sobre el “práctico” de mentalidad restringida, que no era ni orador ni estudioso ni tribuno y, sin embargo, se las arregló para “sobrevivir” a todos sus competidores en aquella ignominiosa lucha por la dirección que se inició antes de la muerte de Lenin y hoy todavía no ha terminado. Naturalmente, ni siquiera a “Pero”³² le era posible mantener completamente fuera del cuadro esa odiosa confrontación entre el escritor y su objeto. Sin embargo, ha hecho lo posible por evitar las citas propias, la autoglorificación sin fin y la increíblemente venenosa difamación del rival y enemigo que recorren, en cambio, la *Historia* del Partido ruso de Stalin. Trotsky afirma que debe “admitir”, retrospectivamente, la justicia de la Oposición de 1920–1927 y la “superioridad intelectual y política de los representantes de la *Oposición* con respecto a la mayoría del Politburó”, tal como aparece con plena evidencia en cada línea de los documentos de la Oposición. Confronta las relaciones de Stalin con Lenin con las de Svérlov o bien, en gran número de casos, compara el comportamiento de Stalin en una situación histórica específica con el del propio Lenin. Así, cuando trata de responder a la

³² Seudónimo de Trotsky.

pregunta particularmente importante de “¿qué hizo realmente Koba (Stalin) en 1905?” cita un discurso pronunciado por Stalin después de los hechos del 22 de enero (“viernes sangriento”) y lo compara con las palabras escritas por Lenin en la misma ocasión. Dice Stalin:

“Tendámonos la mano recíprocamente y apretémonos en torno a los comités de nuestro partido. No podemos olvidar ni por un minuto que sólo los comités del partido pueden ofrecernos una guía válida, sólo ellos iluminarán nuestro camino hacia la tierra prometida...”.

En cambio, he aquí las palabras dirigidas en esos mismos días a las masas derrotadas, por Lenin desde la lejana Ginebra:

“¡Desahoguen la ira y el odio acumulados en sus corazones durante los siglos de explotación, sufrimiento y dolor!”.

Esta forma de confrontación sirve incidentalmente para aclarar lo que hemos dicho antes sobre la significación real de la obra de Trotsky como un gran libro sobre la revolución y los revolucionarios. Cada acción o falta de acción, cada palabra o documento escrito, son puntualmente relacionados con el contenido entero de una situación dada y con la decisión concreta que se debía adoptar en esa situación. De este modo, hasta unas pocas palabras como las citadas, escritas por Lenin en el exilio en 1905 en un artículo de un colaborador suyo, revelan el poder de las fuerzas que estaban entrando entonces en la lucha mortal que todavía no se ha decidido ni siquiera hoy, después de un período de más de cuarenta años.

II

A pesar del inagotable valor pragmático de un análisis tan detallado de una masa impresionante de fenómenos y procesos revolucionarios, este gran libro de Trotsky no ofrece un balance desprovisto de ambigüedades del proceso histórico en su conjunto. Es sorprendente ver cómo el autor, precisamente cuando se libera de la paralizante obligación de tratar el curso de la revolución rusa en los términos de la biografía de un individuo particular y se acerca a un análisis teórico del proceso global, parece recaer en la vieja concepción esquemática impuesta al pensamiento de todos los teóricos revolucionarios del

siglo XIX por el impacto de las grandes revoluciones (burguesas) de los siglos XVII y XVIII. Según esa concepción, toda revolución, con excepción tal vez de la última y plenamente victoriosa revolución mundial de la clase proletaria, debía pasar por una secuencia de fases más o menos definidas, en la que el primer movimiento progresivo de la fase ascendente debe, a continuación, replegarse en una fase descendente, siguiendo una especie de ciclo. Después del momento cumbre, concebido según el esquema de la dictadura capitalista de Cromwell o Robespierre, venía el “Termidor” o primer ataque de los representantes de una nueva clase que querían conducir a una rápida conclusión el proceso revolucionario. Este primer ataque, disfrazado todavía de formas revolucionarias, era seguido por una serie de otras fases que debían conducir, con o sin una ulterior postergación con intervención de un período de grandes guerras, a una “Restauración” final. Ésta última era concebida no como un simple regreso al régimen prerrevolucionario, sino como resultado final de la revolución y nuevo equilibrio de las fuerzas de la nueva sociedad surgidas de la revolución y reconocidas oficialmente.

También las perspectivas de la llamada revolución socialista de 1917 y de las tentativas de extenderla ulteriormente, en última instancia a nivel mundial, eran concebidas en esta forma por todas las facciones del Partido bolchevique ruso y, de hecho, por la grandísima mayoría de los partidos y movimientos revolucionarios de Europa y del mundo entero. La cuestión más apremiante después de Octubre para la propia facción victoriosa y para todos sus opositores, dentro y fuera de Rusia (y para algunos de ellos sigue siéndolo), era la cuestión de si y cuándo llegaría el Termidor de la revolución rusa. El propio Trotsky, que durante demasiado tiempo en verdad había seguido hablando del Termidor como de una amenaza del futuro, cambió de idea en 1935 y ubicó el comienzo del Termidor ruso hacia la mitad de la década de 1920. Sin embargo, aun en el cuidadoso análisis teórico de la “reacción termidoriana” contenido en este último libro, escrito un año antes de Pearl Harbour, no encontramos una respuesta clara a la pregunta obvia de cómo –si hubo verdaderamente un Termidor y la burocracia termidoriana triunfó sólo con el apoyo de los remanentes de la antigua burguesía y de los estratos de la nueva minoría privilegiada económicamente, de reciente aparición– el desarrollo de las conquistas sociales progresistas no fue confirmado hasta su lógico

paso siguiente con el derrocamiento de la propia buocracia termidoriana. Por cierto, no basta con decir que “evidentemente la buocracia no destruyó a la vanguardia proletaria, no se liberó de las complicaciones de la revolución internacional y no legitimó la filosofía de la desigualdad para capitular delante de la burguesía, volverse su esclava y acaso ser rechazada por los burócratas del Estado”. La verdadera pregunta es cómo, después de haber paralizado las últimas fuerzas subsistentes de una posible resistencia proletaria y de haber destruido, por lo tanto, el frágil equilibrio de las fuerzas de clase en conflicto sobre las que se había basado hasta entonces su poder, la buocracia termidoriana estaba todavía en condiciones de mantener su posición de dominio en lo que había llegado a ser –según las propias palabras de Trotsky– “una lucha directa por el poder y sus beneficios”.

No es éste el lugar para dar, en detalle, una respuesta positiva a este gran problema de nuestro tiempo. Sólo podemos indicar la dirección en que debe buscarse una respuesta. Lo que ocurrió de hecho en Rusia después de 1927 ya no se puede comprender en los términos tradicionales del “ciclo” revolucionario. Hasta esa fecha, la analogía podía aplicarse al menos con cierta apariencia de justificabilidad. La primera fase de la revolución de Octubre (o la segunda, si consideramos como primera a la fase que va de febrero a octubre de 1917) había llegado realmente a su apogeo y procedido hacia su “Termidor” no más tarde de 1920 o 1921. Después de la destrucción de la vanguardia revolucionaria en Kronstadt, y del pasaje de lo que más tarde se llamó “comunismo de guerra” de los primeros años heroicos a la NEP o neoNEP, todo el ímpetu de la primera fase revolucionaria bolchevique se había agotado de hecho antes de 1927 o 1928. Sin embargo, no hubo ningún derrocamiento de la buocracia “termidoriana”, ni ningún proceso continuo hacia una “Restauración”. La verdadera razón de esta “anomalía” la sugiere Trotsky sólo vagamente y de inmediato desaparece ante el acento, mucho más fuerte, puesto en muchas otras razones, muy heterogéneas, cuando dice que el poder burgés en aquella época se había “demostrado obsoleto en todo el mundo”. Lo que había ocurrido –para decirlo en términos tradicionales– era que, muchos años después del Termidor, el momento regresivo del desarrollo revolucionario hacia una explícita y completa restauración burguesa se vio envuelto en un nuevo, y en cierto sentido no menos

revolucionario, proceso mundial. “El poder burgués” no se había demostrado “obsoleto”, sino que había alcanzado una nueva vida y un poderoso rejuvenecimiento con su transición del capitalismo del siglo XIX al totalitarismo del siglo XX. Este proceso de transición fue y sigue siendo llevado adelante en diversas formas en los países capitalistas más altamente desarrollados de América y Europa, así como en los “nuevos” (para Occidente) países asiáticos. Sus resultados más originales y de mayor alcance no han sido alcanzados por las hazañas contrarrevolucionarias de Mussolini, Hitler y sus aliados menores. Se iniciaron con la revolución de Lenin y de Stalin, y por eso también de Trotsky, en Rusia, y han sido llevados adelante en forma mucho menos ambigua por esa segunda fase de la revolución totalitaria en Eurasia, determinada por los tres planes quinquenales de 1928-1941 y por la segunda guerra mundial de 1941-1945. El inesperado fracaso de todos los intentos de liquidar esa guerra y de crear un nuevo tipo de equilibrio, estabilidad y –quizás– nuevo bienestar para el sistema capitalista, sin recurrir cada vez más en mayor medida a métodos totalitarios o a una nueva guerra explícitamente totalitaria, revela, al mismo tiempo, la razón por la cual la primera gran revolución anticapitalista del siglo XX no ha terminado ni en el socialismo ni en la restauración, sino en una totalización potencialmente mundial.

MARX, AUTOR MALDITO EN LA U.R.S.S.

Maximilien Rubel³³

Una fatalidad trágica parece pesar sobre la obra de Karl Marx: transcurridos cerca de setenta años después de su muerte, y más de cincuenta desde la desaparición de Federico Engels, no existe todavía una edición íntegra de sus escritos, escritos que invocan, sin embargo millones de hombres.

Autor desconocido al principio, y luego, hacia el fin de su carrera, temido y calumniado, Marx, durante su vida, no encontró editor lo bastante decidido y comprensivo que le imprimiese. Engels, que sobrevivió doce años a su amigo, pasó lo mejor de su tiempo en descifrar y poner en orden los numerosos manuscritos de Marx para sacar de ellos los libros II y III de *El Capital*, pero no pudo realizar el más caro de sus deseos: publicar las obras completas de Marx y escribir su biografía.³⁴ Después de la muerte de Engels, esta misión parecía corresponderle a Eleonor Marx-Aveling, la más joven de las hijas de Marx. Ya había publicado de su padre diversos escritos redactados en inglés, cuando su suicidio interrumpió la tarea comenzada. El Partido Socialdemócrata alemán, heredero de los papeles de Marx y de Engels no cumplió tampoco el voto que este último le había transmitido hallándose moribundo. La querrela del revisionismo levantó, uno contra otro, a Karl Kautsky y Eduardo Bernstein, que habían vivido en la intimidad de Engels, y les impidió asociarse para la obra común. Por fragmentos, y merced a iniciativas privadas, el período que se extiende desde la muerte de Engels (1895) hasta la primera guerra mundial vio surgir del olvido algunos de los numerosos e importantes manuscritos de Marx.³⁵

³³ *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, n.º 1, pp. 82-86. París, marzo-mayo 1953.

³⁴ Véase M. Rubel, «Para una biografía monumental de Karl Marx», en la *“Revue Socialiste”*, octubre 1950

³⁵ F. Mehring publicó en 1902, en tres volúmenes, un cierto número de obras y escritos olvidados o inéditos de Marx y de Engels que databan de los años 1841 a 1850: *Aus dem literarischen Nachlass* (traducción francesa por J. Molitor en la serie «Obras filosóficas» de Karl Marx. A. Costes, editor, París); Kautsky de acuerdo con los manuscritos editó *Teorías de la plusvalía* de Marx (traducción francesa de J. Molitor con el título *Historia de las doctrinas económicas*. Costes, Editor); Bernstein y Bebel hicieron aparecer los cuatro volúmenes de *Correspondencia Marx-Engels*; Riazanov dio al público en 1917 las «Obras políticas» de Marx-Engels de 1852 a 1855

La revolución rusa de 1917, ¿iba, por fin, a sacar a la luz la obra póstuma de los dos fundadores del socialismo científico? La idea de una edición monumental y completa, tan largo tiempo y tan ardientemente esperada por los socialistas del mundo entero, ¿iba a tomar cuerpo?

El hombre que debía asumir esta obra en la Rusia nueva, y cuyo pasado de investigador y trabajos anteriores calificaban brillantemente para esta gran faena, era D. B. Riazanov. Lo que el socialismo occidental había desatendido hacer, bien que hubiese dispuesto de todos los medios necesarios para tal empresa, el bolchevismo la consideraría en adelante como deber y vocación propios cumplirlo.

He aquí la nota biográfica que sobre Riazanov se encuentra en el índice de nombres del tomo VII de las *Obras completas* de Lenin, en traducción francesa, publicado en 1928:

“RIAZANOV D. B. (Nacido en 1879). Uno de los más antiguos socialdemócratas rusos. Tomó parte, poco después de 1890, en la organización de los primeros círculos obreros de Odesa. Cinco años de prisión, tres años de estrecha vigilancia; luego emigró. Se esforzó por conciliar las tendencias de la primera “*Iskra*” y del economismo; fue uno de los fundadores del grupo *Borba*. Se consagró durante la revolución de 1905 a la organización de los sindicatos de Odesa y de Petersburgo. Tuvo que emigrar de nuevo y militó en el movimiento socialista de Occidente. Fue encargado por la socialdemocracia alemana de estudiar la herencia literaria de Marx y de Engels y la historia de la Primera Internacional. Internacionalista (centrista) durante la guerra. Volvió a Rusia en 1917, se adhirió al partido bolchevique, tomó parte en la preparación de la insurrección de Octubre. Riazanov es uno de los organizadores de la Academia comunista de Moscú y del Instituto Marx-Engels, que él dirige actualmente. Miembro del Comité Ejecutivo de los Soviets de la U.R.S.S.”

(artículos en periódicos norteamericanos, ingleses y alemanes). Hay que mencionar igualmente la publicación del volumen *Cartas de Marx y de Engels a F. A. Sorge*, en 1906, traducción francesa de Bracke, Costes, editor, 1950.

Tres años después de la publicación de esta nota Riazanov fue separado de su puesto de director del Instituto Marx-Engels, que él había fundado en 1922, sin que se hubiese dicho nada sobre las razones de esta desgracia. Sin proceso ni juicio públicos, Riazanov había sido detenido y deportado. Sobre lo que fue el fin de su vida no se tienen más que indicaciones imprecisas.³⁶

La obra de Riazanov

En 1930, un año antes de su destitución, Riazanov fue homenajeado oficialmente con motivo de su 60 aniversario, y proclamado el más grande marxólogo de la época. La Academia socialista celebró de una manera brillante este acontecimiento, publicando un volumen de 650 páginas para rendir homenaje al eminente erudito marxista. La revista germano-rusa *“Bajo la bandera del marxismo”* le consagró un artículo entusiasta, que comenzaba así:

“Iniciador de un gran número de estudios sobre la génesis, el desarrollo y la divulgación del marxismo; autor del más extendido esbozo biográfico de Marx y Engels;³⁷ descubridor y editor de varios centenares de sus escritos que habían quedado manuscritos; redactor de la gran edición rusa y de la edición íntegra internacional de su obra; director del Instituto Marx-Engels; redactor de tres revistas científicas consagradas a la investigación marxista; inspirador, finalmente, de un número cada vez mayor de investigadores especializados, Riazanov ha fijado el objeto, las vías y los métodos de la marxología, creando al propio tiempo las condiciones de una organización sistemática y metódica de la marxología y de su desenvolvimiento.”

Para hacer comprender toda la amplitud de la obra cumplida por Riazanov en el curso de sus ocho años de actividad en el Instituto Marx-Engels, digamos –sopesando bien cada palabra– que, gracias a los esfuerzos y a la competencia de este erudito, Rusia dispone hoy,

³⁶ Parece que vivió algún tiempo en Saratov y que debió morir en vísperas de la segunda guerra mundial. Souvarine relata que se implicó a Riazanov en el asunto llamado “de los mencheviques”, pero que fue mantenido al margen del proceso, donde sin duda se habría justificado en lugar de acusarse. Véase *Staline*, p. 488.

Véase: *David Riazanov editor de Karl Marx, disidente rojo* por Nicolás González Varela

³⁷ David Riazanov, *Marx y Engels. Nueve conferencias en la Academia Socialista*. El libro n.º 12 en esta colección

con exclusión de todo otro país, de la totalidad de los materiales, documentos y manuscritos indispensables para la realización de una edición histórica y crítica de las obras de Marx y de Engels.

El plan de esta edición fue sometido en 1922 por Riazanov al gobierno soviético. Este aprobó el proyecto y otorgó los créditos necesarios para ser puesto en ejecución. De 1923 a 1925, Riazanov, rodeado de un equipo de investigadores cuidadosamente escogidos,³⁸ se lanzó con extraordinario ardor a la búsqueda de todos los materiales que pudiesen servir a la realización de la edición proyectada. Durante sus numerosos viajes a los países de Europa occidental, procedió a la adquisición de diversas bibliotecas privadas que contenían libros y colecciones en extremo raras que se relacionaban con las historias del movimiento obrero y del socialismo, y, principalmente, todas las primeras ediciones de las obras de Marx y de Engels. Constituyó así en el Instituto que dirigía el «gabinete Marx-Engels», único en su género. Pero son, ante todo, los archivos del Instituto los que forman la principal riqueza; ellos son la base de la edición monumental concebida por Riazanov.³⁹

El Partido Socialdemócrata alemán, poseedor de la herencia literaria de Marx y de Engels, fue el principal suministrador de Riazanov. Abrió al marxólogo ruso sus archivos y le autorizó a obtener todas las fotocopias deseadas. Fue así como el Instituto de Moscú pudo entrar en posesión del conjunto de esta herencia. Las mismas facilidades le fueron concedidas por otras varias instituciones o bibliotecas, públicas o privadas. Pudo fotocopiar en el «British Museum», en la «New York Public Library», en la Biblioteca de Estado prusiana, en los Archivos Históricos de Colonia, las cartas y manuscritos de Marx y Engels y los documentos relacionados con su carrera. Eduardo Bernstein, en cuyo domicilio se hallaban todavía importantes manuscritos de Marx, dio la mejor acogida a los proyectos de Riazanov, renunciando a sus propios proyectos de edición.⁴⁰

³⁸ En sus *Recuerdos*, Gustave Mayer dice haber sabido en octubre de 1931 que Riazanov había sido separado de su puesto por haber tenido en cuenta para la elección de sus colaboradores, la competencia científica de los mismos, sin preocuparse de sus opiniones políticas.

³⁹ Se da un resumen de la organización interior del Instituto Marx-Engels de Moscú en un folleto de Riazanov (hoy imposible de encontrar), publicado en Moscú en 1923, y en el volumen I *Marx-Engels-Archiv* (libro muy raro) aparecido en 1925. El plan de edición establecido por Riazanov preveía, entre otras cosas, las obras completas de Karl Kautsky en 21 volúmenes. Un informe más detallado sobre el Instituto de Moscú se encuentra en *Grunberg Archiv*, 1930.

Los «Marx-Engels Archiv» y la «Mega»

En 1925, Riazanov concluyó en nombre del Instituto de Moscú un acuerdo con la dirección del Partido Socialdemócrata de Alemania y con la Sociedad de Sociología que dirigía en Francfort el profesor Carl Grünberg. De este acuerdo resultó la fundación de una sociedad editora que publicó seguidamente la primera entrega de «Marx-Engels Archiv»: era un volumen de más de 500 páginas que contenía importantes contribuciones filosóficas e históricas de sabios rusos (Deborin, Volguin), así como el comienzo de una *Historia de la Primera Internacional* debida a la pluma de Riazanov. Entre los documentos inéditos, figuraban la primera parte del manuscrito de *Ideología alemana* y el intercambio de cartas entre Marx y Vera Zasulich.⁴¹ Es en ese volumen donde se encuentra también el plan detallado de la edición monumental de las obras de Marx y de Engels, la famosa M.E.G.A. (*Marx-Engels-Gesamtausgabe*).

Debía comprender cuarenta y dos volúmenes «in octavo», repartidos en cuatro secciones.

Primera sección: Obras filosóficas, económicas, históricas y políticas, a excepción de *El Capital* (17 volúmenes).

Segunda sección: *El Capital* según un plan enteramente nuevo, teniendo en cuenta numerosos y voluminosos manuscritos de Marx que habían quedado inéditos (13 volúmenes).⁴²

Tercera sección: Toda la correspondencia de Marx y de Engels, reproducida *in extenso* literalmente (10 volúmenes).

Cuarta sección: Índice general (2 volúmenes).

Cada sección estaba confiada a redactores especializados, ayudados por varios expertos con larga práctica en las escrituras de Marx y Engels, preparación indispensable con vistas al desciframiento de los borradores y de las cartas.

⁴⁰ Bernstein poseía el manuscrito de la *Ideología alemana*, obra redactada por Marx y Engels en 1845-1846, y abandonada por falta de editor a la «crítica roedora de los roedores».

⁴¹ Véase Maximilien Rubel, «Marx y el socialismo popular ruso», en la *Revue Socialiste*, mayo 1947.

⁴² Véase Maximilien Rubel, «Contribución a la historia de la génesis de *El Capital*», en la *Revue d'Histoire Economique et Sociale*, II, 1950.

De estos cuarenta y dos volúmenes proyectados, Riazanov no pudo publicar, de 1926 a 1930, más que cinco tomos, de ellos tres de correspondencia entre Marx y Engels. Pero las instrucciones, las notas críticas e históricas que enriquecen estos volúmenes atestiguan la amplitud de su erudición y la riqueza de su experiencia, confirmadas por treinta años de actividad al servicio de la marxología.

No podría decirse otro tanto de su sucesor, V. Adoratski, director de los Archivos del Estado, a quien nada calificaba seriamente para acabar la obra emprendida. Sin embargo, bajo su dirección fueron publicados, de 1931 a 1935, seis volúmenes de la M.E.G.A. cuyos textos habían sido ya establecidos y preparados por Riazanov y sus colaboradores. Fue Adoratski quien tomó la dirección del Instituto fundado por Riazanov, y bautizado luego *Instituto Marx-Engels-Lenin*.

Aniquilamiento póstumo

Hemos ya dicho lo que representó la desaparición de Riazanov. En cuanto a la suerte de las ediciones realizadas por él, no podemos desgraciadamente acariciar ilusión alguna, conociendo los métodos de aniquilamiento póstumo practicados por los inquisidores a las órdenes de Stalin.

En relación con la de los volúmenes aparecidos durante el reinado efímero de Adoratski,⁴³ tampoco podemos formular todavía más que hipótesis. Sea lo que fuere, después de la liquidación de Riazanov en 1931 y de la suspensión de su empresa en 1935, *los indicios se hacen cada vez más numerosos de un abandono definitivo en la Rusia «marxista» de la edición monumental de las obras de Marx y Engels*.

La liquidación del pasado se ha proseguido en varias etapas, y en eso todavía se reconoce el estilo tradicional de los métodos stalinistas. Expulsión de Riazanov y de sus mejores colaboradores; eliminación progresiva de todo rastro de su nombre y de su actividad en las publicaciones ulteriores; luego, suspensión total de la publicación de la M.E.G.A., entrañando el lanzamiento como papel viejo de los volúmenes impresos; desaparición de estos volúmenes de las

⁴³ A partir de 1940 su nombre desapareció de todas las publicaciones del Instituto Marx-Engels-Lenin. Murió en 1945. La *Gran Enciclopedia soviética*, cuyo primer volumen acaba de aparecer, no hace ninguna mención de su actividad como redactor de la M.E.G.A. y de la edición rusa de las obras de Marx y Engels.

bibliotecas rusas y extranjeras;⁴⁴ en fin, *depuración* de las obras de Marx y de Engels, gracias a ediciones llamadas «populares», limpias de toda erudición. Esta depuración se constata tanto en las ediciones en lengua original como en los textos presentados en versión rusa, como más adelante veremos. Así, poco a poco, reemplazan a la M.E.G.A., obra científica y completa, una serie de publicaciones aisladas, a veces diseminadas en los periódicos, sin plan alguno de conjunto.⁴⁵ Por otra parte, se «rusifica» la obra de Marx y de Engels, cuyos manuscritos inéditos son publicados *exclusivamente en versión rusa*. La manera en que estas diversas publicaciones son presentadas –los comentarios se suprimen frecuentemente o son de un laconismo casi ridículo– traiciona, transparenta la confusión y el miedo de los hombres encargados de esta misión. Y es que, a menudo, cada página de un texto de Marx o de Engels contiene, como anticipación, la condenación del régimen policíaco y esclavista instaurado por Stalin en nombre del marxismo.

He aquí, sumariamente expuesta, la suerte trágica de la empresa comenzada tan gloriosamente por Riazanov, bajo los auspicios del «Estado marxista», y liquidada por Stalin, el «discípulo genial de Marx». Riazanov –tan severo en su juicio sobre la manera en que la socialdemocracia alemana había administrado la herencia literaria de Marx y Engels– no preveía que su aspiración de una edición monumental de sus obras tenía menos posibilidades de realizarse en el «país del socialismo» que en cualquier país capitalista...

Desgraciadamente, el fracaso de la empresa de Riazanov presenta un aspecto todavía mucho más grave, de incalculables consecuencias para toda futura tentativa de este género.

⁴⁴ Se pueden contar con los dedos de una sola mano las bibliotecas públicas o privadas que poseen la serie entera de los volúmenes publicados por la M.E.G.A. Para estudiar estos once libros, por ejemplo en París, el investigador deberá frecuentar varias bibliotecas y recurrir a la benevolencia de prestadores privados. No terminemos esta nota sin lanzar un urgente llamamiento a alguna o algunas de las instituciones científicas de Occidente para que se proceda al inventario y reproducción –mediante fotocopia o microfilm– de las obras y documentos procedentes de Rusia y puestos en el *Index* por el Papa ruso, primera y necesaria etapa para que sea publicada una M.E.G.A. digna del genio de Marx.

⁴⁵ Así, la *Correspondencia Marx-Engels*, 4 volúmenes, Ring-Verlag, Zurich, 1936; las *Cartas a Bebel, Liebknecht, Kautsky*, Moscú-Leningrado, 1933; en ocasión del 40 aniversario de la muerte de Engels, en 1935, un volumen en la presentación de la M. E. G. A., pero en «edición separada», con el *Anti-Duhring*, la *Dialéctica de la Naturaleza* y diversos trabajos inéditos. En 1940, dos volúmenes con los manuscritos económicos de Marx de 1857-58, volúmenes que tienen una existencia espectral, pues no se encuentra en ninguna de las grandes bibliotecas de Europa.

Cuando el triunfo del nazismo en Alemania, los archivos del Partido Socialdemócrata no pudieron ser salvados y puestos a recaudo más que parcialmente. El principal depósito se encuentra hoy en el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam. Habrá aun que esperar a que se publique el inventario de los archivos conservados para apreciar la importancia del mismo. Sin embargo, desde ahora cabe suponer que el Instituto no posee la totalidad de los materiales fotocopiados o adquiridos por Riazanov para el Instituto de Moscú. Este es, pues, el único que dispone a la hora actual de la obra póstuma de Marx y de Engels. Y, por consecuencia, Stalin posee la clave para todo intento de recomenzar o proseguir la obra de Riazanov. Sin duda se podrá reunir los materiales y documentos accesibles en los grandes centros culturales de Europa occidental y de los Estados Unidos; pero es de temer que la edición monumental de los escritos de Marx y de Engels, así como la organización de la investigación científica en el dominio de la marxología y de la historia del socialismo y del movimiento obrero no puedan jamás ser completados en tanto los archivos del Instituto de Moscú permanezcan inaccesibles.

Más que cualquier otro acontecimiento sobrevivido en Rusia después del triunfo de Stalin, la destrucción de los trabajos de Riazanov señala la ruptura definitiva entre el régimen inaugurado por el dictador «marxista» y las fuentes auténticamente marxistas, todavía respetadas cuando vivía Lenin.

Si resulta fácil establecer una cierta continuidad entre las diversas policías secretas que se han sucedido desde 1918, de la *Cheka* hasta la M.G.B.; si la supresión de toda oposición política fue precozmente inscrita en la tradición bolchevique, no menos claro es que se ha cumplido un salto de la civilización a la barbarie: el trato infligido por la autocracia stalinista a la obra de Marx y de Engels –trato que tiene a la vez de momificación y de falsificación– demuestra de manera ejemplar hasta qué punto el stalinismo es la negación absoluta de toda cultura.

Marx monopolizado y rusificado

Al comienzo de toda encuesta sobre la edición en lengua rusa de las obras de Marx y Engels, se impone una significativa constatación: ninguna de las grandes bibliotecas de Europa occidental puede vanagloriarse de poseer la totalidad de los volúmenes de esta edición, que según noticias de fuente soviética contaba en 1947 con veintinueve volúmenes. El investigador o lector, detenido por el telón de hierro, desespera de ver su curiosidad satisfecha, bien sea en las bibliotecas o bien mediante adquisición; tiene que transformarse en peregrino y explorar las capitales intelectuales de varios países occidentales, gracias a lo cual llegará a totalizar veintisiete volúmenes, comprendidos los que habían sido publicados en tiempos de Riazanov.⁴⁶

¿Cuál es, pues, la causa de este estado de cosas que se traduce por la inaccesibilidad de la edición rusa de las obras de Marx y de Engels?

Al igual que la edición alemana proyectada por Riazanov, la edición rusa tuvo su historia, con trágicos avatares.

Después de una primera tentativa –anterior a la publicación interrumpida de la MEGA– de realizar una versión rusa de las obras de Marx y de Engels, Riazanov cambió de parecer y decidió llevar a cabo esta empresa paralelamente a la edición histórico-crítica alemana.

Una vez Riazanov destituido y expulsado del Instituto Marx-Engels de Moscú, fueron publicados bajo la dirección de V. Adoratski, a partir de 1932, tanto los volúmenes de la edición rusa como los de la alemana. Las tímidas *Introducciones* del nuevo redactor, desprovistas de todo interés y de todo valor científico, están condenadas al olvido; en cuanto a su autor, ni su prudencia ni las rituales genuflexiones que prodigó ante Lenin y Stalin le salvaron de la desgracia. Reconozcamos por otra parte que no obstante su mediocre presentación, los volúmenes que hemos podido consultar superan a menudo en interés

⁴⁶ Citemos, entre las bibliotecas que hemos visitado con vistas a esta encuesta: todas las bibliotecas públicas de París, comprendidas desde luego la Biblioteca Nacional y la Biblioteca de Documentación internacional contemporánea, el *British Museum* de Londres y el Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam. Sin embargo quedaríamos muy agradecidos a todo aquel que nos señalara la existencia de esos volúmenes en otras bibliotecas, públicas o privadas, accesibles al investigador que se encuentre más acá del telón de hierro.

las publicaciones análogas realizadas fuera de Rusia, gracias desde luego a la riqueza de los archivos acumulados por Riazanov en el curso de su actividad en el Instituto Marx-Engels. ¿Pero es que tales riquezas han sido divulgadas sin disimulo ni reserva?

Para responder a esta interrogante, abramos el volumen XI, tomo primero, aparecido en 1933. El título de su primera página indica el contenido: *Artículos y correspondencia de 1856 a 1859*.

Expurgación de Marx

Ahora bien, un atento examen nos revela que todos los escritos conocidos de Marx y de Engels correspondientes a esas fechas figuran en el libro, a excepción de un trabajo debido a la pluma de Karl Marx. Se trata de las *Revelaciones sobre la historia de la diplomacia en el siglo XVIII*, publicadas por aquel en forma de once artículos en el “*The Free Press*” de Londres, del 16 de agosto de 1856 al 5 de abril de 1857 y reimpresos en 1899.⁴⁷

Laguna tan visible no puede ser atribuida ni a la ignorancia ni al descuido de los editores, sino evidentemente a una orden recibida.

⁴⁷ «Una simple substitución de nombres y de fechas nos proporciona la prueba evidente de que entre la política de Iván III y la de la Rusia moderna existe no solamente una similitud sino también una identidad. Iván III, por su parte, no hizo otra cosa que perfeccionar la política tradicional de Moscovia, que le había legado Iván Kalita. Ivan Kalita, esclavo de los Mongoles, logró su poderío dirigiendo la fuerza de su mayor enemigo, el Tártaro, contra sus enemigos más pequeños, los príncipes rusos. No pudo utilizar esta fuerza sino bajo falsos pretextos. Obligado a disimular a sus dueños el poderío que había realmente adquirido, tuvo que deslumbrar a sus súbditos, esclavos como él, mediante una fuerza que no tenía. Para resolver este problema, tuvo que elevar a la categoría de sistema todas las astucias de la servidumbre más repugnante y realizar este sistema con la laboriosa paciencia del esclavo. Incluso la violencia abierta no pudo emplearla más que en tanto intriga en todo un sistema de intrigas, de corrupciones y de usurpaciones secretas. No pudo golpear sin haber, previamente, envenenado. La unidad del objetivo se juntaba en él a la duplicidad de la acción. Ganar en poderío mediante el empleo fraudulento de la fuerza enemiga, debilitar esta fuerza al propio tiempo que se servía de ella y, finalmente, destruirla después de haberla utilizado como instrumento, tal fue la política inspirada a Iván Kalita por el carácter particular de la raza dominante así como por el de la raza sometida. Su política fue también la de Iván III. Y fue asimismo la de Pedro el Grande y es la de la Rusia moderna, aunque el nombre, el país y el carácter de la potencia enemiga engañada hayan cambiado.» Karl Marx: *Revelaciones sobre la historia de la diplomacia en el siglo XVIII*.

Fue en esta fecha que la hija de Marx, Eleonor Marx-Aveling los reimprimió en folleto con el título *Secret Diplomatic History of the Eighteenth Century*. London, Swan Sonnenschein, editor. Esta reedición contiene no obstante varias omisiones importantes. En *Herr Vagt* (1860), Marx precisa la génesis de las *Revelaciones*, en tanto que «introducción a una obra más importante», que no parece haber realizado.

Si consultamos la introducción redactada por V. Adoratski, en busca de una explicación, constatamos que no se hace en ella mención alguna a los once artículos de Marx. En otros términos, no se da ninguna razón de la supresión pura y simple del trabajo más importante que el autor de *El Capital* consagró a la historia política de Rusia.⁴⁸

El denso silencio que rodea este trabajo de Marx tiene la significación de una confesión. En efecto, el análisis a que Marx somete la política y la diplomacia rusas, desde Iván, llamado «Kalita», hasta los Romanov, se opone diametralmente a toda historiografía rusa sedicente «marxista». En particular reduce a la nada la mistificación nacional organizada a partir de 1931 por imposición de Stalin, después de la liquidación física y moral de la escuela histórica de Pokrovski.⁴⁹

Para mejor comprender la importancia de este conflicto, sería necesario presentar, en estudio comparado, los capítulos más salientes de la historia rusa tal como fueron expuestos en los manuales escolares oficiales, junto con los textos de Marx que se refieren a los mismos temas. El resultado sería sorprendente, puesto que puede afirmarse sin exageración que casi cada frase de Marx es un veredicto condenatorio contra la historiografía stalinista actualmente impuesta en Rusia merced a la mentira y al asesinato.

Reducida a su expresión más simple, la historiografía stalinista tiende a la glorificación de la política anexionista y expansionista del zarismo, erigida en aliada o en rival de las potencias occidentales, e investida de todos los títulos históricos para preparar, como hacia la «democracia burguesa», la herencia del socialismo. La autocracia zarista y la democracia burguesa aparecen entonces, en una tal concepción de la historia, como dos formas políticas equivalentes, que se sitúan con respecto a la revolución socialista, al mismo «nivel» de la evolución social.

⁴⁸ Notemos, al objeto de evitar una objeción legítima, que no se trata aquí de saber si los puntos de vista históricos de Marx escapan a toda crítica. Justas o erróneas, deben de ser tomados en consideración por todo historiador interesado ser objetivo. ¿Mas qué decir entonces del silencio de los historiadores que confiesan un culto al fundador del «materialismo histórico»? Riazanov no sintió impedimento alguno en someter las *Revelaciones* a un examen crítico y rechazar algunas ideas de Marx en su folleto *Karl Marx uber der Ursprung der Vorherrschaft Russlands in Europa*, 1909. Para desgracia suya, Riazanov no tuvo ocasión de dejarnos un nuevo testimonio sobre la visión histórica de Marx respecto a Rusia; ¿no le ha mostrado su propia suerte que esta visión era justa?

⁴⁹ Sobre este episodio, puede verse el capítulo que le consagra A. Ouralov en *Staline au pouvoir*, París, «Les Iles d'Or», 1951.

Más aún en la historiografía soviética, es Oriente, y más particularmente Rusia, quienes aparecen retrospectivamente bajo el aspecto más glorioso, como investidos de la misión de emancipar la humanidad.

Se ve inmediatamente que esta manera de concebir el proceso de la evolución histórica se sitúa en el antípoda de todas las concepciones históricas, sociológicas y políticas de Marx. Así comprendemos fácilmente la razón de la supresión en la edición rusa de un texto de Marx que, publicado en 1933, inaugurada ya por orden de Stalin el culto de la grandeza nacional del zarismo, hubiera sido como una voz de ultratumba elevándose sobre los clamores patrióticos de la nueva escuela histórica, por completo prosternada ante el pasado glorioso de la patria.

Stalin corrige a Marx y Engels en beneficio de los zares rusos

El viraje de 1933 se produjo un año después de la aparición del volumen de la edición rusa en el que se había dejado subsistir –difícil hubiera sido hacer de otro modo– las centenares de cartas y de artículos escritos por Marx y Engels sobre la cuestión de Oriente hacia los años 1850, sobre la guerra ruso-turca y sobre la guerra de Crimea.⁵⁰

A decir verdad, hasta entonces la historiografía stalinista no estaba específicamente constituida; todavía buscaba su camino. En lo sucesivo, dos vías se abrieron ante ella: o bien depurar Marx y Engels en tanto que historiadores de Rusia, o bien proceder a la refutación abierta de sus enseñanzas. Se comenzó por emplear el primer medio, siendo así que se produjo el escamoteo de las *Revelaciones* de Marx. ¡Pero cuál no debió de ser el embarazo de los historiadores a las órdenes de Stalin y de los editores de las obras de Marx y de Engels, tropezando constantemente con nuevos textos que ponían en la picota la historia de la autocracia rusa y su política expansionista!

Vino la segunda guerra mundial. La actitud de Stalin, todavía el día antes enemigo irreductible de Hitler, correspondía lúgubrementemente a las peores tradiciones del zarismo; la invasión de Polonia y la agresión contra Finlandia, realizadas por los ejércitos «rojos», eran como la

⁵⁰ En estas numerosas páginas, la Rusia zarista es denunciada y condenada con furor como el principal enemigo de la democracia y de la revolución occidentales, así como potencia «bárbara y asiática» que amenaza de muerte la civilización.

exacta reproducción de los crímenes de la autocracia zarista, incansablemente condenados por Marx y Engels. Fue entonces cuando Stalin se vio forzado a salir de su silencio y de realizar un gesto que ninguno de sus criados se hubiese atrevido a hacer, por temor a verse rayado de la lista de los vivos: ese gesto fue la desaprobación abierta de las concepciones que invariablemente habían sido las de Marx y Engels respecto a la política exterior del zarismo.

Este acto «histórico» fue ejecutado por Stalin en mayo de 1941, unas semanas antes de la «traición» cometida por Hitler, cuyos ejércitos iban a invadir Rusia; lo hizo en forma de una «Carta» publicada en *Bolchevique*, órgano teórico del Partido comunista, especialmente destinado a la educación de los cuadros.

La «Carta» de Stalin tratando de la «Política exterior del zarismo», apuntaba particularmente contra un artículo escrito por Engels en 1890 y destinado a los marxistas rusos.⁵¹ Este texto de Engels era una requisitoria en regla contra la diplomacia moscovita, «orden jesuítica moderna» que reclutaba sus miembros entre los aventureros extranjeros y que no reulaba ante medio alguno –perjurio, corrupción, asesinato– para lograr su objetivo. «Esta sociedad secreta –escribía Engels–, desprovista de escrúpulos, pero plena de talento», contribuyó más que todos los ejércitos rusos a extender las fronteras de Rusia desde el Dniéper y el Dvina hasta más allá del Vístula y hasta el Pruth, el Danubio y el mar Negro, desde el Don y el Volga, pasando por el Cáucaso, hasta las fuentes del Oxo y del Iaxarte. Fue ella la que logró «hacer de Rusia un país inmenso, poderoso y temible, y abrirle el camino hacia la dominación del mundo». El escrito de Engels era al mismo tiempo un amargo panfleto contra la diplomacia occidental –en particular contra Gladstone– acusada de dejarse engañar constantemente por la diplomacia rusa. Finalmente, en su conclusión, el autor afirmaba que sin un derrumbamiento completo del sistema de gobierno en Rusia –y en especial sin una revolución burguesa que condujese a una asamblea constituyente–, la revolución socialista no podría triunfar en Occidente. La existencia de la autocracia rusa hacía inevitable una guerra mundial de una violencia inaudita, cerrando así el camino hacia el progreso social.

⁵¹ El artículo de Engels apareció primero en ruso, en el órgano de Plejanov y Axelrod, luego en alemán y en inglés, en *“Neue Zeit”* y *“Time”*.

Fue contra estas afirmaciones de Engels que Stalin, en un momento decisivo de su carrera, inscribió su falsedad en lo que modestamente denominó una «Carta».

Como correctivo a la ideología oficial, el jefe genial presentaba e imponía a la vez, si no la apoteosis del zarismo, al menos su apología y la de su diplomacia imperialista. Se burlaba de la «ingenuidad» de Engels, bastante tonto para confundir la moral y la política; le reprochaba finalmente el haber ignorado el imperialismo británico y su papel en los acontecimientos que, después de entonces, condujeron a la primera guerra mundial. Stalin defendía contra el Occidente la política de conquista del zarismo, que «no fue en modo alguno el monopolio de los zares». Fingiendo dirigir su crítica únicamente contra Engels, Stalin atacaba en realidad a Marx mismo, pues Engels en dicho artículo declaraba continuar la lucha contra la autocracia rusa. Por vez primera, el dueño de Rusia citaba los textos sagrados, no para utilizarlos o explotarlos, sino para contradecirlos abiertamente.⁵²

Es, pues, Stalin mismo quien se encarga de destruir la leyenda que en los países occidentales los comunistas se esfuerzan en acreditar: aquella según la cual la Rusia contemporánea es «el país del socialismo» y su dictador el heredero espiritual de Karl Marx.

Maximilien Rubel

⁵² Diez años más tarde, hemos visto renovarse el ataque contra Engels, esta vez merced a la pluma de F. I. Kojevnikov, que llegó hasta justificar todas las anexiones realizadas por el zarismo en el curso de los siglos. Este artículo apareció en la revista *Sovetskoie gossoudarstvo i pravo*, el 12 de diciembre de 1950 y se titula «Engels sobre la diplomacia rusa en el siglo XIX». Las anexiones zaristas, comprendida la de los pueblos del Cáucaso, eran «progresivas», puesto que significaban la unión de estos pueblos con el pueblo ruso y no con el zarismo. Señalemos otro ejemplo típico de expurgación del marxismo: en el artículo que E. Tarlé consagra a la historia de las relaciones anglorusas —en la revista *Neus*, publicada en Moscú—, el nombre de Marx ni siquiera es mencionado, no obstante haber sido uno de los temas predilectos del autor de *El Capital*.